3 1761 08695852 7

Caballero, Fernán (pseud.)

Deudas pagadas.

LS
C1125d

DEUDAS PAGADAS.

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES

DE ACTUALIDAD,

ESCRITO PARA SU AMIGO Y FAVORECEDOR

EL EXCMO. SR. D. ANTONIO DE LATOUR,

POR

FERNÁN CABALLERO. (pseud.)

321089
12.11.35

1863.

IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,
A CARGO DE D. JOAQUIN BERNAT.
Costanilla de Sta. Teresa, núm. 3.—Madrid.

AL EXCMO. SEÑOR

DON ANTONIO LATOUR

SEÑOR Y AMIGO:

Me pide vd. que le escriba algun cuadro de costumbres, por más que muchas causas que vd. no ignora se hayan reunido para privarme de todo deseo, de todo gusto y posibilidad de hacerlo. Pero ¿cómo rehusar nada de lo que de mi voluntad dependa á quien tantas y tan lisongeras muestras de aprecio debo, á quien tantas y tan dulces pruebas de amistad agradezco?

He recurrido, pues, en mi impotencia para imaginar, en mi completa falta de propio caudal á la verdad, *que me ha proporcionado algunas hojas sueltas de su archivo, y á la tradicion, que me ha dado algunas flores de su siempre fresco y precioso herbolario para colocarlas en aquellas y formar un conjunto en que nada habrá mio, sino el hilo que las una. Pueda hallar este mi trabajo (en vista de los materiales que lo componen) el aprecio y la sinpatía que no dudo le concederá el noble extranjero que, cual su régio señor ha venido á España para pagar tan ámpliamente á los españoles el respeto, el aprecio, el amor y las sinpatías con que estos los han acogido,*

FERNAN CABALLERO.

PROLOGO.

Al dar á luz en el folletin del periódico nominado *El Reino* el precioso *Cuadro* de FERNAN CABALLERO qne hoy se presenta de nuevo al público en este volúmen, corregido y considerablemente aumentado se estampó la siguiente nota:

«En uso del derecho que nos concede la ley de propiedad literaria, queda prohibida la reimpresion del presente *Cuadro de Costumbres*, que el ilustre autor se propone publicar por separado destinando el producto de su venta á los inutilizados en Africa.»

Pocos dias despues el que traza estos renglo-

nes recibia carta de FERNAN, y en ella los siguientes párrafos:

«He visto en su periódico que la impresion suelta que se va á hacer de *Deudas Pagadas*, por cuenta de S. A. R. el Duque de Montpensier, aparece como hecha á mi costa; esto no puede pasar, porque no es cierto»

Y más adelante:

«Seria una gran fatuidad y una cosa en extremo fea que pase yo ó me dejase pasar por tan generoso sin serlo, aunque no por falta de voluntad.»

Tal es nuestro admirable pintor de costumbres: siempre la verdad y la rectitud por guía; siempre por auxiliares los mas nobles sentimientos del corazon.

Ahora cúmpleme indicar de qué provino la equivocacion de *El Reino*.

Una persona tan distinguida por su talento como apreciable por su carácter, el Excmo. Sr. D. Antonio de Latour, para quien expresamente habia escrito FERNAN *Deudas Pagadas*, tuvo la bondad de facilitarme el manuscrito de esta obra autorizándome á publicarla en *El Reino*. Al entregármerlo

me anunció que habria de hacerse otra edicion por separado, cuyo producto en venta se destinaría á los heridos é inutilizados en la guerra de Africa, por ser tal él deseo del autor. El Sr. de Latour no me dijo entonces más. FERNAN me reveló á poco lo que desde luego debí yo haber adivinado.

Conociendo el noble carácter del insigne literato francés que con tanta asiduidad y benevolencia se consagra al profundo estudio de la lengua y de la literatnra española, y que pone tan particular empeño en examinar nuestras riquezas históricas, tradicionales y artísticas, así como en apreciar imparcialmente los rasgos mas imperceptibles de los hábitos y costumbres de nuestro pueblo, no es de extrañar la reserva del Sr. de Latour; sobre todo si se atiende á que mediaba en este asunto el nombre de un Príncipe cuya liberalidad es amiga del silencio. Las almas generosas no se pagan del ruido: para ellas la mejor recompensa de una buena accion, en este mundo, consiste en haberla hecho. A tan cristiana máxima se ajustan los Serenísimos Infantes de España Duques de Montpensier y su digno secretario el Se-

ñor de Latour. Tal es tambien la hermosa doctrina que practica el escritor predilecto de SS. AA., el tierno y simpático autor de *Clemencia* y de *Simon Verde*, de *La Gaviota* y de *Lágrimas*.

Pero las buenas acciones á que no suele dar importancia (porque las juzga cosa natural y corriente) el que las aconseja ó las hace, se deben pregonar y encarecer, si no hay en ello ningun impedimento atendible. Harto se propalan todos los dias hechos inícuos ó vergonzosos, habituándonos á escuchar con cierta ponible indiferencia las mayores abominaciones, para que el que piense con rectitud y ponga interés en el mejoramiento de las costumbres pueda hacer caso omiso de tan util y saludable enseñanza. Inclinar el ánimo á la práctica de la virtud; despertar la emulacion en el bien; predicar con la elocuencia del ejemplo amor y caridad, se tendrá por noble empresa en todos tiempos, y más aún en los que vivimos. Ofrecer este ejemplo cuando se trata de acudir en auxilio de los que han expuesto generosamente su vida en defensa de la patria, es y será siempre doblemente meritorio.

Y á la verdad que el Señor Duque de Montpensier, cuya ilustracion y buen gusto en materia de artes y literatura son generalmente conocidos, no podia costear la impresion de una obra mas á propósito que *Deudas pagadas* para el laudable fin á que la destina. Ni hay pluma á quien mejor cuadre pintar el heroismo y nobleza de nuestos soldados, la agudeza de sus dichos, la bizarría de sus hechos, que á la del escritor eminentemente popular y castizo en quien se hermanan tantas y tan peregrinas dotes.

¿Quién no conoce en España á FERNAN CABALLERO? ¿Quién que tenga amor á la literatura honrada, á la fiel é ingénua expresion de la vida íntima de nuestro pueblo, no ha leido y admirado alguna siquiera de las obras que como olorosas flores del campo esmaltan la corona del autor, salpicadas del rocío inmaculado de la virtud y de los más puros y delicados afectos? ¿Quién no le ha visto en el desdeñado hogar del pobre trabajador, arrebatándole el secreto de sus modestas virtudes, fotografiando, digámoslo así, con pincel inimitable las sanas alegrías del campesino andaluz, la ab-

negacion, la humildad, la sublime dignidad del menesteroso y afligido que soporta con resignacion la desgracia, y que no maldice ni se abate á las bajezas propias solo de la insolente codicia?

¿Y quién que de algunos años á esta parte haya visitado la Andalucía baja, no ha procurado conocer personalmente al autor, de *Èlia*? ¿Quién no lo ha buscado en el florido Puerto que lleva el nombre de la Madre de las madres, de la siempre Vírgen *María*; ó en su modesta y *confortable* casita de Sanlúcar de Barrameda, adornada de flores y de pájaros situada á la sombra maternal de un convento de religiosas; ó bien en el morisco alcázar de Sevilla, junto al arco donde todavía resplandece el leon de España ostentando victorioso la cruz con el expresivo mote *ad utrumque*? ¡Oh, cuántas veces, despues de una larga conversasion con Fernan Caballero con esa alma noble y candorosa (de quien no se apartan jamás los que cultivan su ameno trato sin respirar blando perfume de bondad, sin sentir preñado el corazon de dulces lágrimas y ansioso de hacer bien al prójimo) me ha parecido más hermosa la naturaleza, al

discurrir por entre los pinos que como centinelas avanzados del Guadalquivir lo saludan cuando se precipita en el mar! ¡Cuántas veces he visto con placer inexplicable, en el camino de Chipiona ó de Bonanza, las mismas poéticas gentes del pueblo que el talento observador y benévolo de nuestro autor retrata con tan pintoresca fidelidad y ternura!

Pero no acabaría si quisiera expresar aquí todos los puros sentimientos y tiernos afectos que despiertan en mi alma el solo nombre de FERNAN y la dulce memoria de los amigos que en días de amargura templaron mis pesares (y hasta me hicieron olvidarlos) en Sanlúcar de Barrameda. No se trata de dar paso á mis recuerdos, por más que los acaricie y disculpe el más hermoso tal vez de los sentimientos humanos, la gratitud. Trátase de FERNAN CABALLERO, del escritor bueno y simpático por excelencia, y no es justo entretener al lector abusando (como hoy generalmente se abusa) del *yo satánico* de que hablaba nuestro gran Donoso. Volvamos, pues, á FERNAN.

Sin embargo del vivo empeño con que la ilustre persona que esconde su nombre bajo este seu-

dónimo, tan famoso ya dentro y fuera de España ha procurado ocultar que es ella la autora de tantos cuadros inmortales, no por eso ha dejado de hacerse público. ¡Puede tanto la curiosidad! ¡Es tan natural que nos esforcemos por saber quién es, por averiguar dónde pára el bien intencionado escritor á quien somos deudores de tantas inocentes delicias! ¿Cómo no empeñarse en conocer y tratar al superior talento que ha conmovido á su antojo nuestro corazon con el sencillo relato de sucesos comunes y de afectos verdaderos, cuya profunda originalidad y belleza consiste precisamente en esa misma verdad y sencillez que todos conocen y sienten, pero que solo llegan á expresar como Fernan lo hace, aquellos ingenios extraordinarios templados para lo bueno y hermorso en fuego que emana del foco mismo de la luz celestial é inextinguible.

El verdadero nombre de Fernan ha dejado ya de ser un misterio para la mayor parte de las gentes que saborean con placer la poesía que rebosa en las ejemplares narraciones del católico y popular autor de *Callar en vida y perdonar en muerte.*

Al ver tanta delicadeza en el pensar, tanta dulzura en el sentir, tan fina penetracion y agudeza en todo, muchos adivinaron desde luego que solo era capaz el alma de una mujer de atesorar prendas de tal valía. El corazon de una mujer buena es, en efecto, el mas hermoso presente de la Divinidad. Averiguado esto á tan poca costa, lo demás habia de ser naturalmente obra del tiempo. Y así lo ha sido. Oigamos, pues, á un testigo muy abonado, al insigne escritor á quien FERNAN dedica *Deudas pagadas*:

«Algunas personas (dice) me han dispensado el honor de preguntarme si por acaso FERNAN CABALLERO era la señora Duquesa de Montpensier... No, la augusta hermana de la Reina Isabel no es FERNAN CABALLERO. Bien sé que S. A. tiene aficion suma á la persona y á las obras de este ingenioso escritor; pero entregada esclusivamente al cuidado de educar á sus hermosos hijos, puedo asegurar que nunca pensó en pintar la Andalucía ni en referir sus leyendas, contentándose con prestar á quien las refiere la atencion más solícita y afectuosa. No debe, pues, buscarse al autor de *La Gavio-*

ta en el palacio de San Telmo, sino á dos pasos de él dentro de la misma Sevilla, en una de las torres del antiguo alcázar morisco construido por D. Pedro.

«Semejante vivienda es como hecha de encargo para tal huéped. Al asomarse á la ventana rasgada en el fondo de su salon principal, FERNAN puede ver á su izquierda la bóveda bajo la cual Sancho Ortiz, el Cid de Andalucía el héroe de Lope de Vega y de M. Lebrun, quitó en duelo la vida á Bustos Tavera, hermano de su prometida (1). Al frente tiene el Archivo de Indias, en que duerme la historia de la España americana, esperando al encantador que ha de sacarla de entre el polvo de tantos manuscritos; y á su derecha ve, en fin, la Catedral y la Giralda, pasion de los artistas. Tan poéticos monumentos circuyen una plaza ovalada

(1) El Sr, de Latour acepta de buen grado la tradiccion poética difundida y acreditada desde que Lope de Vega dió á luz *La Estrella de Sevilla*: pero esta tradicion carece, en mi opinion, de verdadero fundamento histórico. Lope quiso sin duda pintar en su obra el trágico fin de Escobedo y la persecucion de que fué víctima el secretario de Felipe II Antonio Perez; y como estaban demasiado recientes tales sucesos para sacarlos al teatro sin rebozo alguno: los atribuyó al Rey D. Sancho el Bravo, y á los imaginarios Sancho Ortiz y Bustos Tavera.—*M. C.*

con acacias y naranjos. Así por poca atencion que Fernan Caballero preste hácia aquella parte, la brisa le lleva durante el dia todo el rumor de la vida popular, y por la noche las dulces conversaciones de los amantes que se sientan en los bancos. Pero á la hora en que el sol dora con sus ultimos rayos los desiguales techos de aquellos monumentos, si Fernan sube á su torre y alza y lleva mas lejos sus miradas, desaparece de su presencia la obra del hombre para ceder el puesto á la del Criador; ó mejor dicho, se le presentan las dos mezcladas y confundidas, porque los grandes paisajes despiertan grandes recuerdos. Allí se extienden las inmensas cuestas del Aljarafe, coronadas de olivos, y á las que todavía la tradicion da el nombre de jardines de Hércules; aquí se encuentra el poético convento de San Juan de Alfarache, ciudadela romana un tiempo, despues castillo morisco, y hoy santa ruina, al lado de sus dos cipreses que parecen velar por ella y consolarla. Al pié de la roca que sirve de pedestal al convento, hay una aldea encantadora, cuna del héroe de Mateo Aleman y de Lesage, tan poco parecido por cierto

á los de FERNAN CABALLERO; mas lejos, subiendo la cuesta, se perciben las blancas Casas de Castilleja, donde murió Hernan Cortés, olvidado de su rey y de la España, bajo un techo que á lo menos está seguro de no perecer (1). Al pié de aquellas ricas colinas pasea el Guadalquivir sus hermosas y pacíficas aguas, Allí el observador mira, el novelista escucha, y el escritor no tiene que hacer mas que recordar.

»Pero forzoso es haber aprendido en alguna parte á mirar, á escuchar, á observar, y sobre todo á escribir. Ya he confesado que FERNAN CABALLERO puede bien ser una mujer; pero si lo es, de seguro es andaluza. Abriéronse sus ojos por vez primera bajo aquel hermoso cielo y en aquellas her

(1) Débese, en efecto, á la generosidad y patriotismo de los Semors. Sres. Duques de Montpensier el que se conserven restaurados y convenientemente custodiados los restos de la casa donde falleció Hernan Cortés en Castilleja de la Cuesta. Los mismos insignes Príncipes han costeado tambien la restauracion de la Rábida, que ya amenazaba ruina, y levantado de nuevo la capilla de Nuestra Señora de Valme, fundada por el Santo Rey Don Fernando en término de Dos-Hermaias. Estos rasgos de piedad, religiosidad y amor á los antiguos monumentos históricos, desatendidos ó maltratados por el vandalismo y por la incuria, no necesitan encomios.—*M. C.*

mosas comarcas; y de aquí provienen su amor á la Andalucía y el entusiasmo con que la pinta. Sin embargo, FERNAN no conoció bien todo el encanto de su pais natal hasta que vió otros. Es una andaluza que ha recorrido la Francia, la Inglaterra y la Alemania, y que además lleva sangre alemana en sus venas (1). Por instinto habia conocido los encantos de su Andalucía; pero cuando la vió de nuevo fué cuando la vió bien, y cuando aquella tierra privilegiada se le presentó con toda su gracia y esplendor. Pudiendo compararla con las otras, túvola mas efecto y conságrole preferencia más ilustrada; y el dia en que descubrió que poseía el talento de pintarla, no hizo lo que esos artistas que, apenas se figuran haber puesto el pié en tierra desconocida, no perdonan ni el mas leve pormenor, y perjudican á la misma verdad de la copia á puro querer que en ella figure todo. No; FERNAN CABALLERO no aspira á ser el Cristóbal Colon de

(1) ¿Seré imprudente recordando en este lugar el nombre insigne y por siempre memorable del erudito aleman D. Juan Nicolás Bohl de Faber, tan querido y venerado de FERNAN CABALLERO, y á quien es deudora España de la más rica y bien ordenada *Floresta de Rimas antiguas castellanas?—M. C.*

Andalucía. Sus rápidas escursiones fuera de España le pusieron en aptitud de escoger y admirar atinadamente, y esa relacion involuntaria que por sí misma se forma en la imaginacion del pintor ó del escritor, es la que á entrambos proporciona el verdadero punto de vista. Los cuadros y narraciones de FERNAN CABALLERO, como los de Walter Scott, cuyo nombre se viene naturalmente á la memoria y á los labios siempre que se habla de FERNAN, tienen esa verdad interesante que proviene de una observacion sincera y profunda, y no de la sorpresa de un encanto pasajero.

»Una docena de años habrá, á lo sumo, que aparecieron las primeras publicaciones de FERNAN CABALLERO. En un principio fueron apreciadas tan solo por limitado número de amigos, en quien te mezclaba cierto asombro é incertidumbre con una admiracion tímida y recatada. Saboreaban essos su lectura, que interesaba y conmovia; pero tenian, por decirlo así, repugnancia para saludar de buenas á primeras y sin tomarse tiempo de pensarlo, como á inteligencia selecta y talento superior, á la amiga del dia antes, á la que, segun la

costumbre española, se designaba aún por su nombre de pila. No fué, ciertamente, profeta en su pais FERNAN CABALLERO hasta que admitida su fama fuera de Andalucía tornó de nuevo á pasar la Sierra-Morena, y hasta que ofrecieron sus Novelas á la admiracion del lector los nombres mas imponentes de la literarura española. El misterio que por algun tiempo todavía encubrió la personalidad del autor, no perjudicó á su popularidad creciente, porque España tiene aficion á encontrar en todo algo de romancesco.

»Mucho tiempo habia vivido FERNAN CABALLERO sin figurarse que mas tarde debia referir á sí misma y á los demás, fijándolas en una forma duradera, las patéticas historias que iba reuniendo en su memoria, y sin saber que estaba llamada á representar en todo su esplendor aquella rica naturaleza en cuyo seno tanto le gustaba vivir. Abeja diligente, libaba flores con la intencíon de guardar la miel para sí sola; pero llegó un dia en que se abrió la corteza de encima, y la miel se derramó.

»La primera obra de FERNAN CABALLERO (y cuidado que ella no creía haber escrito una obra) fué

La Familia Alvareda. Habia oido el autor referir la anécdota en que estriba el argumento de esa narracion interesante, bajo los mismos olivos en que acaeció; y recibiendo con ella impresion muy viva, al volver á su casa escribió en aleman sus trágicos pormenores, dando despues al olvido el manuscrito.—Cuando con nuestro amigo Dauzats estuvísteis, querido Taylor, encargado por el rey Luis Felipe de una mision en España, y frecuentábais una de las raras casas de Sevilla en cuyos salones habia entonces chimenea, ¿pudísteis figuraros, por ventura, que en aquella despierta marquesa que os recibía con tanta gracia se ocultaba un escritor delicioso?

»Creo que el baron Taylor no obtuvo ninguna confidencia literaria de la que sobre doce años mas tarde habia de ser FERNAN CABALLERO. Washington Irving, que pasó por Sevilla algun tiempo despues que el baron Taylor, algo de ello hubo de figurarse sin duda, porque le fué permitido leer *La Familia Alvareda*. Sorprendido y encantado quedó; y no sé cómo no tomó de aquel talento, que así se le ponia de manifiesto, el arte de dar

colorido local mas verdadero á sus lindos *Cuentos de la Alhambra*. Pero sin duda habia ya entonces levantado el sitio y volvia de la conquista de Granada.

»Trascurrieron algunos años, fecundos por cierto en pruebas de más de un género, y en los cuales FERNAN CABALLÉRO buscó en las letras una distraccion venturosa. Entonces fué cuando escribió *La Gaviota*. Redactóla sucesivamente en español y en francés, con intencion, segun dicen, de publicarla en Francia. He hojeado el manuscrito francés; pero como en aquella época hubiese aparecido *La Gaviota* en castellano, me detuve, no tanto (lo confieso) en la obra misma, que ya habia leido con placer en el verdadero idioma del autor, como en ciertas ilustraciones *á la pluma* que advertí en las márgenes del manuscrito, comentario expresivo de una mano querida... ¡ay! helada ya para siempre.

»Si FEENAN hubiese abrigado en realidad el pensamiento que le suponen, indudable es que hubiera llegado á obtener un puesto honroso en nuestra muchedumbre de novelistas. Pero si tuvo

efectivamente aquel pensamiento, debe creerse que pronto renunció á él, y que comprendió, afortunadamente para todos, que mejor le estaba ser el primero en Madrid que el segundo en París. Gracias á esta resolucion, España ni siquiera supo el riesgo que habia corrido de perder al mejor y mas amable narrador que ha poseido desde aquel que no se puede comparar á nadie, desde Cervantes.»

Los preciosos datos biográficos que anteceden (tanto mas preciosos cuanto mas difícil era obtenerlos, merced al tenaz empeño de FERNAN en que no se hable de su persona) serán sin duda del agrado de los curiosos. Pero ya que debemos al señor de Latour estas noticias, que vienen á confirmar la general sospecha de que el autor de *La estrella de Vandalia* pertenece á la mas hermosa mitad del género humano, oigamosle exponer con gran tino en breves palabras las dotes que principalmente resplandecen en las producciones de nuestro admirable y querido autor:

»Ninguna de sus obras (dice el señor de Latour) deja de dar alta idea de la moralidad que

avalora las acciones de Fernan Caballero, ni de recomendarse por el brillo y verdad de las descripciones, por el interés de la narracion, por la originalidad del diálogo y por la profunda sencillez de la accion; pero llaman la atencion todavía mas el especial carácter de la invencion y el órden de la composicion en el autor de tantas novelas distinguidas. Fernan Caballero, hasta cuando inventa, parece como que recuerda: tal es el don supremo del que narra. Y con efecto, el verdadero narrador lo que hace aquí frecuentemente es recordar; pero con la circunstancia de que el hecho que saca del fondo de su memoria llega al remate de su pluma transformado é idealizado. Fernan Caballero ve mucho, observa sin cesar y retiene sin esfuerzo. Despues viene el sentimiento moral y la pasion interior, sin que apenas caiga en ello, á dar colorido y vida á lo que vió, observó y retuvo. No creo que, á excepcion de una sola vez (como ya he dicho) se haya empeñado en combinar situaciones, ni la he visto jamás complacerse en las mil astucias del oficio: esta sola palabra la horrorizaría. Sabe dónde va y lo que se propone

conseguir; pero no creo que cuando toma la pluma se cure mucho de lo que desde luego han de decir ó hacer sus personajes. Nunca se da prisa al empezar. Se pone en viaje como el que estando seguro de que ha de llegar, no repara ni en la hora ni en el camino. Detiénese á sus anchas á admirar el paisaje, á describir sus héroes y á oirlos hablar entre sí; y no se hará de rogar para meter baza y echar su reprimenda al tiempo actual, cosa que acaso le sucede más de lo que correspondiera. Pero en cuanto el drama se apodera de la escena, desaparece el autor de repente y la accion se precipita con irrisistible energía. Así sucede con frecuencia que, despues de una primera parte llena de gracia, de amable descuido, de finas advertencias y de interesantes pinturas, en la segunda no se encuentra más que pasion é impetuosidad; ya no hay nada inútil; todo lo lleva un mismo soplo, hombres y cosas, hácia el desenlace inevitable, arrebatado á veces como con el filo de la espada.

»Y al lado de ese tacto exquisito, de esa dignidad innata y de esa particular aficion á todo lo que es noble, generoso y elevado; de esa fina in-

teligencia de las necesidades y hábitos de la sociedad culta, ¿qué puede haber mas sorprendente que su aptitud particular para pintar el pueblo, la gente sencilla y el hombre del campo, gracias al envidiable don de interesarse por los pequeños, de entrar con simpatía en el fondo de sus miserias, de saber analizar sus ideas, preocupaciones y pasiones, sin que jamás una sensacion desagradable venga á turbar la tierna compasion que inspiran los sentimientos del pobre? Verdad es que en FERNAN CABALLERO (es menester no cansarse de repetirlo) la inspiracion es profunda y sinceramente cristiana (1).»

Hasta aquí el señor de Latour.

¿No es cierto, amigo lector, que me agradeces (perdona la confianza) las noticias y observaciones aquí transcritas, más que si hudiera yo hablado de mi cuenta y riesgo engolfándome en una remontada disertacion acerca de la novela, ó dándome aires de crítico *trascendental* para explicarte en qué consiste el singular mérito del precioso

(1) REVUE BRITANNIQUE (Janvier, 1860): FERNAN CABALLERO, *par M. Ant. de Latour.*

Cuadro que vas á leer? ¿Acaso no conocerás tú su ingénua belleza sin necesidad de explicaciones, cuando sientas que asoman á tus ojos, y que no las puedes reprimir, lágrimas de ternura y de entusiasmo? Lee, apresúrate á leer *Deudas pagadas*; y si despues de esta lectura no crees, como yo, que si aquí abrigásemos todos el acendrado patriotismo de FERNAN España seria la primera nacion del mundo, dígote que no lo entiendes.

A FERNAN CABALLERO no le alcanza en manera alguna la responsabilidad del mal inevitable y profundo que causa la literatnra romancesca importada de Francia, y que tanto allí como entre nosotros, y como en todas partes, se esfuerza por efectuar en los sentimientos y en las costumbres una revolucion tan desfavorable á los principios de la moral cristiana como á los afectos tiernos y delicados, benévolos é indulgentes. La literatura que escandaliza en los libros con un descaro que ningun escritor decente se atrevería á usar ante personas que fuese, y que se propaga impunemente en alas de una fecundidad tan pasmosa como funesta, es el polo opuesto de la que cultiva

nuestro inestimable autor. Por eso se ha dicho y repetido, con razon harta, que los libros de FERNAN CABALLERO no son solo buenos libros, sino buenas acciones. Cuando ingenios corrempidos, tocados de la lepra mas contagíosa y repugnante, prostituyen la inspiracion y la belleza pugnando por divinizar los mas brutales apetitos, las doctrinas más disolventes y absurdas, las más punibles aberraciones del entendimiento humano, el escritor en quien el mal epidémico no hace mella, que se conserva puro en una atmósfera viciada, y que tiene el valor de hacer frente al mal, predicando constante y generoso el bien, merece por tal horoicidad inmarcesible corona.

Todos los ramos de la literatura, aun los que menos se prestan á ello, participan hoy de un carácter polémico que suele perjudicarles mucho bajo el punto de vista del arte, pero que da á las obras cierta importancia *de actualidad* en la que estriba todo su mérito, y á la que deben las más veces el efímero y poco envidiable laurel que ciñe su frente, como ceñían la suya de flores las heroinas de la prostitucion griega y romana. Pero de

todos los géneros literarios, el drama y la novela son los que mas dócilmente se han puesto á devocion de las doctrinas anti-religiosas y anti-sociales, con la satisfaccion del muchacho de mala índole á quien se da carta blanca para entregarse á toda clase de excesos. Ambos son, á no dudarlo, de los instrumentos mas eficaces que emplea el siglo, en su afan destructor, contra los principios verdaderamente salvadores. ¿Nacerá el bien de la intensidad y extension misma del mal? Los que ponen tan vivo empeño en abatir los fundamentos del órden social, la religion, la autoridad bien entendida, el deber, el respeto, la resignacion, todas esas grandes columnas de la humanidad, sin las cuales tarde ó pronto se vendrian á tierra las naciones, y los pueblos se convertirian en manadas de fieras sin otra ley que el instinto, ¿llegarán al cabo á sobreponerse á escritores como Fernan Caballero, que ofrece al hombre en cada dolor un consuelo, en cada infortunio uno esperanza, para cada virtud una perdurable recompensa? Renegaría de la ley del progreso, tan invocada en este siglo, si tal llegara á suceder,

Entretanto que inteligencias superiores ventilan y resuelven un problema tan difícil é importante, séame dado encarecer de nuevo la fé inquebrantable de FERNAN, y recomendar á las madres de familia los hermosos ejemplos de moral pura y acendrado patriotismo que contienen todas sus obras. A pesar de los reducidos límites de *Deudas pagadas*, y del carácter especial de este opúsculo, tambien los hay en él, y de tal especie, que es necesario ser de piedra para no enternecerse al leerlos, ó tener el corazon completamente pervertido para no ansiar imitarlos. De qué modo tan natural, con qué maravilloso artificio mezcla FERNAN CABALLERO en este sencillo *Cuadro de costumbres* lo verdadero y lo fingido, lo histórico y lo verosímil! ¡Qué talento de combínacion el que de tantos rasgos sueltos discordantes sabe formar tan admirable conjunto! Lo repito: las heróicas hazañas de nuestros soldados tendrán cantores que las celebren en estilo mas elevado, historiadores que las aprecien y juzgen en cualquier sentido de una manera mas épica; pero de seguro no habrá pluma que arrebate á FERNAN CABALLERO la gloria de dar

en solo cuatro pinceladas cabal idea de la índole generosa de nuestros valientes, del espíritu cristiano y guerrero que los anima, del entusiasmo con que luchan por su Reina y por su patria, de su jovialidad y sufrimiento, de su frugalidad y constancia, del chiste y agudeza con que suelen mostrar á veces en los mayores conflictos que no hay penalídad ni trabajo superior á la resistencia de su espíritu.

Sin alterar en lo mas mínimo la verdad, antes bien, poniendo particular esmero en no apartarse de ella poco ni mucho, FERNAN nos interesa y conmueve, acrecentando, si cabe, el amor á nuestros soldados y á nuestro pueblo, dignos por su patriotismo y por su fé de los altos destinos á que parece llamarlos de nuevo la Providencia. Escritor eminentemente popular, conoce como ningun otro el secreto de pintar al verdadero pueblo, guerrero y útil en los campos de batalla, laborioso y utilísimo en otros campos. Desde Cervantes hasta nuestros dias nadie puede disputar en España á FERNAN CABALLERO el lauro de perpetuar en sus libros (documentos históricos aun mas verdaderos

é importantes que la historia misma) el carácter y fisonomía de la gente del pueblo, no ya solo bajo el punto de vista de sus hábitos y costumbres, sino con relacion á sus creencias, pasiones y sentimientos; agradándose siempre en lo bueno, condenando y compadeciendo lo deforme.

Para un escritor de esta índole, la guerra de Africa debia ser, y ha sido efectivamente, despertador eficacícimo. Podria asegurar desde luego, sin temor de equivocarme, que cada victoria de nuestros soldados, cada rasgo de abnegacion, de nobleza ó de humanidad de los muchos que honran en esta campaña el nombre español, ha resonado en el alma sensible y hermosa de nuestro autor como música del cielo. Cada grito de dolor, cada lamento de agonía exhalado por nuestros valientes compatriotas en el suelo inhospitalario del Africa al sucumbir luchando con el fanático enemigo de nuestra religion y de nuestra raza, lejos de la madre, de la esposa, de la amada, de todas las más caras prendas, ha encontrado eco en el compasivo pecho de FERNAN y arrancado una bendicion y una lágrima de lo más íntimo de su cora-

zon: la bendicion para el valiente; la lágrima para los deudos, para la esposa ó la madre. En esto, como en todo, el gran pintor de costumbres ha ido á una con el comun pensar y sentir de los buenos españoles.

Y ya que se trata de la guerra de Africa; supuesto que en ella se funda el sencillo é interesante argumento de *Deudas pagadas*, y que á beneficio de los heridos en esta lucha nacional ha de expenderse el presente epúsculo, costeada su impresion por un Príncipe que ha solicitado una vez y otra con vivo ardor compartir las fatigas y penalidades del sufrido ejército de su patria adoptiva, pemítaseme consignar en este sitio (á fuer de español, aunque el más humilde de todos) el sentimiento de admiracion y gratitud que me inspiran las virtudes de los defensores de mi Reina y de mi país. Pobre es la ofrenda, pero ninguna más desinteresada y sincera. El envenenado aliento de nuestras discordias políticas no ha viciado aun mi corazon, ni la adversidad ni los reveses lo han cerrado á los sentimientos generosos. Gracias á Dios, para mí todo interés se anula ante el interés

de la patria: sea ella grande y venturosa, y siga yo siendo mientras viva el último y más oscuro de sus hijos. ¡Desdichados los que piensen de otro modo! ¡Desdichados los que antepongan cualquier interés egoista al bien, á la salud ó á la gloria del suelo que les vió nacer! ¿Qué mayor debilidad, qué mayor desgracia que no comprender así, en circunstancias como las presentes, lo que debemos á nuestra madre España cuantos hemos tenido la dicha de abrir los ojos á la luz del sol bajo el azul de su hermosísimo cielo? ¿Quién mas digno de compasion y de lástima.

Si es nuestro enemigo el que vence y humilla la soberbia del infiel en defensa de la bandera española, bendigamos y ensalcemos á nuestros enemigos. El rencor es estéril como las arenas del desierto. La injusticia que desconoce el mérito del adversario porque es adversario, es todavía mas estéril. La envidia que se lo niega es la mayor calamidad que puede caer sobre pueblos y nacioues. Nunca los pensamientos mezquinos produjeron cosas grandes. Los cálculos del egoismo casi siempre se vuelven contra el que los fragua. Y aunque

no suceda así y se realicen á medida del deseo, nunca logran despertar en nadie estimacion ni simpatía. El corazon, en cambio, podrá engañarnos algunas veces; pero aun de ese modo nos honrará con la aprobacion y el aplauso de los hombres de bien, que nunca desconocen lo que se debe á la rectitud y á la nobleza. Por desgracia, no es la mejor para medrar en el mundo; mas ¿qué importa? ¡Ay de aquel que solo atiende al provecho! ¡Ay del que tiene por única norma de conducta la ciega y bastarda aspiracion de la conveniencia! Aunque puesto en boca de una gitana, prefiero seguir el concepto de Cervantes:

Haga yo lo que en mí es
Que á ser bueno me encamine;
Y haga el cielo y determine
Lo que quisiere despues,

Dos palabras para terminar estos mal aliñados renglones. Ferman Caballero siente aun latir en su pecho el antiguo patriotismo español, sin mancha que lo enturbie ú oscuresca ¡Dichosos héroes los que han merecido el aplauso de un alma tan generosa! ¡Feliz patria la que todavía tiene hijos

cuyo valor y cuyas virtudes son con justicia admiracion de propios y extraños! ¡Dichosa guerra la que suministra al escritor verídico rasgos tan hermosos y envidiables como los que han reunido en *Deudas pagadas* la cariñosa solicitud y el claro ingenio de FERNAN!

Madrid.—Marzo de 1860.

MANUEL CAÑETE.

ADVERTENCIA.

Habiamos pensado citar en nota los periódicos de que hemos tomado cada hecho, cada pormenor y cada extracto de los que han servido para formar este *Cuadro*; pero despues nos ha parecido que seria un trabajo inútil, tanto más, cuanto que la mayor parte han sido traidos por varios periódicos. El primer hecho con que principia la vida de los dos jóvenes que ponemos en escena, lo hemos tomado del excelente periódico *La Alhambra* de Granada, y sucedió en aquella provincia.—Mucho nos pesa que la pequeñez de esta narracion no nos permita insertar en ella sino un número tan corto, de entre la multitud de hechos heróicos que se suceden, y casi se atropellan, en la actual guerra de Africa,

DEUDAS PAGADAS.

I.

—En la vida he diecho yo un *perdone V.*
Dios, ¡Bendita sea la misericordia divina!

(*Un pobre campesino*)

Aunque los pueblos de las sierras de Andalucía, por su elevacion, gozan en el estío de una temperatura más templada que los de los llanos, en las horas denominadas *del sol*, reverberando este en las rocas que se hallan en los terrenos montañosos, se siente allí un calor seco y ardoroso, más pasajero, pero más irritante que en los llanos. Sufren pricipalmente sus abrasadores efectos los segadores nómadas, que despues de concluir en su provincia la recolecion de las mieses, van á buscar trabajo en aquellas que aun se lo pueden proporcionar. Gran parte de estos segado-

res, de la provincia de Granada, llegan á la sierra de Ronda, en la que son bien venidos y recogen el fruto de sus penosas tareas, siempre que la enfermedad, esa plaga del pobre, no los postra y acaba con sus ganancias ó con sus vidas.

En tiempos piadosos se estableció un pequeño hospital para los pobres forasteros en Bornos que es uuo de los pueblos que como ramos, lleva la sierra orlando su falda; hospital que en invierno permanecía cerrado, pero que en verano recogia á muchos de estos pobres segadores que la intensidad del calor hacia enfermar y que no tenian allí casa ni hogar.

Por los años de mil ochocientos treinta y tantos, en la tarde de uno de los dias más abrasadores del estío, se hallaba sentada á la puerta de su casa en el mencionado pueblo una mujer de semblante dulce y bondadoso, ocupada en picar el tomate y el pimiento y en migar el pan que habia de servir para el sano, nutritivo y sabroso gazpacho de la cena; no lejos de ella en la calle jugaban sus dos hijos, un niño de siete y una niña de cinco años.

Como el pueblo se halla en gran parte circundado de huertas y naranjales, situados en la vertiente de la planicie en que aquel se asienta, y que son regados á esa hora por las claras y abundantes aguas de sus manantiales traía la brisa de entre las hojas de los árboles de aquellas huertas, con el canto de los pájaros que despedian al sol, un ambiente fresco y perfumado, como si la naturaleza, esa buena madre, hi-

ciese abanico de sus árboles para refrescar con él la frente de su predilecto ser, el hombre. La fachada de la casa gozaba ya las dulzuras de la sombra, mientras que al frente doraba aun el sol los objetos que desde allí se veian, esto es, los montes, que pasado el valle se alzan con sus desigales crestas, como dóciles camellos que han recibido la carga de viñas, olivares y sembrados que les confia el hombre.

La madre, abstraida en su faena, no habia notado que otro niño de muy pobres trazas se habia acercado á los suyos, ni habia oido el siguiente diálogo:

—¡Ah! dijo el niño de Bornos al forastero, yo no te conozco ¿cómo te llamas?

—Miguel; ¿y tú?

—Gaspar.

—Y yo me llamo Catalina, añadió la niña que queria tambien ser conocida de su nuevo compañero.

—Yo sé la relacion de Santa Catalina, dijo éste.

—¿La sabes? Pues *ímela.*

El niño recitó la siguiente:

¡Santa Catalina! mañana es tu dia,
Subirás al cielo con santa alegría
Y dirá San Pedro al verte llegar:
—¿Qué mujer es esta que viene á llamar?
—Yo soy Catalina, que quisiera entrar.
—Entra, palomita, en tu palomar.

—¡Qué preciosa es! exclamó la niña; ¿sabes otra?

—Mira, Catalina, gritó su hermano, que estaba co-

miendo habas tostadas; mira, en esta haba hay un coquito muerto, un coquito tostado.

Y se puso á cantar:

El coquito se ha muerto,
Dios lo perdone.
A enterrarlo lo llevan
Los cigarrones.

—¿Me das habas? suplicó el niño forastero.

—Sí, toma. ¿Te gustan mucho, muchisimo?

—Sí que me gustan; pero te las pido porque tengo mucha hambre.

—Pues qué ¿no has comido?

—No.

—¿Ni *almorzao*?

—No.

—*Mae*, *Mae*, gritaron ambos niños dirigiendose á la suya; este pobrecito niño no ha comido ni almorzado, y tiene mucha hambre; ¡dénos V. pan para dárselo.

—¿Que no ha comido? dijo la buena mujer dando un pedazo de pan al niño, con esa caridad cariñosa, tan propia de las mujeres hácia los niños; ¿pues no tienes padres, hijo mio?

—Sí, pero no tienen pan que darme.

—¡Pobrecito! y ¿dónde están tus padres?

—Allí, contestó el niño, señalando con el dedo hácia una callejuela que hacia esquina con la calle, y

que formaban las tapias de los corrales inmediatos.

La buena mujer, seguida de los niños, se dirigió allí.

Sobre la yerba seca, arrimado á una tapia estaba tendido un hombre miserablemente vestido, con la cara vuelta á la pared: tenia un pañuelo liado á la cabeza; á su lado yacia una hoz caida de su inerte mano, y se le hubiese creido abandonado cadáver, s en el suelo á su lado no hubiese estado sentada una mujer que, apoyada su escuálida mejilla en la descarnada mano, clavaba en él sus miradas al través de las lágrimas que despues de llenar sus ojos surcaban su triste semblante, como en dias de temporal surcan filtrados caños de lluvia las abandonadas paredes de las ruinas. El sol, al ponerse, alumbraba este lastimoso grupo con los rayos que se introducian por aquella callejuela, y que eran lánguidos y tristes como las miradas del que se despide.

Al verlos, preguntó la buena mujer, que se llamaba María, á la mujer forastera:

—Señora, ¿que tiene su marido de V.?

—¡Una calentera de tabardillo que se lo lleva! contestó prorumpiendo en sollozos la interrogada.

—¡Ay Jesus! ¡Ay María Santísima! esclamó compadecida la madre de los niños; y ¿V. por qué no avisa y pide auxilio? ¿Estamos aquí acaso en tierra de herejes?

—Yo no conozco a nadie en esta tierra.

—No le hace; para gastar projimidad no es menes-

ter *conocencia*. ¡Pues qué! ¿Ha de morir este infeliz como en tierra de moros? No en mis dias.

En este momento llegóse á ellos un hombre, de cara bondadosa, enérgica y serena.

—*Pae, Pae*, gritaron los niños; ese pobre hombre se está muriendo, y dice éste que es su hijo, que no tiene pan que darle.

—Juan José, dijo á su vez la madre de los niños, este infeliz está quí sin amparo; esto es un dolor. Anda, si quieres, lo recogeremos en casa y avisaremos al médico.

—¿Pues no he de querer? respondió su marido. *En la vida he dicho yo un* «Perdone V. por Dios,» *¡bendita sea la Misericordia Divina! siempre ha habido en mi cocina un rinconcito para los pobres, y más si llegan de noche, van de camino, ó están malos, y siempre han tenido un pedazo de pan del que yo he comido.* (1) ¿Acaso no lo sabes tú, mujer?

—Pues á ello, dijo esta *alevantálo*, Juan José, que yo le cogeré por un brazo y su mujer por el otro.

Como fué dicho fué hecho. Los niños cogieron, el uno la hoz; el otro el sombrero; el tercero un pequeño y miserable lio de ropa, y todos se encaminaron hácia la casa.

Colocado sobre una de esas gruesas esteras de anea que sirven en los cortijos y viñas, á los trabaja-

(1) Textuales palabras de un campesino, anotadas al oirlas pronunciar.

dores, de camas, una zalea y unas sábanas, fué acostado en ella el enfermo, que permanecia completamente aletargado, mientras Gasparito, con el encargo de *ir por los aires*, corria á llamar al médico. Acudió éste, que declaró al enfermo de mucho peligro y que le recetó varios medicamentos, que se le hicieron con ese celo é inteligencia de enfermeras, que es una de las muchas prerogativas del sexo que llaman *bello*, y que con más propiedad pudiera llamarse piadoso.

Despues de habérselos suministrado, y merced á una copiosa sangría, quedó el enfermo más sosegado, y al parecer dormido con un sueño natural y benéfico, y entonces pensó la familia en cenar su fresco y nutritivo gazpacho y esas frutas tan abundantes en este pais y á que tan afecto es este pueblo, frugal, fino y elegante hasta en sus más materiales apetitos.

II.

TRADICION: Noticia de alguna cosa que viene de padres á hijos.

(*Diccionario*)

Excusado es decir que los primeros llamados á participar del *rancho*, como decia el amo de la casa, que habia sido soldado, fueron la forastera y su hijo.

—¿Y de qué pueblo son Vds? preguntó Juan José á su huéspeda, presentándole la cortada de una magnífica sandía, que brillaba como encendido granate,

—De Treveles, en las Alpujarras, contestó la interrogada.

—Allí he estado yo cuando servia al rey, repuso Juan José; aquellos son pobres pueblos. Treveles está *espernacco* sobre el barranco de Poqueira.

—Verdad es, repuso la pobre mujer, cuya apagada y triste mirada se animó un momento al recuerdo, tan de todos querido, al lugar en que nació y en que radicaba su hogar doméstico.

—Por más señas, prosiguió Juan José, que desde allí se columbran las picachos de Mulasen (Mulhá Hasem) y el de Veleta, que no llega al cielo porque su Divina Majestad no quiso, que no por falta de haberlo intentado.

—Oye, Juan José, ¿y por qué le llaman al picacho aquel de Veleta? ¿Tiene alguna?

—No la *vide*.

—No la tiene pero, la tuvo en tiempos atrás, dijo la forastera, cuando andaban moros y cristianos revueltos peleando por las Alpujarras. La guardaba un ángel, haciendo que señalase hácia España, y entonces ganaban los cristianos; pero si se descuidaba, venia el diablo y hacia que señalase hácia Berbería, y entonces ganaban los moros.

—Pero por más que hizo el diablo los echamos; ¡toma! ¡y más que hubieran sido! opinó el ex-soldado.

—¿Y V. ha estado por esas alturas? preguntó la dueña de la casa á su huéspeda.

—Yo no, respondió ésta; pero sí mi Manuel un ciento de veces. En una ocasion fué á llevar á un inglés que queria verlas. Entre ambos picachos hay una hondonada que está llena de agua, y es una caldera que hicieron los diablos. En sus centros se oye

un ruido muy asombroso, que lo hacen los martillazos que dan los diablos componiendo su caldera. Todo aquel sitio es un yermo, rocas peladas, y tan solitario y pavoroso, que dijo el inglés que aquello se parecia á semejanza de un mar muerto que hay por esos mundos.

—¡Ay *Mae*? ¿Y por qué se ha *morío*? preguntó la niña.

—Qué sé yo, contestó su madre.

—*Pae*, tornó á preguntar la niña, ¿por qué aquel mar se ha *morío*? ¿Lo mató el moro?

—¡Qué espilfarro! contestó su padre, que no quiso, como lo habia hecho su mujer, manifestar su ignorancia del hecho; se ha muerto porque en este mundo todo se muere, hasta las mares.

—Y qué, pregunto María, ¿todo aquel monte está *asina*?

—No, que más abajo hay arbolado, castaños, encinas y monte bajo, y unos manzanos muy hermosos que plantaron los moros, y cuyas manzanas se llevan á vender á Granada.

—Y me dijeron, añadio Juan José, que hay allí unas cabras montaraces y bravías que corren más que agua cuesta abajo, saltan como cigarrones, y son tan prevenidas, que tienen á una siempre de centinela en una atalaya, que en viendo peligro golpea la roca con el pié, y entonces parten las demás y desaparecen como una volada de perdigones.

—Mucha verdad que es, repuso la huéspeda, y que

tambien hay cárabos (1), que son unos pájaros con alas y cara de gente.

—¿Qué está V. diciendo, señora? Quién ha visto nunca semejantes avechuchos? exclamó Juan José.

—Los ha visto mi Manuel, y todo el que ha subido á aquellos vericuetos; y ha de saber V. que los cárabos y las cabras monteses, lo son desde los tiempos que andaba Jesus por el mundo, que llegó por aquellos andurriales que eran entonces unos frondosos vergeles en que pastaban cabras mansas y hermosas; guardadas por sus pastores. El Señor, que venia cansado, entró en una cabreriza y pidió á los pastores que le preparasen á él y á San Juan y á San Pedro, que lo acompañaban, un cabrito para cenar. Los pastores, que eran ruines moros, le respondieron que no tenian ninguno; pero el Señor insistió, y entonces ¿qué hicieron esos desalmados? Mataron á un gato, lo guisaron y se lo pusieron sobre la mesa. Pero ¡ya se ve! el Señor, que conoce los corazones y sabe todo lo que pasa, por más oculto que se crea, estaba al cabo de lo que habian hecho los pastores, se sentó y dijo:

Si eres cabrito
antente frito,
y si eres gato
salta del plato.

Al punto se enderezó el animalito y echó á correr,

(1) Especie de buho.

El Señor para castigar á los pastores, los convirtió en cárabos y á sus cabras en montaraces.

En este momento se oyó un quejido; todos acudieron al lecho del enfermo. Su alivio habia sido momentáneo; la calentura habia subido; originándole un ataque cerebral que en breves horas le causó la muerte, sin que por un instante volviese á su conocimiento.

Fácil es describir un dolor desesperado que se agita violentamente, grita y se subleva contra el infortunio; pero no lo es describir el dolor profundo, callado, humilde y resignado. La pobre viuda que todo lo habia perdido, hasta las fuerzas para trabajar, alzó los ojos al cielo, cruzó sus manos, hincó su cabeza, y su muerto corazon fué parando con su frio la débil vida orgánica de aquella infeliz.

No se vió despedida por la buena y caritativa familia que la habia amparado; pero conoció que iba á ser para esta una pesada carga, y aunque sumisa á su voluntad, rogó al Señor de la *Buena Muerte*, del que era especial devota, que se la concediese cuanto antes como término de sus padecimientos; y el Señor se la concedió.

Una noche vió con indecible consuelo el lecho en que yacía postrada rodeado de buenas, devotas y compasivas almas; la casa se iluminó; un altar se alzó frente á su pobre cama, en el que se veia la efigie del Señor de la Buena Muerte, con los brazos abiertos al que le imploraba; todos traian flores, esas universales intérpretes de los sentimientos humanos, que así re-

alzan las más augustas solemnidades, como poetizan y hermosean las más alegres fiestas, y que cual si fuesen dones de los ángeles, se hallan, como estos, lo mismo en las chozas que en los palacios, en los régios jardines que en el campo.

Sonó á lo lejos una campanilla que con su son argentino parecia decir: *Aquí viene el Señor de la Buena Muerte.*

Y así fué, porque concluido que fué el solemne acto de recibir la enferma los Santos Sacramentos, alzó ésta sus ojos en los que volvió á brillar su perdida alegría.

—Yo voy á dejar este valle de lágrimas, dijo con débil voz, y mediante la misericordia de Dios, voy á su presencia á pedirle que mire por este pobre niño desvalido por este pobre huérfano...

—¡Qué huérfano! exclamó Juan José. ¿Pues no sabe V. que es hijo nuestro?

La moribunda apoyó su pálido rostro sobre la frente de su hijo en la que quedó sellada una lágrima, y le dijo:—Hijo de mi alma, paga tú á nuestros bienhechores tu deuda y la de tus padres; por mí, solo puedo pedir á Dios que los bendiga como yo los bendigo.

—Juan José, dijo el cura, la bendicion de los moribundos es la herencia de más valor que pueden legar á los que les sobreviven.

III.

El que es bien nacido,
es agrdecido.
(*Refran.*)

En mil ochocientos cincuenta y tres, Gaspar y Miguel, criados como dos hermanos, habian llegado á ser hombres, y eran trabajadores y honrados como el padre que los habia guiado. Catalina era linda jóven, recogida y hacendosa como la madre á cuyo lado se habia criado. Miguel, que tenia un corazon amante y noble y por tanto agradecido, amaba á la familia que le habia prohijado, con apasionada ternura, en particular á Catalina, hácia la cual sentia, todo el cariño de un hermano y toda la ternura de un amante por la que desea hacer la compañera de su vida.

Muchos dias de tranquila felicidad disfrutaron aquellos seres tan buenos y tan unidos; pero como la ventura y el azul del cielo no pueden ser permanentes, porque la tierra para dar sus frutos necesita la lluvia, y el hombre para aprender á apreciar bien esta vida y la otra necesita las lágrimas, llegó el caso de que se vertiesen muchas en aquella casa, para probar á sus moradores que su beneficio, casi con preferencia, se lo concede Dios á los pobres y á los buenos.

La quinta se promulgó, y ambos hijos entraron en suerte.

El que conozca la apasionada ternura de las madres del pueblo por sus hijos, podrá comprender el dolor y desconsuelo de María. A ambos hijos creia amar igualmente; por ambos temia con igual angustía; con el mismo fervor rogaba á Dios y á su Madre porque saliesen libres el uno y el otro; pero cuando volvieron del sorteo y supo que la suerte de soldado habia caido al hijo suyo, el grito que arrancó esta nueva á su corazon de Madre:—¡hijo mio de mis entrañas, á tí te habia de haber tocado!—probó que el cariño de una Madre no puede ser igualado por ninguno.

Miguel presenció con el corazon partido el dolor de María; dolor que todos los consuelos que tanto él como su marido la prodigaron, no pudieron disminuir ni calmar.

Al dia siguiente fué Juan José á llevar á su hijo á la caja de depósitos en que habia de ingresar; pero

¡cuál no seria el asombro de ambos cuando le dijo el comandante á Gaspar que estaba libre y que podia volverse á su casa!

—¡Cómo! exclamó estupefacto Gaspar, ¿y por que?

—Porque tienes un sustituto, contestó el jefe.

—¿Yo? tornó á preguntar cada vez más asombrado Gaspar; ¡si eso no puede ser!

—¡Cómo que no puede ser! ¡Si está ya recibido y alistado el que lo es!

—¿Pero quién es? preguntó atónito Gaspar.

—Este mozo, contestó el comandante, señalando á aquel que la caridad de sus padres habia criado como á hijo.

—Miguel, ¿qué has hecho? exclamó conmovido Gaspar.

—Lo que mi madre al morir me encomendó, pagar una deuda; contestó Miguel.

—Tú no tenias conmigo deuda ninguna, repuso Gaspar; yo si que la tengo ahora contigo, y quiera Dios darme ocasion de podértela pagar, hermano; que si me se presenta, á fé mia, no la despreciaré, no.

IV.

¡Viva España! ¡Viva la Reina!
(El pueblo español)

Dos años despues de estos referidos sucesos aguardaba una pena aun mayor á esta buena familia, tan unida y tan amante, como suelen serlo todas en los pueblos del campo. Miguel salió soldado, como antes Gaspar, y teniendo por tanto que servir su propia plaza, hubo de ser llamado de nuevo á las filas el hijo de sus padres adoptivos, á quien ya no podia sustituir. Trascurrieron cuatro años más; y cuando esperaban que cumplido su tiempo regresase Miguel á su casa, y Catalina preparaba sus vestidos de novia, resonó un grito que dado por la Reina de España se es-

parció por el país como la chispa eléctrica propia á despertar el genuino entusiasmo, el verdadero patriotismo español: *¡ Viva España! ¡ Muera el moro que la ultraja!* Este grito fué repetido por todos los ámbitos de la Península, acompañado de la vibracion de la espada del guerrero, y por la del oro del pudiente, que cayó en aras del honor del país; fué repetido por el pueblo, que dió su sangre; por el santo episcopado, que bendijo la causa del país y del cristianismo, y su voz arrastró tras sí, no solo á las conciencias religiosas y timoratas por su santidad, sino á todas por su sabiduría, prudencia y acierto. Las hermanas de la Caridad ofrecieron sus consagrados servicios; las monjas elaboraron hilas y santos escapularios de la Vírgen; las señoras hicieron tambien á millares hilas y vendajes que humedecieron con sus lágrimas, y hasta los niños entusiasmados pidieron ir á la popular guerra del moro (1).

(1) Con muchos ejemplos podriamos acreditar este aserto; pero basta con trascribir aquí la carta que escribió un sobrino nuestro, hijo del marqués de C..., que aun no ha escrito sino planas, como se podrá notar por su manera de firmar.

»Señor gobernador:

«Aunque soy un niño de ocho años, *me escito* á decir á V. que quisiera perder mi vída por la patria, y que teniendo aficion á las cosas militares me permita ir á pelear contra los moros.—La hizo *P. P.*»

Es de advertir que el cáracter de este niño es dócil, y su índole más dulce y humilde que osada y arrogante.

Otro sobrino nuestro algo mayor; que tiene dos tios oficiales

Miguel, que participó de la unánime exaltacion por el general patriótico impulso, al recibir su licencia se reenganchó sin querer recibir premio de reenganche, por el tiempo que durase la guerra de África.

Juan José, que por el invierno se ejercitaba en la arriería, á la vuelta de uno de sus viajes en que habia visto á sus hijos que servian ambos en el regimiento del Rey, trajo esta nueva á su casa. Al saberla, la pobre María prorumpió en llanto.

—¡Bien se dijo el año pasado cuando el cometa que parecia un galápago, que venia anunciando guerra contra el moro! exclamó desconsolada.

—El cometa no era un galápago, respondió su marido con bélica animacion; bien sabes que lo que se dijo fué que era la misma estrella que guió á los Reyes que vinieron á Belen á manifestar que era Cristo el Mesías verdadero; pues bien, los nuestros irán al moro á manifestar que ya están hartos los cristianos españoles de sufrir las barbaridades é insultos de la condenada morisma.

—Pero es que en esta guerra van á morir muchos,

de artillería, y un gran entusiasmo por seguir esa carrera, nallaba muy mal, y se desesperaba porque no les fuese permitido á los niños ir á la guerra de Africa.—Pero niño, le dijo el asistente de uno de sus tios al oir sus lamentaciones, si vinieses no podrias entrar en el colegio como tanto lo deseas.—Lo deseo; contesto el niño, para *aprender* á ser artillero, y en la guerra lo aprenderé mejor que en los libros.

Juan José, y eso es un dolor; un dolor, por más que con tus terriblezas digas que no.

—Ya, tú quisieras que esta guerra fuese como la que tienen entre sí las *señás* mujeres, guerra abierta, pero sin muertos; pues hija, la guerra entre los que se afeitan, y más si visten la casaca del rey y llevan por delante la bandera de España que guardar. es otra cosa; ahí de lo que se trata es de vencer ó morir.

—Pues por lo mismo, repuso angustiada María, ¿no hubiera podido despues de cumplido venir á su casa á estarse sosegado?

—¡Ya se ve!... Como tú, á la copa é ilando; pero has de saber que ninguna embarcacion nueva y velera quiere ser ponton; ¿estás?

María y Catalina seguian llorando.

—Si siquiera me hubieras dicho que ibas á verlos, dijo la primera, te hubiese dado, para que se los llevases, unos escapularios de la Vírgen.

—Ya los tienen, ya los tienen, y bendecidos por el señor obispo de Málaga; te lo he dicho ya, mujer; esta es una guerra santa que ha de alegrar á San Fernando en el cielo. ¡Por *vía* de las lloronas estas! añadió impaciente, viendo que su mujer y su hija seguian derramando lágrimas; ¿pues que querias? ¿Que se quedasen aquí como mujeres, en lugar de irles á meter el resuello para dentro á esos condenados que no creen en Cristo, que niegan su Santa Madre, que nos dicen á los españoles «gallinas y perros cristianos?» ¡Por mí la cuenta, que el caldo que le hagan

estas gallinas no les ha de saber á más!—No cogen á un español, mas que sea en tiempo de paz, que no empalen ó descuarticen: ¡mire V. que esto hace hervir la sangre á todo español! Yo no sé cómo me contengo que no me voy tambien; porque habeis de saber que los piés me hacen hormiguilla, y el dia que menos lo penseis agarro el fusil y la manta, y allá me encampo.

—¡Juan José! Por María Santísima, ¿no basta con tener allá á tus hijos? ¿Nos ibas á dejar solas?

—Por poco tiempo sería.

—Calla, calla; Dios sabe por cuanto tiempo sería, que aquella gente está en su tierra, defienden sus casas y sabes que son feroces, bravías, arrojadas y valientes.

—Sí que lo son; pero en cuanto á arrojados y valientes, más lo somos los españoles (1).

—¡Y Dios sabe las hambres y necesidades que van á pasar!

—No lo creas; mas cuando eso fuese, en dándole al soldado español agua, agua, ya va listo (2). ¡Vamos, si la alegria de aquella tropa al embarcarse era para vista! ¡Cascabeles, y que no me fuese yo con ellos!

—Juan José, por María Santísima, no tengas esos disparos de mozo, mira que tienes sesenta y cinco años.

(1) Dicho de un soldado.
(2) Dicho de otro idem.

—Tengo hoy veinte, mujer, tengo veinte; ¿estás?

—Tus brios te engañan, y no he de consentir en que te vayas tú á la guerra teniendo en ella á dos hijos.

—Y si tuviese más, allí estarian; ¿pues acaso piensas que he de ser yo menos que el padre del primer soldado muerto en la toma del Serrallo, que cuando lo supo llamó á otro hijo, se fué al alcalde de su pueblo y le dijo:—Mi hijo ha muerto en el ejército de Africa, aquí traigo á otro que lo reemplace?

—¿Por lo visto eres capaz de haber empujado á Miguel para que fuese al moro?

—No necesitaba Miguel que lo empujasen; Miguel ha hecho bien, y *asina* se lo dije.—Anda confiado, le grité al despedirme, que la veleta de tu tierra señala para España; no te amilanes si hay algun revés, que en la guerra, como no sea por un milagro de Dios, alguno ha de haber; pero pocos han de ser, y poco ha de arrimarse el diablo á la veleta del picacho de las Alpujarras, porque el que á la presente cuida de ella es un arcángel, tu patrono Miguel y el de la España, y ese no se descuida y tiene á raya al diablo.

V.

Si que los manes de Guzman el Bueno,
Del gran Cortés, de Córdoba y Pizarro,
Por tí constantes velan, madre España;
Y el mundo todo, de respeto lleno,
Aun ha de verte en el triunfante carro
Y ha de admirar hazaña tras hazaña.

(Fernando de Gabriel.)

Algun tiempo despues fué Juan José con su mulo por una carga de peros á Ronda. Allí supo que podria llegar sin mucha dificultad al campamento cristiano en Africa.—Pues señor, pensó entonces, lo mismo podré vender mis peros allí que lo haria en Jerez ó Málaga; pues allí me voy: *asina* veré á mis hijos y aquel teclado, que será digno de verse;—y como lo pensó lo hizo.

Muy ajenas de esto estaban María y Catalina.

cuando á los seis ú ocho dias regresó Juan José á su casa despues de haber llevado el mulo á la cuadra y arreglado sus cosas con mucha cachaza, se sentó y dijo á su mujer y á su hija:

—Muchas memorias de los muchachos, y que desean que al recibirlas gocen Vds. de perfecta salud como la que disfrutan ellos.

—¿Qué estás diciendo, Juan José?

—Digo que muchas memorias de los muchachos.

—¿Has tenido carta?

—No, que la carta soy yo.

—¡Tú! ¿Pues qué quieres dicir con eso?

—Que fuí y vengo de Berbería sin haber perdido la derechura, con mi mulo Orejero, que empinó poco las suyas, cuando al llegar por aquellos vericuetos se halló tanta algazara, tanto moro, tanta fiesta y tanto tiroteo.

—¡María Santísima! ¿Y á qué fuistes, temerario?

—A vender unos peros que me pagaron retebien; á ver á los muchachos, que hallé buenos y mas contentos que unas páscuas; y á matar á tres moros que no le volverán á decir «perro cristiano» á ningun bautizado. Con que ya ves, mujer, que no he perdido el viaje.

—¡Esto has hecho! ¡Dios nos asista, Dios nos asista! exclamó santiguándose la buena mujer: ¿tres moros mataste? Eso no habrá podido ser sino que fuesen indefensos, vencidos ó rendidos; ¿y esto has hecho?

—María, ¿qué estás diciendo? repuso su marido. ¿Acaso no sabes que matar á un indefenso es contra la honra, y cosa de verdugo? ¿No sabes que matar al rendido es una villanía y hacerse carnicero de humanos? ¿No sabes que matar al que pide la vida es de perversos cobardes, que ultrajan con eso el nombre de cristianos y difaman el de español? En buena guerra los maté, María; cuando ellos, armados, me querian matar á mí y á mis compañeros. De sobra sé que la gloria está, no en *matar*, sino en *vencer* al enemigo, y no quisiera yo á la hora de mi muerte tener que recordar una muerte mal dada. Te digo, así Dios me asista, que los maté en toda ley, como bueno, y *asina* mueren todos, porque no se quieren rendir, ni con la bayoneta sobre el pecho.

—¡Jesus! exclamó María. ¿Y por qué?

—Porque sus santos les han hecho creer que los españoles son tan feroces como ellos y que queman vivos á los heridos y prisioneros que cogen. A tí te parecia que para la guerra no servian sino los chavales, y que con mis sesenta y cinco años no servia yo para el caso; pues te engañaste, te engañaste, que yo soy de buena *caliá*, y aunque se gastó el acero, queda el hierro, ¿estás? Y que soy buen soldado, pero no asesino, ¿estás?

—Perdona, Juan José; no me paré...

—Pues ya se ve que no te paraste, ni te has acordado de que tu marido es cristiano viejo y español bien nacido, que sabe arremeter á los enemigos de su fé,

de su patria y de su Reina, pero que jamás se deshonra por matar á un indefenso, ni se envilece con acabar al vencido, ni se hace tigre negando la vida al que se la pide, mas que fuese éste el mismo Barrabás en persona.

—¿Iban ganando los nuestros, Juan José?

—¡Vaya! Ganando siempre, ahora, antes y despues.

—Pero es que he oido decir, Juan José, que vienen muchos más moros con un hermano de su rey que le dicen *Muele-Habas*.

—¡Qué vengan! que eso es lo que se desea; pero no creas tú que esos moros de rey sean como los del Riff, que son los más valientes y bravíos, y que nada han podido todos contra solo la division de Echagüe, que se ha llenado de gloria como el sol de rayos; ¡por *via* de sanes, que ya puede la Reina Isabel estar ufana con la tropa que tiene! Como te lo estaba diciendo.

Cuando llegué á Algeciras me embarqué con mi mulo y con mis peros; y cuenta que eso de embarcarme no me hace ni chispa de gracia, porque los borricos que andan por las veredas del mar, si se caen no se levantan. Desembarqué en Ceuta, y de allí me fuí con mi mulo y mis peros al campamento, y no bien ví allá arriba en el Serrallo la bandera de España, se me ensanchó el corazon que no me cabia en el pecho. Llegué al campamento y vendí mis peros por el aire, que allí no falta plata, ni humor para gastarla. ¡Qué algazara, María! Aquello parecia una feria

de las más alegres: no se oía más que guitarras, cantes y vivas á la Reina.

Viva Isabel segunda,
Por que ha dispuesto
Su tesoro y sus joyas
En favor nuestro.

No te digo más sino que el general en jefe ha tenido que prohibir que haya de noche tanta guitarra y cante porque á los condenados moros les servia de puntería. Preguntando estaba por el regimiento del Rey cuando tocan la corneta, agarran los nuestros el fusil gritan «¡viva Isabel II! ¡Viva España!» y se ponen en marcha. Yo dejé el mulo y me fuí detrás, y me podeis creer que aquello era digno de verse, y le hubiese descuajado la sangre á un muerto. Cada soldado de los nuestros era un Bernardo; cada oficial un Pizarro: cada general un Cid. No parecia sino que Santiago en su caballo blanco iba por delante: de tal manera arrollaban á los moros que son todos guerreros y tres veces más. No os pudiera referir todo lo que vide, ni con cien bocas que tuviese. Yo vide al general Quesada coger un fusil y cargarlos el primero á la bayoneta.—¡Ah, buen hijo de buen padre! dije para mi chaleco, que yo serví con aquel y era otro de los de punta. ¡Pero que digo yo otro, si de punta lo son todos! Yo vide más balas pasar por cima de la cabeza del general en jefe, que grajeas un dia de Carnestolendas. Yo vide al regimiento de Granada

con su valiente coronel D. Miguel Trillo á la cabeza, dar gritando ¡viva la Reina! una carga á la bayoneta que hizo huir á los moros espantados, y oí al general en jefe que le decia que aquella hazaña merecia dos entorchados, á lo que aquel generoso gefe respondio: —«Nada para mí, mi general; todo para mi batallon.»—Oí al general en jefe preguntar á unos soldados del Regimiento de Zamora:—«¿Qué tal, muchachos? ¿Habeis ya recibido el bautismo?—Sí señor, mi general, contestaron los soldados, y se lo hemos roto á muchos moros.» En fin, María, si fuese á referir cuanto allí ví, habría para no acabar hasta el dia del juicio. Pero á quien yo no quitaba ojo, María, era á nuestros hijos, y ¿cómo no se batirian cuando lo notó el general en jefe que estaba por la cercanía, y acercándose á Miguel le dijo:—«Bien te has batido; di ahora ¿qué quieres?—Seguir batiéndome, mi general,» contestó Miguel, y al punto le dió el general la cruz de San Fernando. Yo no sé lo que por mí pasó; pero me pensé que se me iba la chaveta: no fuí dueño de mí y corrí á abrazarle, cuando ví uno de aquellos locos aulladores herir á uno de los nuestros que cayó á la vera mia.—«¿Sí? dije, cogiendo el fusil del herido; no matarás tú otro valiente cristiano;»—y lo despaché, y una vez metido en danza despaché otros dos, y dí con los muchachos una carga á la bayoneta que le puso alas á los piés de los moros, que si bien son de mano pesada para la embestida, son de piés ligeros para la huida. Despues viniéndose la noche entre-

gué el fusil y me vine á buscar mi mulo, al que por lo visto no le cuadró aquella fiesta de moros y cristianos, y que, segun me endilgaron, se habia encaminado como mulo de paz al abrigo de las murallas de Ceuta.

Aquella noche se desencadeno una tempestad que estoy para mí que desde que el mundo es mundo no ha habido otra. Yo me pensé que entre la mar, el viento y la lluvia, acababan con el mundo entero. Pero á la mañana siguiente estábamos todos como si tal cosa, y si por acaso envió el diablo aquella y otras por empeño de su amigo *Majoma* para amilanar á sus contrarios, pudieron ambos quedar convencidos de que á los españoles no los amilanan los bramidos de los elementos, ni los aullidos de sus moros bravíos. Y ahora que miento esa palabra, has de saber, mujer, que la gente *civilizá* le dice á nuestros soldados *bravos*.

—¡Oiga! ¿Y por qué? preguntó María; ¿por rudos?

—¡Qué por rudos! Por valientes, guapos, denodados, bizarros, como en mi tiempo se decia.

—¿Pues y por qué?

—Porque aquellas voces son viejas y no están de *moa*.—Pero como te iba diciendo, por la mañana me levanté y me encaminé al campamento á platicar con los muchachos, pues, como referí, el dia antes no nos lo habia permitido el moro. Cuando llegué me hallé al regimiento del Rey formado por completo, con su música y todo.—¿Qué será esto? pensé. El Hacho, que es la vigía, no ha dicho esta boca es mia;

de manera que no hay moros en la costa. ¿Por qué estará formado este regimiento y los otros no? Aquello me iba haciendo á mí tilin. Me acerqué, las músicas tocaban que era un contento, cuando se pone delante el coronel y manda que haya silencio, —y dice en voz recia para ser oido de todos:

—«El general en jefe se ha enterado con gran satisfaccion de que en la tarde del 24 de Noviembre, un soldado del regimiento del Rey que me honro en mandar, encontrándose herido su compañero y amigo y en poder de los moros, este valiente soldado, animado de los más nobles sentimientos, armó su bayoneta, y lanzándose heróicamente sobre los moros, y matando á los que le retenian, los arrebató á su amigo herido, le cargó sobre sus hombros, atendiendo más á su vida que á la propia, y arrancándole de una muerte segura se incorporó con él á la compañia; y deseoso de recompensar de un modo ostensible al que de una manera tan admirable reune el valor del guerrero y la piedad del cristiano, le remite la adjunta medalla de oro que el Ateneo de Cádiz costea y mandó grabar con el objeto de que fuese galardon insigne de un hecho que en ambos conceptos unidos sobresaliese, debiéndose entregar al frente de su regimiento formado, para que le sirva de estímulo al referido denodado y generoso soldado...»

Al anciano, hasta allí tan animado, en este instante le faltó la voz para proseguir.

—Y bien, preguntó su mujer hondamente conmo-

vida por la relacion que oía, Juan José, ¿por qué te paras? Sigue.

—Es que no lo puedo decir, se me anuda la garganta, porque al que llamaron y el que salió de la fila para recibir de manos de su coronel la medalla de oro, era...

—¿Quién era? ¿Por qué te perturbas?

—Era... mi hijo, ¡era Gaspar! (1).

—¡Hijo de mi alma! ¡Y la Vírgen me lo sacó ileso! exclamó María.

—¡Hermano de mi vida! ¡y salvó á Miguel! murmuró Catalina.

—¡Y mató tres moros! ¡Ah, buen hijo, honra de mis canas! añadió con entusiasta ternura Juan José.

Hubo un rato de silencio en que las lágrimas no dejaron á aquella infeliz familia sino cruzar sus manos y alzar sus ojos al cielo.

Algo repuesto Juan José prosigió su relacion en estos términos.

—Concluido el *auto*, me fuí á buscar á mis muchachos. ¡Yo no puedo decir, María, lo que por mí pasó cuando los vide, al uno con su medalla de oro y al otro con su cruz de San Fernando! Lo que sí puedo decirte es que ni la Reina Isabel, que Dios bendiga y guarde, puede estar mas ufana con su cetro y su co-

(1) El soldado en quien recayó el premio á que se alude se llama Francisco Lopez, y es natural del pueblo de Fuentes, en Andalucía.

rona que lo que estaba yo con mi Gaspar y mi Miguel. Si contento estaba Gaspar, mas lo estaba Miguel, al que se le saltaban los ojos de la cara. El otro estaba á modo de parado.—¡Bien, hijo, bien! le dije: *asina* se portan los españoles cuando pelean por su tierra, por su Reina y por su fé, teniendo presente que el que es valiente sin ser piadoso, es valiente á lo bruto, como lo son ellos. Has merecido la medalla, hijo mio, y la bendicion de tu padre.

—Pues, señor, ¿qué es lo que he hecho? dijo Gaspar, que como todo valiente legítimo no es arrogante ni vocinglero, y no se tiene en más, sino en ménos de lo que es.

—Has salvado la vida á tu hermano, dije yo.

—Y con una accion tan heróica, añadió Miguel, que se estampará en letras de oro.

—¡Qué! No, hombre, respondió nuestro Gaspar, pasando su brazo al cuello de su hermano; lo que he hecho es *pagar una deuda*.

—Pues tambien á la morería se la pagó España con *reitos*, dije yo; y estoy para mí que no le han de quedar ganas de volverse á entrampar; *asina* ya ves, mujer, todos los bienes que nos ha traido la guerra. ¡Viva la guerra!

—Juan José, contestó su mujer, porque á nosotros nos haya sido favorable, y eso será por la bendicion de aquella madre moribunda, no debemos olvidar los muchos males que origina; los infelices que sufren, los que quedan inutilizados, los que mueren,

y las muchas familias que á estas horas lloran y visten luto; que la guerra es una calamidad, y así debemos pedir á Dios con toda nuestra alma y corazon por la paz, que el cántico de los ángeles es: «¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»

VI.

Lo que mucho vale mucho cuesta.
(Refran.)

Dos meses despues, era á mediados de Enero, estaban sentados una noche alrededor del brasero Juan José, su mujer y su hija. El cielo hacia muchos dias que se hallaba cubierto de una espesa capa de nubes, como un sudario, que vertian las aguas que contenian con una perseverancia poco comun en los temporales. El viento que venia de Levante mugia, cual si para espantar á España trajese los amenazadores aullidos de los salvajes hijos de Africa y los bramidos de sus leones.

—¡Qué estarán pasando! dijo en queda y ahogada voz Catalina.

—¡Ay Dios de mi vida! añadió su madre; ¡pantanos por suelo, tiendas que se calan por abrigo y el cólera que los diezma, y el Moro que los acecha y persigue traidoramente, y estas noches eternas que se tragan los dias! No hay fuerzas ni espíritu que pueda resistir á tantos males.

—Y no es esto lo peor, añadió Juan José con la impremeditada franqueza campesina, dando con el pié un fuerte golpe en el suelo, y alzando los ojos al cielo.

—¡Que no son esas las cosas peores! preguntó ansiosa y asombrada María; ¿pues qué más queda, Juan José? ¿Qué más? Dí.

—¡El hambre! contestó con fúnebre voz su marido.

—¡María Santísima! exclamó aterrada la pobre madre; ¡qué dices hombre! ¿Pues y las provisiones?

—Las provisiones no las hallan allí, y tienen que ir de España y embarcadas; y aunque bastantes llevan, tienen que renovarse, y con estos temporales que no tienen tregua ni fin, no pueden pasar el Estrecho ni los pájaros. Esos son, María, los azares de la guerra; y si á Dios plugo cabalmente en estos dias mandar todos sus temporales, será María, para probar nuestro valor y constancia, para que acudamos á él y le pidamos su poderoso auxilio, y para que comprada más cara, sea más brillante y más celebrada la victoria.

—O más sentidos y llorados los padeceres y muer-

tes de los nuestros, repuso su mujer; ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Inclemencias del tiempo, epidemia, enemigos fieros y traicioneros por todas partes, y hambre! ¿Á quién no decaen los ánimos?

—Al soldado español, María.

—Y los generales y los usías se vendrán

—Ni uno, María, ni uno; y si alguno por heridas ó males tuviese que venirse, lo hará desesperado y á más no poder; yo los conozco, María, yo los conozco.

—¿Pues qué, van todos á perecer?

—No lo creas, que Dios y María Santísima los sacará con bien; esto tenlo por artículo de fé.

—Pues pidámoselo, gimió la pobre madre. ¡Madre mia de los Desamparados! ¿Dónde están mis hijos? ¿Qué es de ellos? ¿Son vivos? Si lo son, ¡qué no estarán pasando, y qué van á pasar si tú no los amparas! ¡Qué angustiados estarán sus corazones! ¡Qué caidos sus ánimos! ¡Si siquiera, Madre mia, tuviese noticia de ellos! Roguemos á la Señora para que interceda por ellos.

La familia empezó á rezar el rosario, con ese fervor que trueca la angustia en esperanza y el desconsuelo en resignacion; y no bien habian concluido, cuando un chiquillo gritó desde la puerta:

—Tio Juan José; dice mi padre que en el correo tiene V. una carta, y que es de allá del campamento de los cristianos.

Juan José, con la agilidad de los veinte años, se

precipitó fuera de la casa, mientras María y su hija habian caido de rodillas levantando sus cruzadas manos hácia una imágen de la Virgen.

Juan José volvió con un compadre suyo que sabia leer, el cual leyó, en alta voz la carta que en su trémula mano traia aquel.

«Mis queridos padres (1): Espero que al recibo de esta estarán Vds, en cabal salud, como la que para mí deseo Yo y Miguel estamos buenos, para lo que ustedes quieran mandar. El cólera vuelve á ensañarse, pero nos reimos de él. Cada dia de fuego es para nosotros un dia de gozo y de placer, solo por cubrir de lauro á nuestra pátria y ver el ardor de todos, pues cada dia va siendo más, así en nosotros los *comerancho*, como en los oficiales y generales, á cual más. Eso del rancho, escasillo ha andado estos dias atrás; porque la mar estaba más bravía que los mismos moros, y no podian llegar los barcos con los socorros; pero ¿qué le hace? ¡Lo peor era que no teniamos tabaco! Asina sucedió que el general en jefe, que andaba animándonos como un padre muy *respetuoso*, pero muy cuidadoso se llegó á mí y me dijo:—¿Qué ta!, muchacho? ¿Tienes mucha hambre? Y yo le contesté:—El hambre no es cosa, mi general, y si tuviese... si tuviese un cigarrillo...—Pues ¿saben Vds. lo

(1) Esta carta en casi su totalidad, está compuesta de retazos de cartas de soldados; de las que unas han sido impresas en los diarios, y otras hemos visto originales.

que hizo? se fué á su tienda y sacó un cajon de cigarros diforme que le habia regalado S. M. la Reina para la campaña, y diciendo que S. M. se alegraría que hubiese servido para aliviar en sus fatigas á sus fieles soldados, nos lo repartió todo. Recibimos víveres, gracias á la marina, que en esta ocasion no parecia la hermana, sino la madre del ejercito; y á ese valiente y activo general Bustillo no le pagamos ni con cien vidas que tuviésemos. ¡Viva la marina, padre! más que á su mercé no le guste la mar.

»Padre, ha de saber V. que ha llegado aquí un príncipe de casa Real de Francia. Aunque alto y de gallarda presencia, es criatura y no tiene más que diez y siete años. Si lo hubiese visto su mercé, habria dicho que era chaval y que no servia para el caso; pero ya habria V. mudado de parecer, viéndolo arremeter al Moro. ¡A fé que desde Santiago acá, creía yo que solo los españoles arremetian de aquella manera á la morisma. Acá nos pensamos que lo que queria hacer era otra hazaña como la que contaba la madre de Miguel, de Hernando del Pulgar allá en su tierra de Granada, y que iba á enclavar el *Ave-María* en la tienda de don Manuel Habas, y lo hubiera hecho si no lo detienen... Mire V., padre, que es una cosa muy noble y digna de admirarse; ¡venirse, sin que nada le obligue, á esta guerra que tiene tres pares de tacones, solo por acreditarse de valiente! Verdad es que tener ese renombre vale más que todo el oro del mundo, y le *alevanta* á uno una cuarta del suelo.

»Padre, más de cuatro cargas á la bayoneta hemos dado, como aquella en que tomó su mercé parte. Esas cargas no les gustan mucho que digamos á los moros, que oyendo el toque de la calacuerda (1), á la que le hemos puesto por nombre la polka del general Prim, pierden pié, color y posiciones (2).

»Miguel me da muchas memorias, y que sepa Catalina que no la olvida, y que diga á Vd. padre, que razon llevaba en lo que dijo, que su santo no descuidaría la veleta que siempre ha señalado para España, pues ni una vez hemos sido derrotados, y cuenta con que los moros son valientes hombrones, y que pelean desesperadamente y con coraje. Con esto se despide pidiendo á Vds. su bendicion su hijo.

GASPAR.

»Madre: no entro una vez en fuego sin encomendarme á la Virgen, como me lo tiene Vd. *aprevenido.*»

Fácil será comprender el enagenamiento de los

(1) Toque de atacar á la bayoneta.

(2) Este es el lugar de consignar que esa misma division con su general Prim, al hacer un reconocimiento, á dos leguas de Tetuan se encontraron á una pobre mora anciana, desfallecida y abandonada por los moros, y que trayendo una camilla sobre sus hombros la condujeron á Tetuan como hermanas de la Caridad.

padres al oir leer tan alegre y animada carta, cuya lectura fué muchas veces repetida, porque desde que cundió por el pueblo que habia carta de Africa, se les ué llenando la casa de gentes, ávidas de saber noticias de la más nacional y popular guerra que ha habido en España despues de la de la Independencia.

VII.

Sí; que al Africa levando
La victoria con la lucha,
Lauros de Isabel primera
Renueva Isabel segunda.

José Conzalez de Tejada.

Pasaron dias y volvió á apoderarse la inquietud del corazon de la tierna mrdre.

—Juan José, le decia á su marido; nada se sabe, y eso es que no podrán entrar en Tetuan.

—Calla, simple, contestaba su marido, que donde entra el sol entran los españoles; pero ¿no sabes tú que no se ganó Zamora en una hora, y que no puede pasar la artillería por pantanos y tienen que hacerle una calzada? A las señás mujeres que no entienden de guerra, se les figura que tomar una plaza fuerte en país enemigo es quizás un buñuelo que se echa á freir.

Pero el dia 5 de Febrero un arriero que venia de Jerez trajo á Bornos la noticia, llegada allí por telégrafo, de haber habido el dia antes una reñida accion frente á Tetuan, en que, como en las anteriores, habian salido victoriosos los españoles, habiéndose hecho dueños de cinco campamentos enemigos aunque á costa de grandes pérdidas.

El entusiasmo, unido á una angustiosa inquietud, hicieron á Juan José no poder permanecer en el pueblo y se puso en camino para Jerez. Allí supo que los heridos en aquel memorable dia debian ser conducidos á Sevilla, y saliendo un tren de materiales del camino de hierro en aquella direccion, suplicó que lo admitiesen en él.

Amaneció el dia 7 de Febrero, dia para siempre memorable en los fastos de España. No rayaba aun el alba, cuando las sonoras campanas de la catedral de Sevilla, que tanto conmueven, esparciendo, autorizando y solemnizando la alegría, anunciaron al dormido pueblo el grande y fausto acontecimiento de la toma de Tetuan. No es posible dar una idea de la impresion causada por aquellos sonidos, pues ¿quién es el que puede escribir el apogeo del más unánime, ardiente y nacional entusiásmo? Pero hablen algunos hechos.

Los sacerdotes que acudian á las iglesias para decir misa, unidos la dijeron solemne, y en seguida cantaron el *Te Deum*, ese augusto himno de gracias al Señor.

Los respetables generales Guajardo y Hernandez, autoridades militares del distrito, y veteranos ambos, que no tienen una hoja en su corona de laurel que pueda marchitar el tiempo, cuando se vieron no pudieron pronunciar una palabras y cayeron en brazos uno del otro, arrancando la vista de este noble espectáculo lágrimas á los oficiales que estaban presentes. Cuando el alcalde se presentó al arzobispo á pedir su consentimiento para sacar en procesion á la Virgen Pura patrona de España, y el estandarte y espada de San Fernando, el venerable Príncipe de la Iglesia prorumpió en llanto, haciéndoselo derramar igualmente al alcalde; lo cual, visto por un hombre del pueblo, se arrojó á él diciéndole: *Señor alcalde, permítame su señoría qne le abraze.* El pueblo gritó que queria ver á su venerado pastor, y éste se presentó en el balcon bendiciendo á su grey que lo victoreaba con entusiasmo. La Virgen de los Reyes y el cuerpo de San Fernando fueron descubiertos, y á su lado puestos los centinelas de honor acostnmbrados. En su magnífica capilla entraban las hermandades de mujeres en procesion, dándo á voces gracias á la Señora. Músicas recorrian las calles, seguidas de una muchedumbre ébria de gozo, que victoreaba á la Reina, á España, al ejército y á los generales que le habian conducido á la victoria, y que se detenian ante las casas en que se hallaban jefes ú oficiales heridos en esta gloriosa guerra, para victorearlos.

En la plaza un vendedor de naranjas abandonó

su puesto y su mercancía, dejando un letrero que decia: *El dueño de este puesto se ha vuelto loco de alegría y ahí queda eso.* Otros rompieron las cántaras de un aguador (cuyo importe abonaron en seguida) diciendo:—¿Qué es esto?—Agua.—Hoy no se bebe en Sevilla sino vino.—Más allá gritaba otro grupo: ¡*Nadie duerme esta noche; el que duerma es un inglés*!—¡Qué alegría, decian las mujeres, *ni el Sábado Santo*!—Banderas en las torres, colgaduras en todas las casas, el hermoso ruido de la alegría por todas partes.

—Parte telegráfico, gritaban los ciegos desatinanados, de la entrada de nuestras valientes tropas en la gran ciudad de Tetuan, y de que á los moros se los ha llevado el demonio.—Viva España! ¡Viva la Reina! ¡Viva el ejército! ¡Vivan los moros!—Hombre, ¿qué está vd. diciendo? ¿qué vivan los moros?—Sí, para volverlos á matar.

Tal es el entusiasmo español cuando es únanime, legítimo y de buena ley; acude á sus iglesias, saca en procesion á su Patrona la Vírgen Pura, victorea á su Reina, á sus prelados, á sus autoridades, á su patria, aclama á su ejército que le da poder y gloria, á su caudillo y á los generales que lo guian, á los que traen de la guerra gloriosas heridas, y el odioso *muera* no lo halla ni para sus feroces enemigos. ¡Y vosotros que estais en Africa y tan inmenso regocijo habeis proporcionado á vuestra patria y no podeis ser testigos de la gratitud con que os paga!

Podrá ser que el entusiasmo únanime y frenético

inspirado por la toma de una ciudad mora, por grande que sea el hecho de armas que la puso en poder de los españoles, parezca exagerado; pero no lo es, porque, en primer lugar, el pueblo, con su admirable instinto, sabe que el éxito en todas cosas es el que las evalora; siente además que no es solo una ciudad mora y otras ventajas que pueda reportar, lo que ha proporcionado á España su ejército, sino que siente que del fuego marroquí se ha alzado el Fénix español, volando hácia un glorioso porvenir; y en segundo lugar, porque con estas demostraciones públicas, con esta ardiente espansion, paga el país á su ejército tres meses de admiracion, de interés y de simpatía. Esto se debia por sus sufrimientos, por su constancia, por su valor sin igual, por su humanidad sin límites. Esta deuda tenia la patria, y se la pagaba en amor, en admiracion y entusiasmo.

El dia 8 continuó la misma alegria; procesiones, salvas y tantos tiros, que hubo quien dijo se habia gastado tanta pólvora como para tomar á Tetuan. Pusiéronle el 9 á una de las calles principales el nombre de calle de Tetuan, lo cual se hizo yendo á las ocho de la noche el ayuntamiento con el retrato de la Reina.

Pero entretanto, nada sabia María de Juan José. Cundian exageradas las pérdidas á costa de las cuales se habia obtenido la gran victoria. María no pudo contener su ansiedad, y partió como otras muchas madres de los pueblos, para la capital, donde debian

ser conducidos los heridos, quienes podrian quizá darle noticias de sus hijos.

Llegaron madre é hija el dia 9 al anochecer á Sevilla, y despues de descansar unos momentos en un meson, salieron para tomar informes del lugar á que habian sido conducidos los heridos recientemente traidos.

Un inmenso gentío y un entusiasta clamoreo les avisó que se acercaba la procesion, en la que se llevaba el retrato de la Reina. Subiéronse en el poyete de un zaguan para dejarla pasar. Abrian la marcha cinco batidores á caballo y una numerosa música; seguia la guardia municipal á pié; á continuacion llevaban cuatro banderas seguidas de una porcion de personas con hachones encendidos, y despues los heridos de Africa coronados de laurel, y llevando banderines en que se leian en letras de plata los nombres de las principales victorias alcanzadas por el ejército. Marchaba luego el ayuntamiento presidido por el gobernador civil y por el retrato de nuestra augusta Soberana, llevado por dos concejales, y cerraba la marcha un piquete de infanteria con otra banda de música á la cabeza.

«¡Allí vienen los heridos!» decian las gentes apinadas; y los vivas eran más entusiastas, y las lágrimas corrian presurosas por las mejillas de las mujeres, al paso qne se detenian asombradas, antes de ir á perderse entre negros ó canos bigotes·—¡Mirad aquel, mirad aquel, pobrecito! no puede andar solo, lo vie-

nen sosteniendo;—decian al lado de María, señalando á un jóven que con el brazo y el hombro vendado, coronada su pálida frente con una corona de laurel, y llevando en la mano un banderin con un letrero que decia TETUAN, caminaba con rostro placentero, macilento y modesto, apoyado sobre el brazo de un robusto anciano, cuya mirada orgullosa y enagenada parecia decir á todos: ¡Este valiente es mi hijo! —María, cuyo corazon se hallaba agitado hacia dias por el temor, la esperanza, el entusiasmo y la angustia, dió un grito que todos aquellos sentimientos la arrancaron al reconocer en el macilento y glorioso herido á su hijo, y cayó en brazos de Catalina (1).

(1) Este es el lugar de reproducir lo que concerniente á los heridós que iban en la procesion referida dice *La Andalucía* periódido de esta ciudad:

«El que no haya presenciado ls escena que la noche del jueves se ofreció en la Plaza Nueva en el momento de atravesarla la procesion qne conducia en triunfo el retrato de S. M, y á los heridos convalecientes, no puede tener idea de lo que es un pueblo entusiasta y patriota. Allí las aclamaciones, los disparos y los vivas ensordecian el aire, mientras el espectáculo que ofrecían nuestros guerreros coronados de laurel, arrancaba lágrimas de ternura en los pechos más inaccesibles al entusiasmo,

Uno de ellos, cazador de Arapiles, exclamaba lleno tambien el rostro de lágrimas:

—¿Quien no se bate despues de ver esto?

Otro no podia casi andar, parecía estar incómodo.

—¿Quiere vd. retirarse? le preguntó un caballero.

—De ninguu modo, señor. Estos vivas me dan la vida.

Una mujer quiso hacer un obsequio metálico á un soldado

—Gracias, patrona. Tengo bastante con la paga que me da la nacion, y con esta corona, que para mí es de oro.

Por último, al despedirse los heridos de los señores alcaldes y concejales, una vez concluida la ceremonia, muchos de ellos profundamente conmovidos daban las gracias por tantos favores, asegurando que si les cabia la dicha de volver á batirse contra los moros, el recuerdo de Sevilla los alentaría, como el de una madre cariñosa que con sus bendiciones les protegía.

VIII.

All well, that end's well.

Meses despues se celebraba en Bornos una alegre boda, la de Catalina y Miguel. Asistia á ella Caspar, del todo restablecido, pero habiendo perdido el uso de su brazo derecho. Si habia perdido un brazo, en cambio habia recibido una medalla de oro, una cruz pensionada y una renta vitalicia: como inutilizado en la guerra de Africa, ésta; como valiente, la cruz; como benéfico y generoso, la medalla.

—¡Todos los dias son dias de dar gracias á Dios! ¡No hay padre más feliz que yo! exclamó alegremente Juan José; ¡no tengo más pena que verte manco, hijo mio! Pero ¡cómo ha de ser! Pagaste como bueno tu deuda á la patria. Gaspar.

—¡Padre, respondió Gaspar, señalando su medalla y su cruz con entusiasmo; y cumplidamente me ha pagado á mí la patria las suyas!

—Verdad es, hijo; y así, señores, á brindar. ¡Viva la Reina, y vivan todas las personas generosas y buenas españolas que como S. M. y la Real Familia han contribuido al auxilio de los heridos é inutilizados de la guerra de Africa!

APÉNDICE.

No queremos concluir esta pequeña reunion de rasgos heróicos, generosos y tiernos de nuestra guerra de África, que darán á conocer el carácter y sentimientos de nuestra nacion, sin añadir algunos detalles de sumo interés.

Decia el general Marchessi en su magnifica alocucion á los tercios vascongados, al estimularlos con el recuerdo de las gloriosas empresas de nuestros antepasados: *Acordémonos de que todo lo emprendieron en el nombre de Dios, y hagamos lo mismo.* Así es, que cual aquellos que al concluir una obra la coronaban con la cruz, nuestros guerreros he hoy han dado cima á la suya entrando en la ciudad conquistada, no como enemigos exasperados, no como conquistadores fieros y altivos, no como hombres que acaban de ver á

sus compañeros y amigos horrorosamente mutilados en los campos de batalla, sino como cristianos, como civilizadores, como generosos, al ver ante sus piés postrada á una misera multitud poseida del doble espanto de lo que acababa de sufrir de la bárbara y brutal soldadesca marroquí, y de lo que aguardaba de un conquistador ultrajado y deseoso de venganza; multitud que imploraban su clemencia gritando ¡*Viva la Reina de España*! ¡*Vivan los señores*! Aquellos corazones, poco antes de acero ante el peligro, impasibles ante las tormentas y la muerte, se enternecen y se ablandan ante la desolacion, ante la desgracia, ante la miseria.—¡Pobrecitos! este dulce epíteto en que se funden la compasion y el cariño, pues como lo hemos dicho ya, la compasion es el más puro de los amores; ¡pobrecitos! palabra mágica de la caridad, que en idioma alguno puede traducirse, dándole su significado cándido, su delicado prestigio, su dulce afecto; esa palabra tan pequeña, que como una chispa enciende la santa hoguera del fuego sacro, fué pronunciada por aquellos mismos lábios que poco antes mandaban con energía una carga á la bayoneta, y es repetida por todos los soldados que partian con los míseros hambrientos cuanto llevaban! y esto sin ostentacion, sin jactancia, con la misma sencillez que lo refiere un soldado en este párrafo de su carta.

Todos les dábamos cuanto podiamos, pues no mirábamos en ellos á nuestros enemigos, sino á los pobres que no tenian que comer.

Un sobrino nuestro, oficial de artilleria, nos escribe estas líneas:

»Me he convencido con íntimo placer de que el soldado español es tan humano como valiente. He visto á los soldados repartir su galleta á los pobres, y á uno llevar á ancas de su acémila á un infeliz judío, al que decia:—¿Por qué no acudís cuando comemos á los ranchos? Nos sobra y os daremos; y ya que tanta necesidad teneis, ¿qué os importa que esté hecho con tocino?»

He aquí una carta de otro oficial que publica un periódico sevillano:

Un respetable anciano yacia cadáver horrorosamente mutilado, la cabeza á tres pasos del tronco, y junto á sus manos, crispadas aun por las angustias de la muerte se veia un cuchillo ensangrentado sin empuñadura: más allá una mujer completamente desnuda, de facciones bastante regulares, pugnaba por cojer con la única mano útil que tenia, á un hermoso niño como de dos años, que al parecer estaba muerto.

»Al verme, un grito de alegria se escapó de los cárdenos lábios de aquella infeliz. En mal español, que me costaba mucho trabajo comprender, me refirió que la noche anterior se habian presentado los moros en su casa, y despues de forzar las puertas, asesinaron á su marido y á su padre, al primero de los cuales sacaron arrastrando á la calle. En la desesperada defensa que emprendió ella, le habian causado una herida en el muslo izquierdo. Despues se lle-

varon cuanto tenian, inclusos algunos quintales de cera. Por fortuna el niño no tenia más que un desmayo producido por el hambre. Merced á un vaso de vino, que no sé de dónde me proporcionó un soldado, conseguimos volverlo á la vida.

»Decirle á V. las demostraciones de júbilo que hizo aquella madre, cuando vió que su hijo abria los ojos, seria una cosa imposible. Me abrazaba pidiendo que no la abandonase, y nos llamaba sus salvadores. Por fin, despues de socorrerla cuanto me fué posible, salí de la casa profundamente conmovido.

»Se han emprendido algunas obras en las que se admiten á todos los hebreos que quieran trabajar, retribuyéndoselas con 4 rs. diarios.

»La espantosa miseria de estos infelices, ha dado lugar á hechos de abnegacion admirables. Se han hecho infinitas limosnas, y varios soldados se han privado de su racion para remediar el hambre de algunos desgraciados.

»Multitud de hombres se ocupan en limpiar las calles, y se ha publicado un bando para que entreguen estos habitantes todas las armas que tengan, depositándolas en poder de un moro que, con el título de alcalde, se ha comisionado al efecto.

»El general Rios, con una actividad y celo dignos del mayor encomio, procede á la organizacion del ayuntamiento y á la rotulacion de las calles. La plaza Mayor se ha bautizado con el nombre de *plaza de España.*»

Entre los innumerables hechos que atestiguan, á la vez que el ardor patriótico y la constancia de nuestros incomparables soldados del ejercito de Africa, el espíritu eminentemente religioso que los anima y fortalece en los combates, citaremos el que hemos leido en una correspondencia escrita desde el campamento frente á Tetuan por una persona respetable que lo presenció.

En el momento de haberse disparado un cañon por un artillero asturiano, observaron sus camaradas el estrago que produjo la metralla en un grupo de moros, y prorumpieron en estrepitosos vivas y aplausos, abrazando á su compañero. Este sereno y piadoso soldado, lejos de envanecerse por tan merecidas y entusiastas demostraciones, y como inspirado por los sentimientos que embargaban su corazon en momentos tan supremos, se desabrochó el pecho, y enseñando á sus camaradas un escapulario de la Santísima Vírgen de Covadonga que le puso al cuello su madre al despedirse de ella, les dijo: «A esta Señora, á esta, que es mi patrona y mi amparo, y no á mí, se debo cuanto yo hago y hago por mi patria y por mi Reina Doña Isabel II.»

En la primer misa celebrada en Tetuan, que fué dicha por un venerable misionero, asistido por capellanes castrenses, y oida por el general en jefe con todo su estado mayor y por piquetes de los diversos regimientos, pronunció aquel una plática en la cual consignó el hecho elocuentísimo de que entre más de

cuatro mil heridos y enfermos de nuestro ejército de Africa, que habia asistido en los hospitales, solo uno no llevaba al cuello cruz, medalla ó escapulario, y ese uno era un presidiario de los que para ocuparse en ciertos trabajos acompañan al ejército.

Pero ¿quién podrá enumerar las pruebas de humanidad tierna y cristiana que han dado en esta campaña oficiales y generales? Sirva de muestra esta hermosa frase que se atribuye al general Ros de Olano, tan bizarro como prudente en la guerra, y tan cuidadoso del bienestar de sus tropas: *Más quiero un soldado vivo que diez moros muertos*; y la delicada bondad de corazon del general en jefe, que en medio de sus graves cuidados y de la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba desde que la Reina le dijo: *Te entrego los destinos de España*, y cuando apenas hallaba tiempo material ni sosiego moral para el necesario descanso, encontró ambos para contestar á la siguiente humilde carta de una pobre madre de un soldado, que reproducimos, para probar cuán verídicos son los tipos que de las mujeres del pueblo pintamos.

Una pobre madre, luchando con el temor y cariño que dos personas diversas le inspiran, ha escrito al conde de Lucena la siguiente carta:

«Ecija y enero.

«Esentísimo señor conde de Lusena

»—Muy señor mio: una madre que ya ase dos meses

que no sabe de el hijo de sus entrañas es la que recurre á usía para mereser de su buen corason que me haga usía el osequio de sin perdida de correo mandar á uno de sus secretarios pues buestra eselencia no es cosa que le escriba á una pobre como yo, como está de salud si es muerto ó herido Manuel Carrascosa y Romero soldado de el primer batallon del Príncipe cuarta compañía n.º tres ¡ay esselentísimo señor cuanto gusto que tiene mi corason porque mi hijo este al lado de usía para defender la patria y cumplir como soldado con su deber, y cuanta pena tiene mi alma por no tener carta suya! ¡ay señor mio por el amor de Dios y el de vuestra familia os suplico que busque á mi hijo y le manden que sin perdida de correo me escriba y sí mi hijo está herido ó muerto por Dios que usía me lo mande á desir por vuestro secretario pues sí usía tiene hijos sabe cuanto se quieren y cuanta será mi pena por no saber de el hijo de mi alma asi le suplico que no desoiga mis suplicas y que me mande á desir cuanto le pido pues asta no tener contestacion á esta no dejan mis hojos de derramar lagrimas amargas.

»Su eselentísima se conserve siempre bueno y libre de todo mal, como se lo pide á Dios y á su santísima madre la que ha tenido el atrebimiento de incomodarle y le pide á su eselensia mil perdones por haberlo molestado su mas atenta umirde y segura serbidora que besa su mano.

Josefa Romero.

»El sobre para Josefa Romero calle de Martin de Parma n.º ocho en

Esija Provinsia
de Sevilla.

»Su Eselensia tambien me ará el obsequio de desirle á mi hijo si está en este mundo que me mande á desir si ha resibido una carta mia en la que le mando una letra de treinta reales, y una estampa de la Santísima Virgen de el valle nuestra patrona.

»Tengo balor suficiente para resibir cuarquiera nueba desagradable de lo que haya pasao á mi hijo así su eselensia no tenga cuidado en mandarme á desir lo que le haya pasado pues cuarquiera cosa la llebaré con pasensia y conformandome con la voluntad de Dios.»

La lectura de esta carta bastó para que el general O'Donnell mandase que inmediatamente su ayudante el teniente coronel graduado Sr. Rizo, se informara del paradero del soldado Carrascosa.

El Sr. García Rizo, ejecutó las órdenes de su general; afortunadamente para esa pobre madre, á quien tanto honra su carta, modelo del maternal amor, el soldado vivia y habia recibido la letra, y aseguraba que habia escrito â su madre.

El conde de Lucena entonces, de su puño y letra, contestó á la carta y tranquilizó á la pobre y afligida madre, noticiándole el estado de su hijo y ase-

gurándola que lejos de haberle molestado con su pretension le habia proporcionado con ella el placer de darle una buena noticia.

Cómo recibirá la madre de nuestro soldado esta carta, y cómo correrá de mano en mano por el pueblo, fácil es de comprender.

Ultimamente, concluiremos estos ligeros apuntes con un chiste andaluz, para que una sonrisa en los lábios acompañe las lágrimas de ternura que llenan nuestros ojos, y es el siguiente brindis pronunciado en una comida dada en celebracion de la toma de Tetuan: «Brindo, dijo el que lo hacia, por el abrazo que daria el emperador de Marruecos al que le llevó la noticia de la derrota de los suyos.»

FIN.

PROMESA DE UN SOLDADO

A LA VIRGEN DEL CARMEN.

PROMESA DE UN SOLDADO

A LA VIRGEN DEL CARMEN.

Frente al mar Occeáno
Un templo se alza que con santo celo
El religioso pueblo gaditano
Erigió á nuestra madre del Carmelo,
Do en culto fervoroso y esplendente
La adora y ruega su piadosa gente.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Españoles y españolas
Ya la guerra se acabó,
Demos por ello las gracias
Al divino Salvador.
¡Viva la Reina del cielo!
¡Viva la Reina Isabel!
¡Viva el ejército invicto
Y su caudillo O'Donuel!

CANTO POPULAR.

Los sencillos moradores del pueblo de Dos-Hermanas, se quedaron sorprendidos cuando el camino de hierro que conduce de Sevilla á Cádiz vino á fa-

vorecerlos, y estáticos cuando con bronco mugir vieron venir por él *el móstruo diforme sin cabeza que volaba sin alas, y arrastraba tras sí una cáfila de galeras* (1).

Una nueva era se abria para esta tranquila y silenciosa aldea que se formó al rededor de una capilla labrada por dos hermanas.

Esta nueva era acabará con el silencio y soledad del lugar; sustituirá en muchas casas techumbres de tejas á las de aneas; pondrá todo bonito, simétrico, renovado pero el pueblo dejará de ser tan sencillo, campestre, y rústico como hoy le es, y por lo tanto no será ya tan poético para aquellas mentes que hallan la poesía y lo pintoresco campestre, en lo natural, sencillo, y rústico, y no en lo ataviado (2).

En una de las casas situadas al extremo opuesto del que ocupa la estacion, sentadas en el patio-corral, se veian en una mañana del mes de junio sentadas varias mujeres ocupadas en faenas domésticas, cuando por la siempre abierta puerta de la calle entró una anciana diciendo:

—Dios guarde á Vds.

—Y á Vd: por muchos años, contestaron.

(1) Textual.

(2) Que no se nos crea por esta causa enemigos de los caminos de hierro, como gratuitamente lo ha supuesto un críticis inglés. Somos grandemente partidarios de ellos, por creer esta manera de viajar la mas cómoda, rápida y segura, y su establecimiento el solo modo de evitar el martirio de los infelices caballos y mulas.

—Bien decia yo, añadió una de las vecinas de la casa, que era joven y estaba cosiendo, bien decia yo que veia visita, porque rato há que el gato se está lavando la cara. ¿Qué trae Vd. de bueño, tia Manuela?

—¡Traer bueno! repuso aquella, pues si lo bueno lo vengo á buscar perque no lo hallo!

—¡Ya! como que está en el cielo; pero Vd. no se queje, tia Manuela, Vd. que tiene en Sevilla á la señora que tanto la socorre, y la *empresta* para que siembre sus matas de melon, que quien te *empresta* te ayuda á vivir.

—Si, hija, cuando se *empresta* como lo hace la señora, á la que nunca puedo devolver lo *emprestado* y que nunca me lo pide; que á no ser así, cuenta con que cochino fiado gruñe todo el año. Si no fuera así ¿cómo le costeaba yo la enfermedad á mi Juan, que tiene un bulto como medio melon sobre las costillas? y además un dolor en una pierna que dice el *meico* es de *romantismo*? hija, como que casa vieja todas son goteras, y mi Juan tiene ya cumplidos los tres duros y medio (1); mi hijo se ha casado, y ya salió de casa ese jornal; y mi hija que enviudó, se va la infeliz á lavar en casa del estanquero á ganarse la vida, y me deja á mí sus tres criaturas para que las cuide y les dé de comer, por aquello de que tú que no puedes llevame acuestas. Estaban en cuerecitos y la señora

(1) Setenta años.

me los vistió. ¡Dios se lo dé á su señoría de gloria! ¡Cuánto no hacen los ricos por nosotros los *probes*! y mas de cuatro no lo conocen y son ingratos con ellos. No así yo que bien se me previene lo que merece por lo que hace conmigo, y le digo de apuesta manera: ¡Ay señora, nadie sabe lo que vale un *merecido* aquí abajo, y allá arriba! asina es que ha dispuesto su Divina Majestad que nos salvemos todos, dando para ello á los ricos el camino de la santa caricad, y á nosotros los *probes* el de la santa conformidad.

—Tia Manuela, dijo la dueña de la casa, tengo puesto un guiso de habas ¿quiere Vd, comer?

—Dios te lo pague, que aproveche, ¿ya vas á comer? ¿pues qué hora es?

—Las todas (1), y por eso voy á poner la comida, que en dándole á uno las doce comiendo se alcanza la bendicion del Papa.

—Mucha verdad que es, y tambien que son las doce, que están repicando.

—¡Vaya si repiquetean! dijo la vecina, ¿qué santo querrá sacar la cabeza mañana?

—¡Hija! ¿vives en Babia? repuso la tia Manuela; es Corpus Christi, la fiesta del Señor, y ya sabes que en verano las grandes fiestas son: Trinidad, Corpus Christi y la santa Ascension.

—Ahí viene tu hijo Roque, dijo á la dueña de la casa la vecina que estaba sentada frente á la puerta y

(1) Las doce.

veía la calle, cantando que se las pela. *Ende* que ha estado en la guerra del Moro se le han espabilado las luces que es un asombro.

—Pues que ¿cumplió ya tu hijo, Isabel? preguntó la tia Manuela.

—No, señora, sino que ha venido con dos meses de licencia, y está con su padre en la era trillando la cebada.

Acercábase á la casa un gallardo mozo, que con sonora y clara voz venia cantando:

Soldadito soy del rey,
Y, como pobre con honra,
Si el rey me mantiene á mí
Yo mantengo su corona,

———

Estaba Muley Abbás
En su tienda de campaña,
Lo echó el Conde de Lucena
Gritándole ¡Viva España!
¡Ay que lástima me dá
De ver los moritos chicos
Llorando por su papá!

———

A orillas del rio Martin
Una morita decia:
Si ganan á Tetuan
Se acabó la moreria.
¡Ay que lástima me da
De ver los moritos chicos
Llorando por su papá!

———

Al pié de Sierra Bullones
Una morita lloraba,
Por no poderse casar
Con el general Zabala.
¡Ay que lástima me da
De ver los moritos chicos
Llorando por su papá!

—¡Hombre! le dijo la vecina cuando entró el mozo, como has estado en tierra de Africa, no cantas mas que coplas de por allá.

—Señora, como la guitarra es mia, canto por donde me parece, contestó el soldado.

—Dios te guarde, Roque, dijo cariñosamente la tia Manuela, parece que desde que no nos vemos no nos conocemos! amigo, desde que has vuelto de la guerra de Africa has echado fantasía, y una voz que parece la de un *ruinseñor* (1). ¿Te han enseñadñ los moros á cantar?

—No, señora, tia Manuela; los moros no me han enseñado mas que á correr tras ellos.

—Oye, Roque, ¿estarian muy embravecidos, ellos que siempre lo están, de ver á la gente de España por su tierra?

¡Qué si lo estaban!! como que un moro mordió á un caistiano, y el cristiano á los cuarenta dias rabió.

—Pero ni por esas consiguieron meterles miedo á

(1) Ruiseñor.

los de acá, Roque. ¡Qué valientes! qué sufridos! qué denodados! vamos, si han asombrado Vds. al mundo, y se ha dicho que á pesar de su bravura les tenian á Vds. los moros mas miedo que á los leones de su tierra. ¿Viste alguno?

—Ninguno vide, mas que al español en nuestras banderas, por lo visto, al verlo los leones de por allá huyeron de él como los moros huian de nosotros.

—Oye, Roque, preguntó la vecina, y los gobiernos, ¡eran tan valientes como los soldados?

—¡Vaya que si lo eran!

—*¿Toos?*

—Todos y cada uno de por sí, segun su génio ó su cargo. Asina era que deciamos:

¿Quien tiene la faz serena?
Lucena.
¿Quién es un gran paladin?
Prim.
¿Quien es noble y es humano?
Ros de Olano.
¿A quién no detiene nada?
A Quesada.
¿Quien no le teme á las balas?
Zabala.
¿Quien dice siempre «adelante?»
El sobrino del infante (1).

(1) S. A. R. el Conde de Eu, jóven héroe de diez y siete años. De estas que los soldados llamaban *aleluyas*, hemos oido muchas mas, así como coplas que no insertamos por falta de espacio

—Así me place, hijo, opinó la tia Manuela. Los gobiernos se deben acatar siempre, y si se portan como aquellos con mas razon acatar y enaltecer, que dice el Santo Evangelio, dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Pero, Roque, ¡qué de tiempo se estuvo sin tener noticia de tí y sin nosotros saber si honrarte vivo ó llorarte muerto! prosiguió la anciana.

Despues cundieron las voces que habias estado preso y que te metieron en consejo de guerra. ¿Qué delito hicistes, hombre?

Ninguno. Vaya que el lance ese ha metido mas ruido que una tronada!

—Pues se te culpaba mucho; Roque.

—¡Toma! como que no hay víboras mas emponzoñadas que las lenguas de los hombres!

en cuadro tan reducido. Pero no podemos menos de transcribir aquí las siguientes:

Fué tan recio el tiroteo
Que los moros empezaron,
Que al general Echagüe
Le mataron el caballo.
¡Hijos mios! no temer
El que os quedeis sin gefe,
Que si mi caballo ha muerto
Aquí teneis el ginete.
Así pues, ¡vamos á ellos!
¡Españoles! adelante!
Que aunque me han quitado un dedo
Falta ninguna me hace.

—No supimos ni yo ni su padre que lo culpaban, dijo con indignacion la madre del soldado.—Vaya vaya, querer culpar á mi hijo es como arrancar los manteles á los altares. Cuidado con lo que se miente! perdida anda la verdad. Razon lleva el Padre Cura que refiere que cuando acaba de decir misa y el último Evangelio, al cerrar el misal, dice: *A Dios, verdad, hasta mañana.*

—Pues sepasté, Roque, dijo la vecina, que tu novia que lo supo te ha dejado y le habla á otro.

—Desde que pisé la tierra de España lo supe,—ya vé Vd. que su noticia es mas vieja que el modo de andar,

—¿Y qué dijistes?

—¿Qué dije?

¿Qué cuidado le dá al Rey
Que se le muera un sodado?
El mismo se me da á mi
De que ella me haya dejado,

—Bien dicho, hijo, opinó la tia Manuela. En los amores no es menester atollancarse, si no pasar de largo si no pintan bien.

—Cuéntanos el lance, Roque, pidió la vecina.

—Ante todas cosas, hijo, interrumpio la tia Manuela, tenia pensamiento de preguntarte á tí que has estado por allá, que es la tierra de las golondrinas, si es verdad que, tan parleras y cantoras como son, en llegando el Jueves y el Viernes Santo, no abren su pico y se están calladas como en misa?

—Mucha verdad que es, contestó el soldado; tambien yo lo habia oido decir, y estando en Tetuan por la semana Santa, me puse en acecho y noté que ninguno de esos animalitos que todos los dias nos tenian atolondrados los oidos, (porque allí hay golondrinas para nublar el sol), ninguna se dejó oir; estaban tristes.

—¡Animalitos de Dios! dijo enternecida la tia Manuela, que recordaban y honraban mas la Pasion del Señer que esos salvajes infieles moros!

—Ahora cuéntanos tu percance, Roque, insistió la vecina; cualesquiera cosa apostaria yo á que es cosa de pendencia, porque tú, Roque, has sido siempre muy torero.

—Y que allí, añadió la tia Manuela, como tenian ustedes carne, pan, y vino largo, y hasta café como los usías, estarian Vds. con muchos brios y arrogancia. Por entonces todo estaba aquí sosegado y pacífico, pues el invierno fué de aguas que creiamos que la íbamos á poder beber en pié sin agácharnos; no habia dónde ni cómo ganar un jornal; y no hay cosa que mas amanse que el no tener, pues el que no junta mas que para un cuarteron de pan, no lo gasta en vino, y sabido se es, que todos los desmanes salen de las tabernas, mal haya ellas!

—Por esa cuenta, observó el soldado, le placerá á Vd. mucho la pobreza, tia Manuela.

—No es decir que me plazca, hijo mio, repuso la buena mujer, que no todo lo que á nuestra alma

aprovecha place á nuestros sentidos que son muy terrestres: pero conozco las ventajas de la pobreza, pues dime, ¿qué ha de pecar ni andar en devanéos, el que se levanta con un; *¡ay Dios mio*! y se acuesta con un: *ay Dios mio*?

—Tia Manuela, ¿se ha metido Vd. á predicador? preguntó con benévola sonrisa el soldado.

—Si hijo, respondió la tia Manuela, eso es lo propio de los ancianos para enseñar y guiar á los mozos.

—¿Y si no se dejan enseñar y se burlan de Vd.?

—Peor para ellos, Roque, á mí no me han de perturbar por eso, que á quien ara derecho nadie le echa el arado atrás, y que no hay mal piloto cuando el viento es bueno. Pero tal cosa no lo harás tú, hijo mio, que te criastes por buenos padres en buenos principios, á menos que en la guerra del moro no hayas desaprendido á ser cristiano.

—¡Qué está Vd. diciendo, tia Manuela? en la guerra de Africa, sépalo Vd., éramos todos por un rasero mas cristianos que el mismo apóstol Santiago!

—Verdad dices, y así es que fueron Vds. vencedores en las lides, y despues bienhechores de los pobres que se morian de hambre, mas que fuesen judíos. ¡Cristianos legítimos!

—Vea Vd.! prosiguió acalorado Roque. Vea Vd. que los moros le pusieron por dictado al general en gefe: el *gran Cristiano*!

—Ay señor, esclamó la buena y religiosa mujer,

y que satisfecho y ufano deberia estar Su Excelencia con ese honroso dictado! mucho mas, pues ya lo creo! que con el de Duque de Tetuan que le dió S. M. la Reina; y aun mucho mas que por el *gran* por el *Cristiano*, pues ¿qué dictado habrá que al lado de este no se oscurezca como las estrellas cuando sale el sol?

—Vea Vd., repitió el soldado de Africa, desaprender á ser cristiano yo! yo! que debo mi salvacion en el lance de que se platica á un milagro de la Vírgen Santísima!

—¡De la Vírgen! exclamó la tia Manuela, cuenta, cuéntalo, Roque, que sin saberlo ya estoy llorando.

– Han de saber Vds., principió el soldado, como que antes de embarcarnos para la costa del moro, estuvimos unos dias en Cádiz. Allí ví una funcion que en accion de gracias por el amparo que les habia prestado, hacia la tripulacion y pasageros de un barco, á la Vírgen del Cármen. Sepa Vd., tia Manuela, que la Señora del Cármen es en Cádiz tan querida y reverenciada como lo es aquí nuestra madre del Valme, en particular por las gentes de mar, que la dicen la *Estrella de los Mares*.—Mi madre y Vd. tia Manuela, si hubiesen presenciado aquella funcion se mueren de gozo.

—Sí, hijo sí, ¡bendito sea el Señor!

—Allí habia mas luces en el altar que estrellas en ciende el Cielo ante el trono de Dios: ¡Qué de flores, qué de incienso, qué de plata, qué de oro, qué de alhajas en aquel santuario!

—¡Tanto, tanto nos parece á nosotros, siendo todo tan poco para Dios! dijo la tia Manuela.

—Y sobre todo, prosiguió el narrador, ¡qué de almas! y al pié del Presbiterio toda la tripulacion del barco postrada teniendo puesta ante ella la vela del barco hecha girones, que habian traido como muestra de la furia del temporal del que los habia salvado, atendiendo á sus fervorosas oraciones, el divino Ser que para unirse al hombre crió Dios y dió forma humana. Eso dijo el predicador, ¡el que hizo un sermon! pero ¡qué sermon! mejor que los de Vd., tia Manuela.

—¡Ya! como que el que *preicaba* era un *Padre de la Iglesia* (1), repuso la anciana.

—Pero cuando llegó á dar gracias á la Señora por su beneficio, allí fué rebosar los corazones postrarse todos y deshacerse en llanto; yo, tia Manuela, lloraba por mi cara abajo cada lagrimon como un garbanzo: lo que ni antes ni despues me ha sucedido en toda mi vida de Dios.

—Llamadas, llamadas, hijo mio, que hace Su Divina Majestad á nuestros corazones, repuso conmovida la anciana.

—Cerca de mí, prosiguió el soldado, estaba arrodillada una señora muy devota de la Virgen del Cármen, y muy entusiasmada por la guerra de Africa como todas las *señás* mujeres de Cádiz.

(1) Un Sacerdote.

—Dí de todita la España entera, observó la tia Manuela; *arrepara*, Roque, que las mujeres nos vamos siempre á lo bueno y á lo *ligitimo* por propia inclinacion, aun sin saber el camino, como los arroyos al rio.

—No dice Vd. malamente, tia Manuela.—Pues señor, como iba diciendo, la señora aquella cuando se remató la funcion se acercó á mí y me dió un escapulario de la Vírgen del Cármen, encargándome mucho que lo llevase al cuello, poniéndome con fé y amor bajo el amparo de la piadosa Madre de Dios, y me encomendase á ella en todos los peligros y riesgos que me iban á rodear. Se lo prometí, lo tomé, lo besé, y me lo colgué al cuello.

—¡Puesto lo tiene! dijo ufana la madre del narrador.

Este prosiguió:

—Ya en la travesía nos cogió un temporal de los mas desatados. ¿Tia Manuela. Vd. nunca ha visto la mar?

—No, hijo, ni ganas, pues he oido deeir que no se le ve el fin, no se le halla el fondo, que ruge como una manada de toros, y que tiene en sus centros unos peces diformes que les dicen *tiburones* que es comen á las gentes, y eso no me hace ni chispa de gracia.

—Cuando hay que verla, tia Manuela, es embarcado y en dia de temporal . Está la embarcacion metida entre montes de agua tan altos camo los de Ronda,

que todos se mueven y revientan echando espumajos, y se tiran unos á otros el bagel como si fuera una pelota; y cuenta con que en ese azar no hay que contar con mas ayuda ni mas auxilio que el del cielo; asina es, que dice bien el refran; *si quieres aprender á orar, entra en la mar*. Por mi puedo decir que me encomendé con gran fervor á la Señora, y me sentí despues tan reposado de ánimo como si hubiésemos navegado sobre un charco de aceite. Cuando felizmente arribamos le dije á la Vírgen; ¡Ea, madre mia! ya has empezado á ampararme; no desvies, Vírgen piadosa, de mí, tu santa proteccion!

—Oye, Roque, ¿y aquellas playas son como las de por acá? preguntó la vecina.

—Ahora no es sazon de platicar de eso, que me tengo que volver á la era, y no me detengo mas que el tiempo que eche madre en llenar á Salud y Gracia.

Diciendo esto, alargó el soldado á su madre dos astas de buey pulimentadas, y perfectamente cerradas en su parte abierta por una tapadera de madera ó corcho con un boton clavado en medio para poder alzarlas de su sitio, en que llevan los trabajadores al campo el aceite y el vinagre necesario para la confeccion de su gazpacho, á las que han puesto por nombre *Salud* y *Gracia*, por refrescar la sangre el vinagre, y dar sabor al manjar el aceite.

—Mientras hace tu madre esa faena, acaba de contarnos tu percance, rogó la vecina.

—Sí, hombre, añadió la tia Manuela, no nos dejes á media miel.

—Un dia despues del rancho, principió el soldado, estábamos unos cuantos de chacota; yo habia bebido un trago y astaba *chispoleto*; la verdad se ha de decir, tanto mas en estas ocasiones en las que no es el hombre el que obra sino el compañero que lleva consigo (1). Lo habia yo emprendido con un lebrijano (2 que no estaba *chispoleto* como yo, sino *calamocano* (3) y no paraba de poner por las nubes la torre de la iglesia de su pueblo. Ya se ve, le dije yo, como que están ustedes los lebrijanos tan ufanos con la torre de la iglesia de su pueblo, que cuando se acabó de labrar y llegó el invierno, no sabiendo como resguardarla de la inclemencia del tiempo, se juntaron los vecinos del pueblo, mataron cuantas ovejas tenian, y con sus pieles le hicieron una zamarra á la torre; por lo cual se les conece á Vds. hasta el dia de hoy por *los de la zamarra.*

El lebrijano se amoscó, y me preguntó si por acaso queria yo manifestar con lo que iba diciendo, que fuesen las gentes de su pueblo unos bárbaros.—¿Qué habian de ser?—le respondí yo; son muy discretos y advertidos, y sino dígalo la peticion que hicieron al Rey en ocasion de subir una arriada grande la vega

(1) El vino,
(2) Natural de Lebrija.
(3) Un grado mas de embriaguez.

hasta llegar al pié del cerro en que está el pueblo, pidiendo á S. M. que declarase á Lebrija puerto de mar.

—¡Qué *guason* (1)! dijeron riéndose las mujeres.

—No sabes, hijo, observó la tia Manuela, que los lebrijanos se atufan con esas chanzas, que las chanzas acaban mal, y que las burlas dice el refran, que dejarlas cuando mas agradan.

—Tia Manuela, dijo el soldado, despues del asno muerto la cebada al rabo. A mi costa lo supe, y tambien que no hay peor burla que la verdadera, perque el lebrijano se amoztazó y me dijo por lo claro y con todas sus letras, que los de Dos-Hermanas éramos unos bárbaros, mas gansos que pajares, y mas tontos que habas eladas, y yo levanté la mano y le dí una guantada de cuello vuelto.

—¡Ave María, hombre! híciste mal, dijo la tia Manuela.

—Señora, quien no se siente de una mala razon no se siente de una puñalada; me injurió, y hombre honrado antes muerto que injuriado. Salimos al campo desafiados. El lebrijano estaba tan ciego por la ira y por el vino, que me acometia furioso pero sin tino; yo que ni queria matarlo ni que él me matase á mí lo paré con un golpe de plano sobre la cabeza que lo atolondró y lo tumbó de espaldas. Volvíme al campamento dejándolo allí tendido que durmiese la mona.

(1) El que dá chanzas pesadas ó necias.

Pero llegó la hora de la lista de la tarde, y faltó él. Tomaron informes, y no faltó quien dijera que nos habian visto salir desafiados del campamento, y señalase el rumbo que habiamos tomado. Mandaron á un cabo y unos soldados á reconocer el sitio, y en él hallaron al lebrijano bárbaramente degollado.

—¡Jesus María! Dios santo! exclamaron á una vez las mujeres. Roque, ¿Mataste á ese hombre sin querer?

—¡Vaya! no que si lo hubiese matado queriendo ó sin querer, estaria yo aquí á la presente refiriendo el caso.

—Sigue adelante, Roque, cuenta lo que sucedió, que me tienes como á aquel que está temiendo que se le caiga el techo encima, dijo la tia Manuela.

—Allá iban las cosas vivas, continuó el soldado; en un santiamen se me hizo consejo de guerra, y cátenme Vds., á pesar de haber jurado que yo no era reo de aquel delito, condenado á ser *afusilado*, sin mas consuelo que acudir á la Vírgen Santíaima del Cármen que ya me habia sacado de entre las olas embravecidas para que me librase en aquel trance, en el que no me quedaba esperanza alguna en lo humano.

Una mañana me sacaron del arresto para llevarme al consejo.—Voy á ser *afusilado* sobre la marcha, pensé, saqué del pecho mi escapulario, lo besé, y le dije á la Señora: ya que no me hayais salvado la vida por no ser la voluntad de Dios, alcanzadme, madre mia, una buena muerte, que no niega el Señor al

que conforme con su suerte y contrito de sus culpas se la pide. No os pido ánimo, Madre mia, que no me falta, sino que muerto yo consoleis á mi pobre madre; infundidle, Señora, que muero inocente, para que me llore desgraciado, pero no mo llore perverso, como voy á aparecer á los ojos de los hombres.

Las mujeres se habian todas echado á llorar con esa blandura de corazon propia de las gentes sencillas.

—¡Hijo de mi alma, de mi vida, y de mis entrañas; decia su madre, si le hubiesen quitado la vida *afusilado*, me la quitaban á mí aquellos mismos tiros!

—¡Pobrecito! qué pasaría, Dios de mi vida! pobrecito! repetian las otras mujeres.

Pobrecito!... dulce y compasiva voz que de mancomun han puesto en los labios de los hombres el ángel del amor y el de la compasion, pues ambos afectos se unen en ella, como se funden sobre la frente del niño doliente, el sonido del beso y del suspiro de su madre.

—¡Pero qué! prosiguió animándose el hijo del pueblo católico, la Señora habia sacado la cara por mí! Aquella mañana una partida que hacia un reconocimiento, habia hallado escondidos entre los matorrales á unos moros que apresaron, y registrados que fueron, le hallaron á uno de ellos una medalla de plata. Aquella medalla la conocieron los compañeros del lebrijano por ser de aquel, que la llevaba siem-

pre colgada del cuello. Entonces los gefes sospecharon lo acaecido, que aquel desgraciado habria sido en su borrachera degollado por los moros. Prometieron la vida á los presos si declaraban la verdad, y decian cual de ellos habia muerto al soldado· Entonces cantaron de plano y dijeron que el matador lo habia sido el moro á quien hallaron la medalla. Ahora bien, ¿saben Vds. qué medalla era la que me habia salvado la honra y la vida probando mi inocencia? ¡*La medalla de la Virgen del Carmen*!

—¡Madre mía! Madre mia! exclamaron las mujeres con enternecida y entusiasta aclamacion.

—Roque, dijo la tia Manuela, ¿y no hicistes en aquel instante una promesa en accion de gracias á tan piadosa medianera, por el patente amparo que te prestó?

—Si, señora, contestó el soldado. Prometile (así me dé Dios vida para cumplirlo!(de proclamar mientras viva su santo nombre mas alto que las estrellas; bendecirle agradecido cada dia y cada hora y... no fumar nunca en sábado.

EL EDDISTONE.

EL EDDISTONE.

CARTA ESCRITA A SU MEJOR AMIGA DURANTE UN VIAJE.

Apénas nos habíamos embarcado en la bahía de Cádiz, cuando se desencadenó uno de esos furiosos levantes que son el azote de la Andalucía Occidental; que aterran, que irritan y paralizan con su viento y abrasador empuje la marcha ordinaria de las cosas. Fué preciso renunciar, no solo á salir al mar, pero tambien á desembarcarnos.

Estar dos dias presos en un barco parado, que se torna así en un ponton, sonriendo con la vista, casi acariciando con la mano las playas en que se hallan las personas que amamos, es por cierto moralmente el refinado tormento de Tántalo.

Quedarse aislado sobre la flotante isla de madera,

tan cerca y tan separados de las personas de nuestro cariño, sin tener en esta anticipada ausencia, ni el caminar que distraiga, ni objetos nuevos que interesen, es lo mas triste y desconsolador que puede sentir el corazon..... pero ello es que el corazon nos ha sido dado para sufrir, así como la imaginacion nos ha sido dada para gozar! Lo extraño es que el lenguaje haya hecho al corazon masculino y á la imaginacion femenina, en lo que ha *machihembreado* (perdónesenos esta expresion vulgar) lo mismo que pudiera hacerlo el mas gringo de los extranjeros.

Esperezábanse las horas, como grandes perezosas que se hacen á bordo, y el sol se clavaba en el cielo, como si le temiese á su cotidiano baño de mar; el tiempo, que tan breve se hace á tu lado, se complacia en alargarse espantosamente como para lucir su magnífica elasticidad; agregando á esto el sentirme á la merced de las olas, esas fieras indómitas, preso entre aquellas tablas, que mal humoradas crujian y gruñian, agobiado con las insufribles ánsias del mareo, subordinado al mezquino despotismo de un vulgar capitan absoluto, repetí, aplicándome á mí mismo la célebre pregunta de Geronte en las *Fourberies de Scapin* de Moliere: «*Mais ¿qué diable allait il faire dans cette galère?*» Pues ciertamente nada me obligaba á hacer este viaje de mero recreo: tal es la fuerza de las impresiones del momento, que por efímeras que sean las causas que las producen, bastan para hacer vacilar y retroceder resoluciones

nacidas de deseos, cálculos y reflexiones de meses enteros.

Al tercer dia, habiendo caido el impetuoso Este, empezaron los cíclopes su tarea en el entrepuente, y un negro penacho de humo, ondeando como una triste bandera de adios, anunció nuestra partida. ¡Pobres ojos de madre que la vieron al través de sus lágrimas! ¡Amor de nuestros Padres, única áncora siempre segura en las borrascas de la vida!!!

¡Cuál vimos desaparecer como sueños los sitios tan queridos que abandonábamos por otros extraños, porque lo extraño atrae, así como lo conocido retiene, haciendo este incesante y contrapuesto arrastre, siempre vacilar al hombre, para mostrarle su debilidad!

Pronto nada vimos, sino la torre del faro que tenia dormido su ardiente ojo que vela de noche; mas tambien á éste se lo tragó la distancia, y quedamos aislados entre el cielo y la mar, ¡éste tan agitado! ¡aquél tan sereno!

¡El mar! Tiempo hubo en que le amaba, le sonreia, en él confiaba. porque no le conocia, puesto que solo lo conoce y le comprende, aquel que entre la vidn y la muerte graduó su ira, su fuerza y su violencia, y yo no me habia hallado en ese caso.

¡El mar! ¡No hay pintor que pintarlo pueda, ni poeta que pueda describirlo! El mar es una cosa sin vida y sin inteligencia, pero con voz, con movimiento y con fuerza.

El mar es un poder, es un insensato indomable déspota, que con una de sus olas burla todos los esfuerzos y prevenciones de los hombres: que no tiene dueño y no obedece mas que á Dios!!! ¡Oh hombre! si tan pequeño y débil pareces á la orilla del mar; ¿qué no parecerás á la orilla de la eternidad? Así es que nada atrae mas instintivamente y con mas fervor el corazon á Dios, que el mar; porque ninguno como el que navega tiene que confiar en la Providencia, y que acudir á Dios, puesto que tiene siempre y únicamente el abismo á sus piés, el cielo sobre su cabeza.

De cuándo en cuándo íbamos viendo las costas, que son á distancia tan fáciles de confundir con nubes ó con neblinas. ¡Con qué ávida curiosidad se fijan estas desconocidas tierras! ¡Con qué ánsia se desea su aproximacion! ¡Qué ilusiones se forman sobre lo que podrán ser aquellas misteriosas márgenes, aquel indefinido paisaje que se oculta con su calina, como una mujer con su diáfano velo! ¡Cómo se desea pisar aquellos montes y valles que la distancia presenta silenciosos y desiertos como un pais encantado!

Siempre he extrañado que los navegantes hayan dejado á Newton la gloria de haber descubierto la atraccion de la tierra.

Es cierto tambien que á su vez los habitantes de aquellos sitios miráran la veloz nave que surca tan libre y airosa, tan denodada y ligera el ancho mar,

con análogos sentimientos, pues acaso dirán: ¿de dónde viene? ¿dónde vá la blanca pasajera? ¿vuela ó nada? ¿qué encierra su robusto casco? ¿qué ha pasado á la audaz aventurera? ¿qué le aguarda en su incierta senda?

Así crea nuestro instinto de lo bello, la ilusion que derrama sus prestigios sobre todo como una luz mágica: ¡la ilusion! ese encanto de la vida, de la que dice un poeta aleman que cria flores en la juventud, que cortadas por la guadaña del Tiempo embalsaman aun marchitas; la ilusion; ese perfume que tiene el alma inocente y poética, que muchos se esfuerzan en destruir con el escalpelo de hierro del rastrero positivismo, sin considerar que es lo que intentan crímen análogo al que comete el que destruye la inocencia.

La primera costa que vimos de cerca, fué el cabo de San Vicente, que se alza erguido y se hunde en lo profundo perpendicularmente, cual una colosa muralla; pásase casi rozando con la imponente mole coronada por un convento y un cuartel, que parecen el uno un solitario monje, y el otro un aislado centinela, que inmóviles dejan pasar los barcos, diciendo el primero: ¡quién os trajese á un buen puerto! exclamando el segundo: ¡quién os siguiese en vuestros azares!

Llegamos de noche á Falmouth, y solo vímos estrellas y luces, haciendo uno de los pasajeros la observacion juiciosa de que en nada se diferenciaban

las unas ni las otras de las españolas. Pero cuando al siguiente dia ahuyentó las tinieblas una mañana clara y hermosa, aunque inglesa, vimos con admiracion, no á Falmouth, que es chico y feo, sino su bahía, una de las mas hermosas de Inglaterra. Alarga la tierra dos brazos para abrigar en su seno los navios que la enriquecen, y en las manos, que casi cruza, lleva para más ampararlos, en la derecha una fortaleza, como una pistola, en la izquierda un faro como una linterna.

Desde la misma orilla del mar se extiende aqnel verde césped tan encantador, que es en el Norte la primera sonrisa de la primavera, en el Sur, el primer beneficio de las frescas aguas de otoño, y en Inglaterra la constante compesasion que recibe de las húmedas nieblas que la entristecen, dando á aquel campo una etérna juventud como la gozan las Ninfas del paganismo.

Extiéndese sin interrupcion por cuanto alcanza la vista ya bajando á valles amenos, ya subiendo á colinas salpicadas de magníficos árboles, á cuya sombra descansan hermosas y pacíficas vacas, que quizás nos habrian mirado de reojo, y con sobrada razon, si hubiesen sabido que eramos del pais de los Nerones de su casta, que inventaron las atroces corridas de toros.

Nos trajeron á bordo pan, y fresas y leche, regalo de patriarcas, que nos agradó mucho, y despuos, soltando las inquietas paletas, salimos de la bahía y nos internamos en el canal de la Mancha.

¡Cual estaba nuestra atencion absorta en la contemplacion de las orillas, que presumidas é incitadoras, ya se nos acercaban en sus promontorios, ya se escondian en sus golfos!

—Señor, pregunté á un pasajero inglés en una ocasion en que más ameno y sonriente se nos habia acercado un romántico paisaje, ¿es esto que vemos un parque? (1)

—No señor, contestó, es el campo.

Sabes que no soy auglo-mano, pues no me simpatizan esas apasionadas preferencias por tal ó cual pais, que suelen volver armas para zaherir el nuestro; démos al César lo que es del Césa, y á Dios lo que es de Dios; démos nuestra admiracion á aquello que lo merezca en otros paises, y démos uuestro cariño y simpatías á nuestra pátria.

Así es, que imparcialmente digo, que cuanto se veia era admirable: ya las pintorescas peñas, ya los suaves paisajes, ya los siete blancos arcos de tiza, pue parecian un poco de frio y desnudo invierno entre tanta lujosa primavera, ya la roca sobre la que trae Sahkspeare, á su rey Lear, y que conserva el nombre de gran poeta, á quien el ágrio y corrosivo fallo de Voltaire llamó el San Cristóbal de los trágicos. Pero lo que más interés inspira es la perfeccion con que la Gran Bretaña ha sabido evitar ó disminuir los peligros que originan los numerosos escollos de

(1) Grandioso bosque, jardin.

sus costas, con las precauciones que lo contrarestan.

En Portsmouth es el admirable breake-water, (*rompe olas*)soberbia obra submarina destinada á disminuir el poderoso empuje de las olas; aquí son boyas sujetas con áncoras en los bancos de arena: allí una lancha roja como la de un pirata fijada del mismo modo, indica un escollo que esconde la mar como traidora arma prohibida. Vése la costa de Inglaterra guarnecida de faros, como lo están sus paséos de faroles de gas.

Siempre han sido para mí los faros un objeto de atraccion y de simpatía; la soledad y el aislamiento, que son su destino; la noche y el temporal, que son su esfera; el perpétuo velar, que es su mision; la resistencia iumutable que es su cometido, y que les presta cual á no otro munemento, *la solemnidad de las cosas inmóviles* (1), y sobre todo esto, la sublime virtud del amparo que simbolizan, hacen que al mirar un faro, me quede indesiso sobre cuál de las impresiones que me causa su vista sea la mas profunda, si el respeto en mi alma, ó el enternecimiento en mi corazon. ¡Oh sí! ¡repito que un faro es—despues de una iglesia—el más santo de los monumentos! ambos tienen el mismo fin, guiar, alumbrar, consolar y salvar.

Pero entre todos estos consejeros de piedra, estos guias de luz, descuella el Eddistone. Solo y aislado en-

(1) Dumas.

medio de las olas se alza el ermitaño del mar, ante el cual no puedo ménos de detenerme, para inquirir qué Hada enamorada de un marino lo trajo allí por los aires, ó qué Encantador le hizo brotar del seno del mar para guardar en él á una Princesa perseguida por los gnomos de la tierra.

Pero dejemos á la tradicion referir la crónica de Eddistone, que lo hará mejor que la seca y prosáica historia, que al presentar los hechos, procede como al formar los árboles genealógicos, los despoja de su follage y de sus flores, de su sávia y de su perfume.

Alzase en medio del mar una roca aislada; apenas si el furor de las olas, el ímpetu del viento y la violencia de las corrientes dejan posarse en su estrecha cumbre á las silvestres aves marítimas; y la humanidad, esa santa heroina, extiende sobre ella su mano y levanta allí un castillo que no llega á conmover todo el furor del mar, y enciende en él una luz que no consigue apagar toda la violencia del viento.

Sucedió esto así:

Un hombre se ofreció á erigir sobre la aislada cresta de aquella roca, una torre que llevase en su frente el salvo-conducto de innumerables vidas, una luz en la noche más oscura, una esperanza para el corazon más abatido.

Este hombre tenia un buen ángel á su lado, pues solo éste pudo sugerirle y darle valor para emprender esta obra portentosa, y cuando solo faltaba la última piedra, el mal Espíritu, celoso del triunfo del

Angel bueno, envió al arquitecto su mejor auxiliar, el orgullo, que se apoderó de él y le hizo decir: «Estoy tan seguro ya de mi obra, que desafio á todas las tormentas y tempestades, y *aun el poder de Dios* á que me impida el concluirla.»

Aquella misma noche se desencadenó tal temporal, que cuando el dia corrió el veló de la noche, los consternados habitantes de la costa no divisaron en el mar sino la negra, calva, y aislada roca,—el arquitecto y su obra habian desaparecido!—el viento descansaba de su violento arrebato,—la mar acababa de borrar con sus olas los últimos restos de la obra del prevaricador.

Andando el tiempo se labró el faro que hoy existe, y como no profanó la santa obra una blasfemia, se concluyó y subsiste para bien de la humanidad que peligra, para gloria de la humanidad que ampara.

UNA ESCURSION Á WATERLÓO.

UNA ESCURSION Á WATERLÓO.

CARTA DE FERNAN CABALLERO A SU MEJOR AMIGA.

¡Vaterloo! ¿no retumba la última sílaba de esta voz hueca y prolongadamente como la vibracion solemne y gloriosa del postrer cañonazo que dió fin á la mas osada é indebida usurpacion de los tiempos modernos cañonazo que afirmó el estandarte de la legítima libertad de las naciones, de la indepencia de buena ley de los pueblos y de la paz europea? He ido á ver ese lugar ilustre; he ido con el entusiasmo y el respeto con que en un principio fué visitado el lugar del triunfo de la justa causa, pues ni en la verdad ni en la justicia puede haber reaccion, sino por extravagancia, paradoja ó espíritu de partido.

Pero ántes de darte cuenta de mi devota peregrinacion, te hablaré de nuestra salida de Lóndres y de nuestra llegada á Flándes, que no es un Flandes, sino un pais el más bonito, el más culto y sosegado del mundo.

Despues de despedirnos de los señores que nos acompañaron hasta el vapor, me puse á considerar la nueva senda que íbamos á seguir, que era el Támesis, al que el sol que brillaba, hacia aparecer como un rio de plata, cual si quisiese hacer patente la metáfora que se aplica respeto á Lóndres. No obstante, el Támesis no es un rio, como lo ha demostrado Méry, que tuvo la suerte de hallar esta verdad para acreditar su brillante coleccion de paradojas. El Támesis es una ria, y aunque más estrecha y prolongada, parecidas á las rias de Galicia. Poco más arriba de Lóndres, en Richmond, desmáyase el portentoso rio entre juncos.

Oyóse un ruido sordo y subterráneo, como si gruñesen á la par todas las piezas de las complicadas máqcinas al sentirse despertar de su letargo, levóse el ancla con dura y fuerte mano, como se arranca del corazon de una Madre que vé partir á su hijo, la última ezperanza de retenerle: soltáronse las ruedas, esas estúpidas locomotoras que llevan al honbre con iguales brios hácia el puerto que hácia el abismo, y partimos con la misma prisa que habíamos llegado;...¡ como si fuese lo mismo partir que llegar! Pasamos por cima de un puente; este trueque que es

original, necesita explicarse (1). Pasamos sobre el Túnel, que es un puente que está no encima, sino debajo del rio; este Túnel es un largo callejon, abovedado y alumbrado por gás, el más apropósito para paseo de topos, que han cavado por debajo del rio, y que siendo una obra de gigantes, tiene el aspecto de una obra de pigmeos.

Salió el vapor del Támesis como un toro del chiquero, cortó con su aguda proa las olas del mar del Norte, que son cortas, crespas y profusas como los cabellos de un negro, y á las veinte y dos horas llegamos á Ambéres.

Las orillas de su rio Escalda (Escaut), que es muy ancho, son chatas, fértiles y monótonas. La vista de Ambéres tampoco sorprende; solo la torre de su Catedral absorbe la atencion: parece que las hadas encajeras de aquel pais de los maravillosos encajes, la han trabajado con hebras de cantería; por todas partes se trasluce, como si se uniesen la luz y la piedra para hacerse valer mútuamente. Pero aun sorprende y embelesa más la hermosa *sonnerie*, que entre esta mezcla de piedra y luz suena y se esparce.

Sonnerie es literalmente traducido, campaneo; pero aquel armonioso campaneo constituye una música, cuyo género, sonido y efecto, no es comparable al de otras músicas. Es tan original, tan peculiar,

(1) No se olvide que iban embarcados.

(*N. del E.*)

que abre, si decirse puede, un nuevo campo á las idéas, y una nueva esfera al sentir. Asi fué que al oir aquellos escepcionales sonidos alegres y solemnes á un tiempo, comedidos y libres, exactos, dulces, infalibles y espresivos, siempre los mismos así entre los rayos del sol como entre las tempestades figúrase uno que el bronce y la armonía, dos cosas tan heterogéneas, se han unido para formar una maravilla que halague el oido, como para la vista formaron otra la piedra y la luz unidas. Al oirlos me quedé suspenso, abstraido, y lo que ni el viaje, ni el pris, ni nada palpable habia logrado, lograron ellos: me *sentí* en Flándes. A nada se parecen ni pueden comparar aquellos sonidos claros, serenos y armoniosos que producidos por el cobre, se esparcen por los aires para alegrar la atmosfera como lo hacen los rayos del sol. No me seria dado analizar la emocion que causa esa melodía sin corazon, esa música autómata, que conmueve sin estarlo ella, esa alegría ficticia, esa melancolía sin alma, esa aglomeracion de sonidos, frios como flores heladas. ¿Por qué habla esto tan expresivamente el alma? ¿Será acaso porque seamos más fácilmente impresionables por el oido que por la vista, y porque nos conmueva más oir lo que otras generaciones oyeron, que ver lo que otras generaciones vieron? ¿Será lo extraño, lo nuevo, lo viejo, lo sonoro?

Todo habia desaparecido á mi vista: el Vapor, el camino de hierro, todo lo que pertenecia á la progre

sion del monótono espíritu nivelador que avasalla las nacionalidades, y despoetiza al mundo, presa y víctima de máquinas y de ideas mezquinas. Otros objetos agrupaban aquellos sonidos en torno mio. El Conde de Egmont, Clara su candorosa amada, el Duque de Alba, se me aparecian entre frescos floreros de Rubens, y entre los paisajes de aquella suave naturaleza tan bien reproducida por el arte. Fué un momento de inesplicable gozo para mí. Entónces me dijeron que Napoleon Bonaparte gustaba particularmente de este melodioso campanéo, de esta música maquinal producida por campanas de diversos temples. ¡Quá anomalías se ven en la naturaleza humana! Pero puesto que el bronce, ese duro é inflexible metal de cañones ha podido llegar á producir sonidoc aéreos, tan suaves y tan melodiosos, no nos debe extrañar que un hombre compuesto todo de idéas como un pino de barbajas pueda alguna vez sensibilizarse.

Omito por ahora pormenores sobre Ambéres y sobre el lindo pais que lo separa de Brusélas, y que atraviesa el camino de hierro como vuela un pájaro por un verjel, y me apresuro á emprender mi peregrinacion.

Durante cinco leguas, que es la distancia que media entre Brusélas y el campo de Waterloo, se hallan pueblos y caseríos casi sin interrupcion. Estos pueblos ó aldeas no son como los de Alemania y de Inglaterra, casas agrupadas sin simetría, sino que estas se hallan alineadas y se extienden á ambos lados del

camino real formando callé. En esto, como en todo, es la campiña de Bélgica demasiado cuidada, demasiado simétrica; y está demasiado avasallada para ser pintoresca; el arte y la industria han cubierto por todas partes su hermosa desnudez, y le sucede á aquella naturaleza lo que á los indivíduos en que una temprana, severa y sostenida educacion ha extinguido todo lo natural y espontáneo de su primitivo sér. El camino real lo forma un hermoso empedrado; pero á la larga el ruido que produce lastima la cabeza.

Llegamos al pueblo que dió nombre á la batalla, y que esta en cambio inmortalízó. Al llegar se acercó una mujer al coche y nos preguntó si queríamos ver la iglesia que sirvió de hospital, y en la que murieron cuatrocientos hombres que están enterrados allí. Circundan los muros de la iglesia losas dedicadas á conservar su memoria en caractéres negros sobre blanco mármol.

La honda sensacion de tristeza que sentí, fué tal, que notándola la guia me preguntó si en aquella batalla habia perdido á mi Padre? «¡A mi Padre no. contesté, pero á miles de hermanos!»

Volvimos á seguir el recto camino que imperceptiblemente sube hasta la pequeña altura llamada Mont Saint-Jean, donde está el caserío del cortijo que lleva este nombre, y en el cual innumerables moribundos y agonizantes fueron acumulados. Allí vimos el carruaje de una familia inglesa que con el mismo fin que nosotros, se habia trasladado á aquel célebre lugar.

A corta distancia de este caserío abarca la vista el llano de Waterlóo, ese magno campo de batalla, que se estienden por varias leguas.

La imaginacion, siempre pintora á su manera, bien podrá presentar un cuadro de Waterlóo en el que en un desolado yermo cubierto de maleza, aniden buitres entre desparramados huesos, teniendo ántes y conservando después, el carácter que supone debe distinguir á aquel lugar, que la mano del Todopoderoso marcó con una de esas disposiciones que cambian la faz del mundo; lugar que aquella presume debe conservar el austero aspecto de un paraje señalado por la Providencia para la expiacion. Allí dobló la Francia revolucionaria y usurpadora su altiva cerviz, y allí dijo Dios al desbordado torrente: «¡RETROCEDE!»—¡Dios quiera que para su bien y el bien ageno, no olvide la Francia nunca á Waterlóo!

Pero si la imaginacion es poeta, la realidad en un pais eminentemente industrioso, no lo es; y así Bélgica no concede á este lugar, que no es solo una hoja del libro de la Historia, sino la portada de una de sus Eras, ni la soledad de un cementerio, ni el silencio de un Panteon. Todo el llano está poblado, y robustas sementeras de trigos y remolachas para la fabricacion del azúcar, se mezclan á frondosos árboles. ¡Solo uno murio! y fué el que se hallaba á la derecha del camino, bajo cuya sombra mandó Lord Wellington la batalla. Murió... Unos dicen que por sentirse arrancar por los entusiastas de la gloria del vencedor,

una á una todas las hojas que le dieron sombra; pero es probable que cumplida su mision no quiso el árbol volver á cubrirse de hojas, sino morir con las que cobijaron al caudillo de la independencia de las naciones. Despues de muerto lo compró en alto precio un inglés, que se lo llevó á su país. ¿Qué se ha hecho de él? Si un indivdíuo de otro país se lo hubiese llevado, se sabría; pero la aristocracia inglesa que tiene mucho orgullo, tiene tambien el buen gusto de no colgarse los cascabeles de la vanidad, y así ignora el público su paradero.

A cada lado del camino hay un monumento; el del lado de la derecha encerrado en una balaustrada de hierro, consiste en una columna del mismo metal colocada sobre un pedestal, y se erigió á la memoria de Sir Alejandro Gordon, jóven de diez y nueve años, Ayudante del General, y hermano, si no me engaño, del Conde de Aberdeen.

Al lado izquierdo se levanta una pirámide roma, de piedra, sobre una base de lo mismo. Sus cuatro caras tienen inscripciones en varios idionas y los nombres de los que bajo aquel severo monumento yacen. La inscripcion alemana dice así:

LA LEGION HANNOVERIANA A SUS COMPAÑEROS QUE EL 18 DE JUNIO HALLARON AQUI LA MUERTE DE LOS HEROES.

¡Qué sencilla inscripcion! Pero ¿á que frases para quien tiene en el sitio y dia que murió todo su pa-

negírico? Muerto en Waterlóo, es decir, muerto como valiente, muerto como vencedor por la justa causa, por el derecho de gentes, por la patria, por la honra, por el deber y por la gloria!

Más al volver la cara á la derecha, se queda uno involuntariamente parado al ver el monte que manos de hombres levantaron, y sobre el que en pié, arrogante, gallardo é imponente, una mano descansando sobre un globo, la vista fija en el campo enemigo, se ostenta el magno Leon de hierro, para el que el monte parece chico y el llano angosto, Juzgando por mi individual sentir, digo que nunca hubo monumento mas digno de tomar sobre sí el llevar la memoria de un gran hecho á la posteridad. La idéa que lo inspiró, es grande, sóbria y sencilla; lleva el sello de un noble y digno entusiasmo; parece que al decirle al hierro: «Representa a Waterloo,» le ha dado alma para cumplir debidamente su gran mision.

La construccion de este colosal monumento duró dos años. Para llegar á la cumbre del monte se suben treinta y cuatro escalones, sujetándose á una cuerda afianzada sobre pilastras. Subimos, y contemplamos de cerca aquella enorme y viva masa de metal, aquel Leon de hierro, emblema á un tiempo de la fuerza, del poder, de la duracion y de la nobleza.

Los pajaritos han hecho sus nidos en las orejas y en la entreabierta boca de este Rey de las selvas, apo-

yando familiarmente las pajitas con que los confeccionan, entre sus enormes dientes: tal se vió siempre la debilidad ampararse de la fuerza. ¡Dulces é inofensivos séres; que parece haberse refugiado allí para formar el mayor y más bello contraste que nunca pudo crear la imaginacion de un poeta! ¡Inocentes criaturas, cuyas generaciones pasan por aquella boca de hierro como un vaho, y que tan agenas están de que tambien ellas representan un papel en aquella solemne escena!

Tambien hacia el suyo la familia inglesa de que te hé hablado: hallámosla almorzando fiambres en el monte. Rasgo grande, patriótico y digno de la Era que se precia de culta por excelencia, es el de venir á comer un emparedado de termera al pié del Leon que devoró el Aguila imperial. ¡Oh preponderancia del estómago! Inglaterra, inventora de lo confortable, ¡cómo te confortabilizas sin atender al tiempo ni al lugar, y sin acordarte del zurriagazo que lanzó del templo á los vendedores!

Cuando apartaba la vista del gigante de hierro, era para llevarla á los diferentes sitios que me señalaba el guía: aquí, decía, enseñando el sitio que se vé á la izquierda del cortijo de San Juan, se estendía la retaguardia inglesa. Desde el sitio en que ahora se levanta este monte, formaba la Guardia inglesa. Servía esta de parapeto á la artillería; la caballería francesa cargó sobre ella: entonces el General mandó retirar la Guardia, que lo hizo en buen órden, y una fila

de cañones cargados de metralla descargó sobre aquella la muerte: al pié de este monte quedaron 400 muertos. Aquí fué igualmente herido el principe de Orange, entonces muy jóven; y en aquel sitio en que veis recostado á un pastor, fué hecho prisionero: pero en aquel dia de heroismo y lealtad, los belgas se echaron sobre los franceses que le habian preso y le libertaron.

Aquel cortijo que veis á lo lejos, continuó el guia, (de cuya estricta veracidad no puedo responder. aun que le doy entero crédito por haberse hallado él mismo en aquella célebre batalla), aquel cortijo, decía, que veis á lo léjos, fué tomado y perdido tres veces sucesivamente, ya por los unos ya por los otros. Algo mas adelante, en aquella elevacion de terreno estaba el Emperador. Viendo á sus espaldas salir de aquel bosquecito un cuerpo de tropas que creyó ser el de Grouchy, dijo á sus soldados: «¡Vamos, valor, valor! este es el camino de Bruselas » Mas en aquel instante el General Bertrand se acercó é él y le dijo: «Señor, todo está perdido, es la bandera prusiana!» Efectivamente, en lugar del cuerpo de ejército de Grouchy que aguardaba el Emperador, era el de Bülow que le atacaba por el flanco. ¡Qué no debió sufrir en este instante que acababa para siempre con todas sus esperanzas! Elevado por la fortuna, no hubiera debido confiar tanto en sus poco sólidos cimientos.

Horribles eran, añadió el guia, los gritos y queji-

dos de los heridos despues del combate: todos pedian agua sin que fuese posible satisfacer su ánsia! Llegó á tanto el número de los muertos, que se apiñaron para su entierro, como se habian apiñado para su muerte.

Yo me estremecia subido en aquel monumento soberbio y glorioso, que ahora me parecia el mausoleo comun de un vasto cementerio; creia oir el eco del estampido de los cañonazos y del gemir de los agonizantes... Pero nó; eran los pajaritos que saltando sobre las melenas del Leon, cantaban no sé qué, pero de cierto no era un himno guerrero. Estimular á derramar la sangre de nuestros semejantes por medio de la música y de la poesía, ese bello horror está reservado al hombre.

Antes de alejarme de aquel lugar, contemplé de nuevo el sitio en que se hallaron en aquel dia memorable, teñidos de sangre y coronados de laureles, los dos caudillos, considerando cuán vasta es el alma del hombre, pues pudo la del vencedor contener, sin estallar, la impresion de tan inmenso triunfo, y la del vencido la de tan inmensa derrota. Ambas situaciones me causaban igual sentimiento de profunda melancolía, puesto que nada de lo que es solemne es alegre.

En la ladera del monte crecian florecitas con suave *qué me se dá á mí*, y como bonitas idiotas vestian sobre aquel túmuto sus trajecitos de color. ¡Oh poder del tiempo! ¡Aquel campo de destrozo y muerte

estaba limpio, cultivado, verde y alegre! ¡La buena naturaleza cubria de flores la tierra que el hombre cruel regó de sangre! Cogí un ramo del que te envio una flor: guarda, guarda la flor de Waterlóo, puesto que en la efectiva metempsícosis de todo lo terreno, esa flor roja es quizás la noble sangre vertida por la iusta causa.

AQUISGRAN.

AQUISGRAN.

CARTA DE FERNAN CABALLERO A SU MEJOR AMIGA.

Desde que se sale de Bélgica y se entra en Prusia parece que la naturaleza se agranda y se ensancha. Creeríase que la cercanía del Rhin con sus magnas ruinas y sus poéticas y viejas leyendas forma una átmosfera impregnada de emanaciones de cosas grandiosas pasadas, como la que se respira en una vasta biblioteca de libros antiguos.

La mente presiente el heróico pais de los Burggraves y el domicilio de aquel Rey que con tan justo título denominó la historia el *Magno*. Las bellas é inútiles ruinas reemplazan á las feas y útiles fábricas; los bosques á los jardines; á la falange de operarios, la hermosa, erguida y bien disciplinada tropa.

Allí á la sombra de Carlo-Magno, se oye el grito, tan simpático á los españoles, de ¡viva el Rey!

Antes de proseguir, y entre paréntesis, te traduciré una cancioncita popular que aprendí allí.

EL SOLDADO HERIDO.

«Ayudadme buenas gentes á bajar de este carro; mirad que estoy muy debil, llevo el brazo vendado, agarradme con tiento!.... sobre todo, no me quebreis mi frasco. si no quereis que salga de tino; mi frasco es mi mayor tesoro pues en él ha bebido mi Rey.

»El Rey estaba entre nuestras filas; yo contemplaba su rostro. Las balas llovian sobre nosotros, y Él impasible no se movió. Conocí que tenia sed; cobré ánimo y le ofrecí mi frasco, y Él... ¡Él bebió en mi pobre frasco!

»Y me dió una palmada en el hombro y me dijo: «¡Gracias, amigo! ¡Tu bebida me ha refrigerado, te agradezco tu buena intencion!» Estas palabras me regocijaron mucho: camaradas, grité: ¿quién de vosotros puede jactarse de poseer un frasco como éste?... Mi Rey ha bebido en él.

»Nadie me arrancará este frasco, que es mi mayor tesoro, y si muero ponedlo á mi lado en la fosa, y escribid encima.

«¡El que en esta silenciosa tumba descansa combatió en Leipzig; su mejor tesoro fué su frasco: su Rey habia bebido en él!»

Aquisgran se compone de dos distintas partes, la que cuenta siglos, y la que cuenta solo dias; la bis abuela noble y digna, y la linda nieta que se sienta á sus piés.

Las enormes ruinas que la rodéàn, fuertes, aunque caidas; soberbias, aunque vencidas, que el tiempo presente cubre con un tupido velo de yedra, como para no mirarlas cara á cara; aquella antigua muralla que asoma de cuando en cuando, entre árboles de ayer; una torre de seis siglos; aquel Carlo-Magno de bronce que se ve en la plaza, imperecedero cual lo es su memoria, que está entretejida en cuanto pertenece á aquella ciudad; las leyendas populares, esas crónicas tradicionales cuyos archivos al aire libre ni devora el incendio ni roe la polilla; esto, con su catedral y casa de Ayuntamiento, compone la diez veces centenaria matrona. La fuente Elisa con su cúpula redonda sostenida por columnas; sus columnatas á ambos lados para pasear cuando llueve; la calle nueva que lleva al camino de Borset, y que seria hermosa en Lóndres; el moderno teatro, que por fuera como por dentro, es el mas bonito que yo he visto, la *Redoute* que brinda al baile; Tívoli que convida á helados; las inumerables músicas, cantantes y organistas ambulantes, la muchedumbre de bañistas de todos los paises y categorías, esto compone la moderna y alegre ciudad, esta es la nieta que bulle á los piés de su noble abuela.

Esta ciudad, como sabes, tiene tres nombres,

Aquisgran, Aix-la-Chapelle y Aachen.—Te referire sus etimologías; primero la histórica despues, la que refiere la leyenda.

Dicen que un romano de nombre *Granus*, descubrió las fuentes minerales, por lo cual recibieron el nombre de Aquisgranus, que dieron á la poblacion que allí se levantó.

La tradicion, empero, no conoce á semejante romano; lo que si sabe que un *gespenst*, esto es, un duende ó espíritu llamado *Granus* se divertia en asustar y atormentar á todo el que se bañaba en aquellas grutas, envolviéndose y desapareciendo en el vapor del agua caliente. Un dia, Pipino, Padre de Carlo-Magno, que, aunque pequeñito, era valiente, se fué á bañar allí despues del sol puesto, que era la hora crítica. Vino el señor Cranus, y empezó á salpicar con agua al bañista; pero Pipino que no entendia de chicas sacó su gran espada y le mató. El agua entonces se lleñó de sangre; pero clavando el Rey la espada en tierra, la sangre desapareció.

En cuanto al nombre de Aachen, asi cuenta su origen la tradicion.

Carlo-Magno se enamoró de una mujer desconocida, de un modo tan excesivo que no podia estar un momento separado de ella, de manera que habiendo ella muerto no quiso consentir el Rey en que se enterrarse, ni quiso moverse del lado del cadáver. Alarmada la córte, y temiendo fuese aquello cosa de hechizo, determinóse el Obispo á hablar al Rey; pero

hallándolo inflexible en su determinacion, se puso el Prelado á examinar el cadáver, y notó que tenia en la boca un anillo, lo que le pareció sospechoso, y se lo sacó. Al punto abandonó el Rey el cadáver, y tomó tan entrañable efecto al Obispo, que no se quiso separar mas de él, ni le dejaba á sol ni á sombra. Entonces el Obispo se confirmó en que estaba aquella poderosa atraccion en el anillo, y considerando lo peligroso que seria que cayese cual ántes en malas manos, se fué á un lugar pantanoso y sotitario, en el que abrió un hoyo en tierra y enterró el anillo. Pero el Rey le tomó tanto cariño á aquel apartado lugar, que no quiso moverse de allí, donde permaneció suspirando y esclamando sin cesar ¡ah! ¡ah! que es en aleman una interjencion de dolor que equivale á nuestro ¡ay! Esta es la raíz del nombre de Aachen. Pero prosigamos refiriendo la tradicion; pues son estos los dorados y vistosos adornos que engalanan los pergaminos de las cosas nobles antiguas.

Viendo aquello, propuso el Obispo que, tanto para santificar aquel lugar, como para bien del país y distraer al Rey, se labrase en aquel lugar una iglesia. Asi se hizo, y el Rey deseó que se concluyese cuanto antes; pero como esto era difícil, el diablo, que en todo se mete, hasta en la construccion de una iglesia, se apareció al Rey y le dijo que le ayudaria á acabarla en un decir satan; pero que habia de ser con una condicion; y preguntándole el Rey cuál era esa condicion, contestó que queria el alma del pri-

mero que entrase eu la iglesia despues de concluida. —El Rey convino, le dió su grán mano, y negocio concluido.

El diablo cumplió como hombre de bien, y no solo se concluyó en breve con su ayuda la hermosa catedral, sino que hasta las puertas de bronce del templo de Salomon trajo por los aires para ella, y una de las cuales tiene un agujero redondo que le hizo el dedo del diablo al trasladarlas, de que doy fé (esto es, del agujero).

Concluyóse pues la iglesia, y el Rey estaba de lo mas apurado por el cumplimiento de su palabra; con la que Carlo-Magno no jugaba. Pero como el gran Rey sabia mucho engañó al diablo, y el primero que pisó la iglesia despues de concluida fué una loba que echó el Rey en ella.—Al diablo le dió tal rabia, que no pudiendo cargar con el alma de la loba, porque no la tenia, le hizo un agujero en el pecho y le arrancó el corazon, que se llevó. Al lado izquierdo de la puerta esterior se ve hoy dia una gran loba de bronce con un agujero en el pecho. ¿No es por cierto un fenómeno que aquella loba haya resistido alli al tiempo, á las revoluciones y á la ilustracion? ¿No es esa loba, que se mantiene alli firme enseñando los dientes, un rasgo característico de la víeja Aquisgran? Mira tú cómo hasta á las estátuas les sirve el mal génio para que no se metan con ellas.

Ahora bien si alguno de los viajeros *humoristas* que nos favorecen, viese en alguna de nuestras ca-

tedrales un objeto semejante, ¿que diria? La ignorancia, la supersticion, el *deplorable atraso* le haria llenar muchos pliegos de papel.

Léjos, muy léjos estamos tú y yo de mirar con los ojos de los llamados ilustrados, estos restos de cándidas épocas, que pecan por exceso de fé, en nuestra triste era, en que esta primera de las virtudes religiosas, y esta principal prerogativa de corazones sanos, se ha casi extinguido.

Estas leyendas tienen todas un hermoso fondo de fé, y nna intencion siempre buena y moral, y la *intencion* es la que hace bueno ó malo el espíritu de las cosas.

Nuestro pueblo, tan recto y elevadamente ortodoxo en su sentir y en su pensar; demuestra esta alta verdad en uno de esos *ejemplos* que, unidos han creado un corazon ferviente y un entendimiento admirablemente comprensivo.

Habia, cuenta, una buena y devota mujer, que heredó de un pariente trece cuadros viejos y oscurecidos por el tiempo, los cuales representaban el Apostolado. Colgólos en una habitacion escasa de luz, y cada dia rezaba devotamente á los dece Apóstoles del Senor y al cuadro que formaba el trece, que segun ella creia, representaba á su Divino Maestro. Pero era el caso, que el pintor habia tenido lo idea de representar en aquel lienzo al discípulo traidor, figurado por el mal espíritu, por el diablo. ¿Rezábale, pues, la buena y sencilla cristiana al diablo, cuando ante su

imágen se arrodillaba?—No.—Un Angel, fiel y mensajero de nuestros corazones, recibia y llevaba á Aquel á quien iban dirigidas, las preces de un alma justa y filial.

Léjos, pues de nosotros, el echar sobre estas cándidas creencias el anatema de *supersticion*, que significa dar culto á quien no se debe, puesto que en estas leyendas por disparatadas que sean, sienpre la intencion es buena, y nunca se dá culto á quien no se debe.

Esta iglesia es en efecto hermosa aunque parece pobre de adorno, á quien está acostumbrado á ver las igleslas da España. Su primera parte es completamente redonda; un óvalo saliente forma la capilla del altaa mayor. En medio de la iglesia una enorme losa de mármol negro, con esta sola inscripcion: «CARLO-MAGNO» cubre la bóveda en que se halló el cuerpo del gran Emperador, sentado en un sillon de mármol blanco sin pulir, cubierto este de chapas unas de oro y otras de plata sobre-doradas que tenian relieves, y que se enseñan en el tesoro de la iglesia. Descansaban los piés del Rey sobre una losa como de dos varas y media que representaba el rapto de Proserpina en un soberbio bajo-relieve, y que trajo Carlo-Magno de Roma. Fué sacado de la bóveda el cuerpo y colocado en una urna de plata y oro, á excepcion de algunos huesos que se conservan en relicarios (1). Vénse en-

(1) Carlo-Magno fué desenterrado por Othon III, por los años de novecientos y tantos.

tre las alhajas del tesoro de la iglesia; y las más notable entre estas es un busto del gran Monarca, de plata sobre pintada, del mismo tamaño del original, cuya persona tenia siete piés y dos pulgadas. Su cara es hermosa, y sus grandes ojos pardos tienen una expresion simpática de fuerza y de bondad uuidas. Cuando se le quita la corona que le ciñe, que es de soberbias piedras preciosas sin abrillantar, y la misma que ciñó en vida, por una abertura cuadrada se vé el verdadero cráneo del Emperador, amarillento, pero fuerte.

Si ahora pensáses, le dije mentalmente, tú quo tanto pensáste y alcanzáste, ¿qué pensarias de los tiempos presentes? ¿Quién se reiria; tú de ellos, ó ellos de tí?

Y cuando ví su enorme brazo añadí: Si llegan aquí tambien á echar abajo el templo que tú edificaste, no te estés ahí ocioso, sino levántate para protegerlo.

En un librito quo llevo, y en el que están repreducidas y descritas, verás las demás alhajas que contiene el tesoro, sobresaliendo por su riqueza las regaladas por los Reyes de España.

Solo haré ahora mencion de la bocina ó cuerno de caza de Carlo-Magno, formada de un colmillo de elefante, que tiene dos piés de largo y seis pulgadas de diámetro, y cuelga de un cinturon de terciopelo carmesí, sobre el cual se ven en caractéres de oro sobrepuestos, estas palabras alemanas: *Dein-ein* (Tuyo

uno): asimismo se veia su espada, que ceñian los Emperadores de Alemania al coronarse, y que les servia para armar Caballeros (1) Vése tambien una corona de oro artísticamente trabajada, enriquecida con perlas y zafiros que la Reina María Estuardo regaló á la Virgen, como lo atestiguan el nombre y armas de dicha Reina que en ella se ven; y la capa de que Leon III, Papa, se sirvió cuando en presencia de Carlo-Magno consagró la iglesia en honor de la Madre de Dios. La iglesia tiene un segundo cuerpo, y éste una capilla en que hay magníficos cuadros; un Descendimiento, copia del famoso de Rubens, que está en Ambéres, hecho por uno de sus mejores discípulos Hay cuadros de Wan-Dick y de Alberto Durero.

Entre la nave redonda de la iglesia y la ovalada del altar Mayor, se alza airoso y atrevido el coro, y en éste se halla el órgano que regaló Josefina, primera Emperatriz de los franceses. ¡Qué completase la suave criolla la obra del gran Carlo-Magno á mil años de intervalo!! Este gran Monarca sellaba sus decretos con el pomo de su espada, y decia: «Estas son mis órdenes, y ésta, añadia señalando á la hoja, es quien las hará respetar.» Vasto en sus miras,—dice un historíador,—sencillo en la ejecucion, nadie poseyó en más alto grado el arte de hacer grandes cosas con facilidad, y cosas difíciles con prontitud.

(1) Esta espada, que ya no existe allí, tenia tres piés y medio de largo y dos pulgadas de ancho la hoja,

La música en la misa mayor de los domingos, es muy buena; en ella cantan mujeres; todo es muy devoto, y se ven en la iglesia. (lo que no sucede en España) tantos hombres como mujeres.

Los alrededores de Aquisgran, ó Aix-la-Chapelle, son preciosos, así como las vistas que ofrocen; en fin tanto agradan; tanto se apega uno á estos sitios que el bueno y gran Carlo-Magno amó, que al alejarse de ellos exhala involuntariamente la misma exclamacion que le dió nombre: ¡Ay!!

EPISODIO DE UN VIAJE A CARMONA.

EPISODIO

DE UN VIAJE Á CARMONA.

Hace pocos años que fuí á pasar una temporada á Carmona, allí escribí le *Estrella de Vandalia*, por lo que no repetiré la descripcion qne ya he hecho de aquel precioso pueblo, que como un Rey en su trono se asienta sobre una encumbrada altura á la sombra de las grandiosas ruinas de un soberbio castillo moruno, y vé estenderse á sus piés por alfonbra; la más rica y feraz de las campiñas.

Confieso, si no precisamente con vergüenza, con esa repuguancia que se tiene al patentizar uno sus debílidades, que tengo, desde un vuelco que sufrí, un miedo á los coches y á toda clase de vehículos que nos ponga en contacto con los infelices animales que

los arrastran, y los brutales y crueles cocheros que los guian, que si no fuese tan escesivo, seria menos ridículo de lo que es.

Iba en el carruaje de la madre de un sobrino mio que me acompañaba, tratando, aunque sin conseguirlo, de destarrar de mi imaginacion un terror que intentaba disimular con el mismo mal éxito. Este hizo que no pudiese gozar como hubiera querido, de la belleza, la variedad, los caprichos y las vistas que en todas direcciones ostentaba el campo.

¡Cuánto atractivo tiene para mí el campo! Es mi mas querido y simpático amigo, hay entre nosotros una intimidad y una consonancia tan grandes, que solo puedo compararlas á la que existe entre los sonidos y el eco. Cuando susurran los árboles, susurra con ellos mi corazon; cuando las plantas se mecen tan airosas, se mece con ellas mi espíritu en suaves contemplaciones, cuando las mariposas, tan agenas de que son bellas, se posan como flores vivas sobre las otras que á su vez parecen las mariposas de la vejetacion, me encanta ver esa union de las cosas bellas, inocentes é inofensivas, y les envio mi pensamiento para que lo perfumen las unas y le enseñen su ligero vuelo en pura atmósfera las otras. Cuando cantan los pájaros, pone mi imaginacion palabras humanas á su melodía como lo hacen los niños con el gorjeo de las golondrinas, y como se las pone el pueblo á la melancólica nota que entona el mochuelo cuando se la inspira la triste y silenciosa noche.

Comunícame la naturaleza sus serretos, y no digo *secretos* porque lo sean, sino porque consisten en impresiones que se reciben y en emociones qne surgen de ellas y que no se expresan con palabras, pues si hay astrónomos que miden la distancia y prefijan el giro de las estrellas del firmamento, no hay quien pueda hacer lo propio respecto á los pensamientos que suben al cielo, punto culminante á que se elevan todas las grandes ideas y profundos sentimientos del hombre que no desconoce á su Omnipotente Criador

Llegamos á Mairena situada en una hondonada á la derecha del camino, que baja y se inclina cortesmente al pasar ante las primeras casas del pueblo, como un falaz galanteador que vuelve en seguida á entonarse y con una airosa curva se apresura á meterse en los olivares, como dueño del suelo y seguro de no ser detenido; allí hicimos una parada, teniendo que ver mi sobrino á un sujeto de aquel pueblo. Entonces me apeé de la carretela, y con ánimo mas sereno y reposado exámine aunque por fuera, el pueblo labrado como generalmente lo son los de su categoría sin gusto y sin simetría, pero alegre, segun la expresion del país *riéndose*, hermoseado y señoreado por las torres de sus iglesias y de sus molinos de aceite; que las torres son entre los edificios lo que entre las plantas los árboles.

¡Cómo se dilataba el alma en aquella ancha y pura atmósfera! ¡Entre aquel cúmulo de vejetacion que la naturaleza y el hombre de mancomun habian

hacinado á manera de mesa revuelta en aquellos parajes! Arboles, sembrados, pastos, vallados, huertas, todo tan bello, tan lozano y tan fresco, y en medio Mairena con sus torres; como un navío con sus mástiles, en medio de su Océano de verdes olas!

Pero paso á referir el asunto que forma el episodio que he indicado.

No dará de sí nn punto de moral tan oportuno y naturalmente deducido como el de Trueba, pues solo se reduce á un chiste andalúz, que únicamente prueba cuanta lógica y buen sentido encierra á veces este pueblo en pocas palabras.

Miraba yo con atencion al camino que atraviesa todo aquel sosegado y florido campo, como una vena de mala y calenturíenta sangre, y consideraudo cuántos hombres célebres; cuántas personas ya gozosas, ya atribuladas, cuántos cuerpos de tropas y cuántas gentes pacíficas, cuántos osados ladrones y cuántos valerosos misioneros, y cuántos ambiciosos y cuántos desengañados lo habian recorrido desde que existía, pensaba que si cada uno hubiese dejado en él estampada su huella, seria el mas variado y curioso album; pero ¡ay! en lugar de tan interesantes huellas, lo que á mi atomorizada vista se presentaba era... baches!

Me dirigí á un grupo de hombres que se encontraban parados no lejos de mí, y con mi constante empeño de entrar en conversacion con las gentes del pueblo de campo estimulado por la horripilante vista de los baches, empecé por lisonjear su amor propio

(preliminar muy útil para entrar en materia con el altivo andalúz), y despues de decirles que la feria de su pueblo gozaba de una fama estendida, no solo por toda la provincia, no solo por toda España, sino por el extranjero, y hasta en *Paris de Francia*, donde se habian llevado cuadros que la representaban, les manifesté que era una mala vergüenza que ellos, los vecinos de la famosa Mairena, tuviesen á sus mismas puertas el camino en aquel estado y espuestos á los transeuntes á vuelcos y descalabros.

No tengo nada de elocuente; mis ideas no nacen como Minerva de la cabeza de Júpiter, sino como Adan y Eva en el Paraiso, y me cuesta trabajo vestirlas, si no bien, decentemente. Pero el miedo qué habia sobrexcitado mi espíritu, así como la atencion que me prestaba el auditorio, me hicieron de repente fecundo, improvisador, y pusieron en mis lábios el más convincente discurso. Concluido que lo hube, y cuaudo más confiado estaba en haber causado con esta mi primogénita arenga *honda sensacion* en los que me escuchaban, uno de ellos tomó la palabra y me contestó en estos términos:

—Señor, ¿vé su mercé á éste, y á éste, y á éste, y á éste, y á éste, y á mí? (y señalo á su vecino y sucesivamente á todos los que formaban el grupo, inclusa su propia persona.)

—Sí señor, le dije, ¿y que tenemos con eso?

—Pues si nos mira su mercé, bien, repuso, verá que ninguno se ha roto las narices.

Nada tuve que contestar, y sí solo que admirar riendo, toda la profundidad y contundencia de una réplica que solo un andalúz hubiese encontrado, enerrando en tan pocas palabras tanto sentido. Efectivamente, si los pobres no transitaban por aquel camino sino en el coche de San Francisco ó en la montura de Sancho Panza, ¿qué se les iba ni se les venia en que para aquellos que lo pasaban en coches, diligencias ó galeras estuviese en mal ó bnen estado, ni qué se les daba de que ofreciese á éstos más ó menos comodidad?

—¡Bien! dije, ¡eso es! ¿con que yo sobre todo y al prójimo contra una esquina?

—No señor, contestó el de Mairena, eso no; pero el que quiera capa que se la compre, ó sino, que se ande sin ella.

EL VENDEDOR DE TAGARNINAS.

EL VENDEDOR DE TAGARNINAS

El que llora será consolado.
(*San Mateo.*)

Lo que vamos á referir no es ficcion, es realidad, es una sencillísima historia, que literariamente no merezca quizá ni ser escrita ni leida; no obstante, algo nos dice en el fondo de nuestro corazon que por algunos, aunque pocos, será leida esta relacion con simpatía: á estos pocos nos dirigimos para referirles la corta historia de un pobre niño vendedor de tagarninas.

Dice Bulwer, es execelente moderno autor inglés: *No hay duda que existen poetas que nunca han soñado con*

el Parnaso, lo que quiere decir que se puede mover al corazon y captivar la imaginacion sin valerse para lograrlo del arte, ni del saber, ni seguir la senda trazada: basta sentir y espresar lo qne se vé.

Era Ortega guarda de un olivar en un pueblo pequeño, y cumplia bien con su deber; era bien querido, pero sobre todo de su mujer, que criaba una niña, y de su hijo Miguelito, que tania cinco años. Erale á Ortega la vida suave y el trabajo ligero, como le es al caballo la carga de oloroso heno que lleva para su propio sustento. Pero el guarda se habia granjeado la animadversion de unos cabreros que tenian sus cabrerizas en un coto limítrofe del olivar que estaba al cuidado de Ortega.

Por repetidas veces habian dejado penetrar sus cabras en el olivar, con grave perjuicio de la sementera y del arbolado, hasta que acabó Ortega por denunciarlos,—y esto bastó, ¡Dios mio! para que un dia, al pasar Ortega cerca de un vallado se disparase entre las zarzas un tiro, cuya bala atravesó su pecho.—¡Oh!! en que mina se crió el fatal pedazo de plomo que hizo á un tiempo un cadáver, un asesino, una viuda y dos huérfanos!!

Avisóse al lugar de que yacía un hombre mnerto cerca de un vallado, y en breve el abandonado cadáver se vió rodeado de aquel unánime é inmenso interés que conmueve, sacudiéndola hasta sus entrañas, á la humanidad cuando se comete contra élla el delito de *sangre*, empezando por el sacerdote, que vie-

no en nombre de la religion, en caso que aun luche el alma con la muerte; sigue la justicia, que viene en nombre de la sociedad, magnífica institucion, bella obra de ilustracion hecha con la ayuda de Dios, de los siglos y de la sabiduría;—acompáñala el facultativo que acude en nombre de la humanidad, en cuyo estandarte puso Jesus por lema la palabra *hermandad*, —y sigue el pueblo, que viene en su propio nombre á tributar su compasion y lágrimas á la víctima, sus imprecaciones al asesino, pues puro existe en el corazon del hombre el sentimiento de lo justo cuando las pasiones no lo ofuscan.

Púsose al muerto sobre unas angarillas, y se ofrecieron á llevar las angarillas de la muerte aquellos mismos andaluces altivos que por todo el oro del mundo no se hubiesen prestado á llevar la silla de mano de un rico.

No pueden aquellos que no lo han presenciado formarse una idea del desesperado é inmenso dolor de la infeliz que vió entrar por su puerta el sangriento y yerto cadáver de aquel que siempre entró en su casa como una proteccion y un amparo, como un objeto de culto y de cariño! La desgraciada viuda, que estaba criando, tuvo un retroceso y derrame de leche; sus pechos quedaron exhautos, la madre y la niña perecian la primera de resultas de una espantosa enfermedad, la segunda de necesidad.

Vosotros, los habitantes de las ciudades, no sabeis cuan grande y expansiva es la caridad en los campe-

sinos, y cuán verdadero hacen aquel bello refran de que mas hace el que *quiere* que el que *puede*. No hubo una sola mujer en el pueblo que estuviese criando, que no viniese á dar el pecho á la pobre criatura, para la cual se habian secado las fuentes de vida que le señalára la naturaleza. La niña fué criada á *traguitos*, segun la espresion consagrada para indicar esta clase de crianza; y como generalmente todas las lugareñas son sanas, y se hacen robustas estas crias de muchas amas. Verdad es que tan pronto toman leche de una recien parida, tan pronto la de una mujer que cria á pesar de tener un hijo de dos años y correr tras de su madre, pero no le hace, medran, y si lo extrañais os responde: *que Dios hace la costa.*

Miguelito era el que se veia á todas horas descalzo de piés y piernas, pues todo se habia vendido para la enfermedad de la madre y estaban en la última miseria, cargado con la niña, con la que apenas podía, llevándola por todas las casas del lugar, sofocado y jadeante en verano encogido y arrecido de frio en el invierno, pero siempre alerta, siempre dispuesto siempre mandable y consagrado al cuidado de su madre y hermanita; si compadecidos de verlo en algunas casas le daban un pedazo de pan, lo escondia y se lo llevaba á su madre. Esta pobre habia quedado baldada, y ese niño bendito, á pesar de su corta edad, era su Providencia; para él no habia juegos ni distracciones, era inseparable de esa madre y

de esa hermana, que ni una ni otra se podian valer, El todo lo hacia bajo la inspeccion de su madre, y aun de noche sacudia con firme voluntad ese incombatible sueño de la infancia cnando era precíso pasear la niña para acallarla. ¡Qué humilde era, y qué incansable! y cuando su madre le bendecia no comprendia ese alma dulce y modesta el porqué merecia esa merced. ¡ángel de Dios que cual su Criador, solo abrojos habia de pisar en este suelo!

Miguel tenia ya seis años, y con el afan de ayudar á su madre iba, como veia hacer á otros muchachos mayores que él, á coger tagarninas al campo. Salia por la mañana y volvia á la oracion sin haber probado bocado en todo el dia, y por descanso iba de puerta en puerta ofreciendo sus tagarninas. Pero los muchachos mayores que él, que andaban mas, babian vuelto antes y le habian quitado la poca venta que tenia la silvestre legumbre.

—¿Se quieren tagarninas? preguntaba con débil voz, exhauto de cansancio, hambre y frio.

—No

Y el infeliz niño se rastreaba á otra puerta ofreciendo casi por nada el fruto de su inmenso trabajo.

—¿Se quieren tagarninas?

—No

Y seguia humilde y resignado á otra puerta en que le aguardoba otro *no*; pero estaba tan connaturalizado con el *no*, que parecia que no lo cogia de nuevo. ¡Habia llevado tantos! de suerte que se hallaba

muy contento si encontraba quien le diese tres ó cuatro cuartos por su espuerta.

¡Tres ó cuatro cuartos por todo un dia de ímprobo trabajo, para su corta edad, en parajes frios y humedos, y hecho en ayunas! ¡Misericordia de Dios! ¡Divina justicia! ¡qué magníficas compensaciones guarda tu diestra, prometidas en las Bienaventuranzas! ¡Oh mi Dios! Si no te creyera justo no te creyera Dios; si no te creyera premiador del bueno que sufre, no te creyera Padre, si no te creyera castigador del cínicamente malo que goza, no te creyera Señor, Sí, todo eres: y esta santa creencia todo lo esplica. ¡Oh! dichosas criaturas las que vais á la vida eterna por la misma senda que anduvo el Señor por el mundo, la pobreza, el padecimiento, el desprecio y la paciencia! ¡Arrancais lágrimas á nuestros ojos y nos podríais contestar á nosotros ricos, soberbios y frios: ¡No lloreis sobre mí, sino sobre vosotros y vuestros hijos!

Algunas veces su madre queria retenerlo, porque su corazon se partia de ver ir á ese angelito solo, desabrigado, en dias frios y lluviosos con su espuertita y sus brazos cruzados, para abrigarse bajo de ellos sus manos entumecidas é hinchadas; los dias se habian hecho tan cortos, las noches venian tan de prisa y tan frias, pero nada detenía al pobre niño, y la infeliz madre decia llorando: *¡si no va, ni el comerá ni la niña!* y lo veia ir, con tan desgarradora pena, que vertia su corazon sangre por todos sus poros,

hasta que lo veia entrar con un cuarteron de pan y unas pocas de tagarninas,

Una fria tarde de diciembre tocó solemne la oracion, y el niño no habia venido; y tocaron lúgubres las ánimas y el niño no habia vuelto y la madre estaba baldada y no podia salir á buscar al hijo de su alma, al ángel que las mantenia á ella y á su niña; y pasaron una á una cual callados espectros en negras mortajas las horas tremendas de la noche, y la madre no se murió de congoja y de angustia, porque la congoja no mata, porque la angustia es una tremenda agonía sin el descanso de la muerte, como el castigo de los condenados; y á la mañana siguiente el sobejanero de un cortijo, que pasaba por una senda apartada, vió sentado al pié de un árbol á un niño: tenia los brazos cruzados, la cabecita caida sobre el pecho; á su lado estaba una espuerta con tagarninas. Se acercó; ¡el niño estaba muerto! ¡muerto de frio, de necesidad, de cansancio y de miedo!

Lo que he contado no es ficcion, es realidad.

¡Dios y señor! hombres hay, tus hijos, Padre, que en su mezquina soberbia se atreven á sostener que las compensaciones en la otra vida, esto es, el premio y el castigo, son invenciones de los hombres, ¿puede concebirse tan espantoso absurdo? ¿puede creerse y no desesperarse? ¡Señor! ¡Señor! consérvanos la fé á los religiosos, aunque no sea más que para impedir que no se parta de lástima unas veces, y no se ahogue de indignacion otras nuestro corazon. Déjanos

confiar en aquella divina promesa: *El que llora será consolado* (1).

(1) Tercera Bienaventuranza de las ocho que prometió el Señor en el Evangelio de San Mateo, que lee la Iglesia el dia de todos los Santos; sublime sentencia, divina compensacion, santo consuelo, que todo lo esplica, pero solo al cristiano.

UNA MADRE.

UNA MADRE.

EPISODIO DE LA BATALLA DE TRAFALGAR.

Era un domingo, 20 de Octubre de 1805. El dia se habia ataviado de su más brillante esplendor. La muralla gualda que circunda á Cádiz como un arco de oro, se hallaba llena de gentes que tendian sus miradas hácia la bahía; pero sus semblantes abatidos, sus lábios silenciosos contrastaban con el alegre azul del cielo.

La escuadra combinada, que constaba de quince navíos españoles y uno francés, salia del puerto. Sus velas hinchadas de esperanza y denuedo, sus ligeros y gallardos pabellones, don precioso de la Patria, que llevaban como penacho, hacia que se asemejasen esos soberbios buques á caballeros armados, marchan-

do para un tornéo con pasos lentos, mesurados y orgullosos. El mar centelleaba con los vivos rayos del sol. Un viento fresco y ligero acariciaba como un niño su brillante superficie; el cielo estaba puro y sereno, como si jamás debiera estar manchado y turbado por la tempestad.

En el balcon de una de las casas del hermoso barrio de San Cárlos, que el hombre ha impelido en medio de las olas sobre poderosos cimientos, en uno de sus balcones verdes como el mar, llenos de flores como cestas, se hallaba una mujer, ora clavando sus ojos en una imágen de la Virgen del Carmen, que colgaba en el testero de la sala, ora dirigiéndolos sobre el mar, surcado por los magníficos navíos como por sus señores. De tiempo en tiempo un cañonazo interrumpia el silencio de esta grandiosa escena, de estos solemnes momentos que preparaban á la historia una de sus más fúnebremente brillantes páginas, y á la gloria de España una corona de ciprés. Las bocas de bronce decian ¡A Dios! ¡A Dios, amada! á la jóven que encerrada en su estancia torcia con angustia sus blancas manos. ¡A Dios, amigos y compatricios!.. á los que, reunidos para verlos salir, los seguia con sus miradas, sus votos y sus esperanzas, ¡A Dios, patria!.. á la tierra que quizás no volverian á pisar; y á aquella mujer solitaria é inmóvil en su balcon, le decian ¡A Dios, Madre!!!

A pesar de la apacibllidad del dia, los expertos é inteligentes marinos españoles previeron la tempes-

tad. Los generales Gravina, Cisneros y Alava hicieron presentes sus observaciones al Almirante Villenueve, Comandante en gefe de la escuadra combinada.

«Todas las circunstancias lo resisten, dice en el sermon que en las honras fúnebres del General Gravina predicó el Doctor Ruiz y Roman; todas las circunstancias lo resisten: Gravina las ve, pronostica un desastre, mil muertes se ofrecen á su vista más excediendo á su propio juicio su obediencia, contesta cual otro Macabeo:

—»Lejos de mí la fuga ni algun temor cobarde; si es llegado el término á mi vida, moriré con valor, y sin manchar mi gloria.»

El Almirante insistió. Sabia que iba á ser destituido por Bonaparte; pocos momentos le quedaban de mando, y quiso aprovecharlos para vencer ó morir.

¡Cuántas lágrimas y cuánta sangre costó ese desesperado proyecto! Proyecto heróico, si hubiese sido individual.

La señora de C... viuda de un General de marina, tenia tres hijos; todos tres seguian la gloriosa carrera de su Padre y partian en esta armada para arrostrar la furia de los elementos, de los cumbates y la brillante estrella de un Nelson. Fijaba sus tiernos ojos de Madre, deslustrados por las lágrimas, en aquellos buques, obras de la temeridad, juguetes de la fortuna, y los volvia despues á la Virgen, depositando á sus Piés su inmenso dolor, implorando su intercesion poderosa con el Arbitro supremo y universal.

No escuchaba ni veia á su lado á la anciana María. ama de aquellos, perteneciente á la familia, si no por los vínculos de la sangre, por los del corazon.

—Señora,—decia la anciana sumiéndose las lágrimas con un valor y abnegacion de que solo es capaz el mas profundo cariño:—¿es por ventura la primera vez que los veis salir á la mar y los habeis vuelto á ver buenos y salvos? ¿Habeis perdido vuestra confianza en la Virgen del Carmen, nueatra Mediadora? ¿Quereis morir de pena ántes qué vuelvan? ¡Vamos, valor!... como compete á la Viuda y á la Madre de valientes marinos; canfiad en Dios, como compete á la buena cristiana.

Y María procuraba sonreirse; pero esta sonrisa era un último esfuerzo; alejábase con el corazon destrozado, y se acercaba á otro balcon para fijar sus ojos por entre las celosías sobre aquellos barcos que le parecian lúgubres cual féreteros.—¡Ah hijos mios, murmuraba entre sollozos; ¡nosotras que os hemos preservado con tanto esmero del menor vienío; nosotras, que os lavábamos con agua templada de miedo que os constipase la fria; nosotras que vigilamos vuestro sueño como el de un enfermo; que no os dejábamoe ir solos ni á la escuela! ¡A qué tantos esmeros y cuidados, si ahora tenemos que veros ir á arrostrar esas muertes acopiadas como haces de armas! ¡ay! ¿por qué esas vidas que arriesgan los hombres como dinero al juego, han de tener raíz en el corazon de una mujer?

Y luego María secaba sus ojos, apartaba de su frente sus cabellos blancos, serenaba su semblante, y se acercaba á su señora para procurar consolarla.

Apénas se halló la escuadra en ancha mar, cuando empezaron á cumplirse los vaticinios de los marinos españoles. Se levantó un fuerte viento del Sud-Este, y gruesas gotas de lluvia vinieron á anunciar la tempestad. Pero en vez de regresar al puerto, el Almirante Villenueve mandó acortar velas y seguir al encuentro de la catástrofe, como un ciego sigue su camino hácia un precipicio; y tal es la fuerza del honor, que treinta y tres buques, ricos de miles de vidas preciosas, siguieron la voluntad de un solo hombre, que, ciego de despecho, los llevaba á una muerte segura.

Apénas se enlutó el cielo, apénas empezó el mar á levantar su seno agitado y terrible, lanzando sus olas sobre las rocas, y contra la muralla debajo de las ventanas de la pobre Madre, cuando cayó ésta aniquilada sobre una silla. Sus ojos estaban secos y desatentados; sus miembros, temblorosos é inertes; sus labios, mudos y descoloridos. María se apresuró á meterla en el lecho y prepararle un calmante; despues cerró puertas y ventanas, para aminorar en lo posible el pavoroso ruido de la creciente tempestad. Su señora, abrumada y anonadada por su terrible ansiedad, quedó por algunas horas en un estado semejante á un letargo. María se habia hincado ante la Imágen de la Virgen, y extendia sus brazos hácia

ella, como si llevase en ellos á su Manuel, niño de doce años, que casi salia de la cuna para arrojarse en ese caos de peligros, pequeño guardia marina, que poco tiempo antes saltaba de gozo al vestir su uniforme y al adornarse con galones de oro, como se adorna una víctima con flores.

Solo interrumpian el silencio el bramido de las olas subido al diapason de la ira y de la amenaza, y el aterrador aullido del huracan que empezaba, crecia, se hacia poderoso, luego flaqueaba y desmayaba en un lúgubre estertor.

De repente la señora de C... lanza un penetrante grito, se arroja fuera de su lecho, y cae convulsa á los piés de la Virgen, en brazos de María.

¡Ha oido un cañonazo! ¡El siniestro sonido se repite y sa multiplica ¡No; ya no cabe duda es la muerte que se envian los hombres al través de la tempestad; es el grito fúnebre de su furia, que resalta sobra la poderosa voz de los elementos embravecidos. Es el reto de una loca audacia á todos los peligros reunidos; pues, como dice don José Ruiz y Roman, «las aguas suenan y se conturban; encapótase el cielo, y medrosas sus nubes, aun los hombres se ensangrientan y encarnizan!

»¡Qué escena! Donde qniera que se esparce la vista no se ve más que horror. El cañon truena; abordages aquí; allá naufragios; incendios á este lado; fuego por todas partes cadáveres destrozados!.. ¿podreis enumerar las víctimas? La tierra gime; el mar

brama; el aire ruge; la humanidad llora, y enojada la naturaleza misma, suelta con cólera sus tempestades y sus vientos. ¡Llorad, naves del mar; solo quedan ruinas de vuestra fortaleza! (1).»

¡Seis horas duró este combate aterrador; que empezó en la altura del Cabo de Trafalgar, y arrastrado por las corrientes, vino á concluir á ocho millas de Cádiz, combate que no tiene semejante en los fastos de la historia en valor, honor y desastres! Oigase lo que predicó con gran elocuencia el doctor don Manuel

(1) Un escritor francés ha osado hablar calumniosamente de esta batalla, en que tuvieron los ingleses diez navíos desaborlados, seis varados, uno quemado, cinco echados á pique de siete á ocho mil hombres muertos y heridos, perdidos los mejores oficiales, su famoso almirante y su Mayor General. Estas son las ventajas que habian logrado, como dice en su oracion fúnebre el doctor D. Manuel Fernandez Varela, con fuerzas tan desiguales, con haber sido reforzados con cinco navíos á tiempo que se nos habian *extraviado* cuatro de los aliados. Mas equitativos los mismos contrarios, decia *La Crónica*, periódico inglés en 15 de marzo de 1806: «Nos lamentamos de oir que el bizarro Almirante Gravina ha muerto: sus amigos se habian lisonjeado mucho tiempo con las esperanzas de su restablecimiento; pero desgraciadamente se frustraron. En él pierde la España el oficial mas experimentado de su armada, y un marino bajo cüyo mando sus escuadras, aunque á veces batidas, siempre combatian de un modo que merecian los elogios de los vencedores.» Por otra parte véase lo que los franceses de entónces pensaban de Gravina: El *Diario del Imperio* de 19 de Enero de 1806 dice que «no se determinó la amputacion de su brazo, de aquel brazo que supo usar tan bien, para *honor de nuestro pabellon y ejemplo de nuestra marina.*» es probable que este historiador no tuviese noticia del *Diario del Imperio* del 19 de Enero de 1806.

Fernandez Varela en las exéquias generales que por las víctimas de este combate se celebraron en el Ferrol:

«Entretanto las dos escuadras: se acercan, se observan y se amenazan. ¡Jamás se han visto unas fuerzas tan respetables reunidas sobre las aguas! ¡La mar gime oprimida con su peso, y desaparece bajo sus velas! ¡Diríase que eran dos grandes pueblos que, conducidos por una virtud prodigiosa, caminaban con magestad á disputarse el dominio de la inmensa llanura que los rodeaba! Por último llega el fatal instante de dar principio á la accion. ¡La una quiere acometer atrevida; la otra la espera intrépida! ¡Rompe ya el terrible fuego por una y otra parte! ¡Truena el cañon espantoso! ¡La tierra tiembla de susto, retumba las bóvedas del firmamento, y toda la naturaleza se estremece, y el español denodado conserva su serenidad en medio de la borrasca! . . . . . ¡Qué asombro, qué intrepidez y qué entusiasmo se deja ver en los semblantes de todos! ¡El amigo tropieza con el cadáver de su amigo y no se altera; oye el marino el silbo de la bala que se roza con su cuerpo y se mantiene impávido; aquí un General cubierto de su misma sangre, desprecia sus heridas y sigue dando órdenes (1); allí se vé sostener á otro su navío sin tener ya casi gente (1);

(1) Escaño en el navío *Príncipe de Asturias*.

(2) Cisneros en la *Trinidad*, con mas de 300 hombres p rdidos.

arranca una bala la bocina de la mano de un Comandante, y él pide otra sin turbarse (1); maltrata mortalmente á otro un golpe de metralla, y no quiere largar su puesto (2); queda sin gefes un buque, y no por eso se rinde (3); caen á los piés de un artillero ocho camaradas suyos, y no desfallece. Aquí se anega un navío, y no quiere arriar bandera (4); allí se va á pique otro con la suya enarbolada (5). ¿Qué es esto, Dios eterno? ¿Cabe en el corazon de los mortales tal valor y tal resistencia? (6)»

La infeliz Madre, en una triste agonía, se estremece al oir cada nuevo cañonazo, los que, unidos al rugir de la tempestad, tenian petrificados de asombro á los pálidos habitantes de Cádiz.

Hácia la noche cesaron los cañonazos; ¡pero esta

(1) ALCEDO, en el navío *Montañés*.

(2) VALDÉS, en el *Nepluno*.

(3) El *San Juan*, sin su Comandante CHURRUCA y sin su segundo.

(4) El *Argonauta*, el *Trinidad*, y otros.

(5) El *San Agustin*, por la firmeza de CAJIGAL, sin Comandante.

De GALIANO dice, al concluir su elogio: «¡Ay! ¡Para dejar á su patria el fruto de sus trabajos como sábio, y dar luego la vida por ella como valiente.»

(6) Al hablar de este apogeo del heroismo español, no podemos ménos de hacer mencion de un rasgo heróico de amor filial que brilló unido á tantos otros de honor, como si el corazon hubiese querido competir con éste en tan elevada excelencia.

El Capitan de navío D. IGNACIO OLAETA, que era en aquel memorable dia segundo Comandante del *Trinidad*, perdió un bra-

suspension, unida á la continuacion de la tempestad, era el callar de la muerte! ¡Qué noche para la pobre madre! ¡Noche sin fin como la eternidad, llena de dolor y angustia como la agonía!

Por fin los primeros rayos del dia, tan temido como deseado, alumbraron, cual cirios á un cadáver, el horroroso expectáculo que se presentaba á los ojos de la inconsolable Cádiz. En la costa opuesta yacian el *Bucentáuro*, el *Neptuno*, el *Bahama* y el *Águila*. Lanchas remolcaban trozos mutilados de otros buques: ¡las playas se iban cubriendo de cadáveres!

En vano intentó María impedir que su señora se precipitase al balcon. ¡Las ardientes y desatentadas miradas de la pobre Madre se fijaban en aquellas masas informes, que el dia antes habia visto salir tan

zo. Desaborlado, destrozado, sumergiéndose por momentos el buque, los ingleses se apoderaron de él. Tratan de trasbordar á la tripulacion que sobrevive, antes de que se hunda el mutilado barco en el abismo, pero no es posible que halle cabida toda en sus lanchas. Esto le hace presente el oficial inglés al jóven alferez de fragata D. Ignacio Olaeta, hijo del primero, así como la necesidad de abandonar á los heridos, que de todas maneras habian probablemente de sucumbir, y le brinda el solo lugar que queda en las ya sobrecargadas lanchas. —¡Eso no! esclama Olaeta, salvad á mi Padre y perezca yo.—Si este es vuestro firme propósito, repuso admirado y enternecido el oficial inglés. venid ambos, aunque todos zozobremos!... y Padre é hijo fueron salvados!

Nos pesa el que como, de cierto sucederá, el señor Brigadier don Ignacio Olaeta sienta la indiscreccion que cometemos al publicar sin su venia este hecho. Sírvanos de disculpa el que, si las malas y viles acciones pertenecen á la publicidad, con mucha más razon le pertenecen las nobles y heróicas.

hermosas, erguidas y confiadas! ¡El gran naufragio estaba consumado!

El horror habia helado en los lábios de la cristiana María aun los consuelos religiosos. La señora de C... se echó atrás, cubriendo su rostro con ambas manos, y se dejé caer en el inmediato asiento exclamando: «¡Ya no tengo hijos! ¡Dios mio, Dios mio¡ ¡Tén compasion de mí!»

Dios oyó aquel grito destrozador del corazon de una Madre! En aquel momento se oyen pasos precipitados. María dá un grito y la señora de C... se halla en brazos de uno de sus hijos. Entonces se agolpan á sus ardientes y secos ojos las lágrimas, y lo estrecha sobre su pecho, como si los peligros á que ha escapado viniesen á arancárselo de nuevo. Aun no ha podido hallar voces su felicidad, cuando de nuevo se abre la puerta y el mayor de sus hijos se presenta ante sus fascinados ojos. Entónces ella se levanta arrebatadamente, y en ardiente brote de gratitud se precipita á los piés de la VIRGEN, sofocada por su emocion. Sus hijos la levantan y sostienen en sus brazos. María acerca con trémula mano un vaso de agua á los trémulos lábios de su señora. Pero, ¿qué felicidad, por grande que sea, hizo jamás olvidar á una Madre al hijo por quien tiembla?

—¿Y vuestro hermano pregunta á los recien entrados; ¿y vuestro hermano? ¿Qué es de ese hijo de mi corazon?

Sus hijos callan

—¡Ay! gime la madre acongojada. ¿No respondeis ¡Ya lo veo! ¡Ese niño que apenas entraba en la vida, ha hallado una horrorosa muerte en sus umbrales! ¡No me lo oculteis! ¡Decidme la terrible verdad! ¿Dónde está? ¿Dónde está mi Manuel?

—¡Aquí estoy! gritó una voz conmovida é infantil y su hijo menor se echa en sus brazos, y se refugia en el seno de su Madre como para olvidar los horrores que acababan de agitar su jóven alma.

Entónces los ojos de la madre se secan, no brilla en ellos la felicidad, ni los enturbia el dolor. Su semblante há poco tan espresivo por diversas emociones, queda en calma, como el mar que el Norte heló. Sus ojos miran indiferentes á los hijos que la rodean; sus brazos inertes se desprenden de ellos; su rostro, móvil reflejo de sus vehementes sensaciones, so torna frio y estúpido.

—¡Ah, Dios mio, Dios mio! exclamó aterrado el mayor de sus hijos: ¡qué imprudencia ha sido la nuestra!!

¡Sentimiento tardío! ¡Aquel corazon de Madre tan tierno y tan padecido, no pudo soportar tanta felicidad!—¡Habia perdido el juicio!...

UN NAUFRAGIO.

UN NAUFRAGIO.

27 de Enero de 1856.

El 5 de Enero el Sudeste bramaba con la fuerza del huracan: el cielo era un conjunto compacto de nubes, tan apiñadas, que ni aun las flechas de luz del sol alcanzaban á penetrarlas y se las hubiera podido creer masas cuajadas é inertes, si ya con furia ya, con sostenida obstinacion no hubiesen vertido los raudales de que estaban preñadas, sobre la desolada naturaleza. El mar estimulado por el tremendo temporal se entregaba sin freno á su soberbia. Sublevábase en muchedumbre de montañas líquidas, que acosadas unas por otras reventaban echando al aire sus bramidos y sus espumas, aventajándose en esto á las demás, aquellas que hallaban resistencia en las peñas

y en las costas. La naturaleza, privada de sus astros, de su luz, de las cuotidianas taréas humanas que la animan, del canto de los pájaros y de la intervencion y presencia de su Rey el hombre, formaba la aterradora imágen de la desolacion. Cuando todas las fuerzas morales y materiales del hombre desmayan, cuando todos esos decantados adelantos de la ciencia y de la industria, que tienden, segun sus Seides, á hacer al hombre todopoderoso y dominador de la naturaleza, para nada sirven, y son anonadadas por una inundacion, por un golpe de viento, por un paso que adelanta el mar, por una sacudida de la tierra, á una seña de su Criador, ¿qué les queda á los míseros mortales sino agachar la soberbia cabeza, que se alza como la de la serpiente rebelde? qué les queda sino clamar ¡misericordia! doblando ambas rodillas, cosa que ya no se hace, como decia Victor Hugo, cuando era gran poeta y ferviente católico:

»Ce n'est plus qu'a demi qu'on se livre aux croyances.
»Nul dans notre age aveugle et vain de ses sciences.
»Ne sait plier les deux genoux.

»Ya solo á medias es como se entregan los hombres á las creencias: ninguno en nuestra era ciega y vana con sus ciencias sabe doblar ambas radillas »

¿A quién no se le ocurre comparar aquellos pueblos, entre los que una mano impía y osada esparce las semillas de la más audaz rebeldía contra lo divino y lo santo, á las naves que perdida su brújula, ro-

to su timon, desatendido su práctico, caminan entre los desencadenados elementos de sus pasiones á una segura perdicion?

El cariz de la atmósfera era espeso, y los horizontes por todos lados estaban tan cargados, que parecian formar una cárcel al abatido espíritu del hombre, que no encontraba cielo á qué levantar los ojos, ni lontananza en que esparcir su mirada. Así sucedió, que solo cuando estuvo cercano, pudieron los moradores de Chipiona divisar un barco, que hecho juguete del viento y de las olas, pedia auxilio con esa autoridad santa y respetada que dá la desgracia.

—Esa goleta, dijo el animoso é inteligente piloto Junquero, ó viene muy cargada, ó hace agua; porque no obedece á la maniobra.

—Ni tampoco conoce la costa añadió su hermano, ni sabe la posicion de las rocas de Salmedina y del Perro, á las que se viene acercando.

Las personas reunidas en la eminencia en que más distintamente se veia el mar, empezaron á hacer señas á la goleta para que se alejase; pero sea que la bruma y la lluvia impidiesen á la tripulacion divisarlas, que no les fuese posible seguir el buen consejo, ó que prefiriesen perecer en la orilla, donde al ménos hallarian lástima y sepultura, á morir en la aterradora soledad del mar. ello es que el barco siguió avanzando hácia tierra, desplegadas sus velas á la desesperada, alzando su bandera de auxilio como una muda deprecacion á la humanidad.

—¡No se les puede dejar perecer! exclamó uno de los presentes.

—Y no se les puede socorrer, repuso un marinero entendido y cano de esperiencia y de años.

—Probémoslo, dijo el piloto Junquero, que lo que hacerse pueda lo haré yo.

Ayudado por otros marineros animados por su heróico ejemplo, se puso á preparar la lancha de salvamento.

Entretanto el barco, abandonado á la buena ventura, habia prodigiosamente salvado los dos escollos, y se acercaba cada vez más hácia nuevos peligros ocultos por las olas, estos eran el destruido muelle, que se interna en el mar, y los *Corrales*, grandes y extrañas construcciones snb-marinas, que consisten en muros de piedra levantados para formar los receptáculos en que entra el pescado con la creciente maréa, y en los que al retirarse el agua queda preso y es fácilmente cogido.

La goleta advertida, habia echado una áncora; pero sin arriar el vélamen de manera que parecia una nave fantasma, una uave ciega que no veia su senda, ó una nave desesperada, que aun al tiempo de perecer desafiaba al enemigo que la exterminaba.

Consistia esto como se supo despues, en que la tripulacion de aquel barco habia ocho dias que no hacia sino dar á la bomba para aminorar el agua que hacia la mal traida embarcacion, y que crecia por instantes á pesar de los esfuerzos de aquella,

por lo cual le era imposible atender á ninguna otra maniobra.

Tan cerca se hallaban de la orilla, que se distinguia á aquellos infelices cruzar sus manos implorando su salvacion. ¡Dios del cielo! ¿será que necesita el hombre tales destrozadores espectáculos para despertar y vigorizar en su alma el sublime sentimiento de la compasion?

Junquero y sus compañeros echaron con decidido y valiente empuje la lancha de salvacion al mar. Los náufragos recobraron la perdida esperanza; los que presenciaban esta terrible y conmoviente escena enviaron sus votos y bendiciones á los santamente temerarios marineros; todos los corazones latian con las dobles pulsaciones del temor y de la esperanza. Pero en este instante una ola más furiosa y más erguida que las demás, como indignada de que se le quisiese arrebatar su presa, se arrojó sobre la lancha de auxilio y la volcó cual si hubiese sido una cáscara de nuez. ¡Todo estaba perdido! ¡El auxilio era imposible!

Entónces se vió un espectáculo horrible. El barco sujeto con su cable, azotado por el viento y empujado por las olas, empezó á trabar con ellas una lucha desesperada, tal cual se ha visto alguna vez entre una débil víctima y sus potentes verdugos. Tan pronto vencida por sus enemigos y caida, quedaba jadeante, tendida sobre el costado; tan pronto se volvia á levantar vacilante: ahora sumergíala una mon-

taña de mar que pasaba bramando sobre ella, y ahora levantábase chorreando agua, como si fuese sangre, por todas sus heridas, y se encabritaba cual el caballo herido por el toro, llena de angustia y espanto, mostrando á los horrorizados espectadores de la playa toda su quilla; y el viento arreciaba, y las olas se henchian más, y todo bramaba, y por colmo de horror se acercaba la noche, que todos los horrores aumenta.

Entónces observaron que los del barco lanzaban una frágil canóa al mar. A ella bajaron cuatro hombres y tres niños, tres grumetes, infelices niños, presos en los barcos como alegres pájaros en una jaula, en la que á veces cantan, gracias á la armonia que rebosa en sus pechos, pero que suelen acabar por ser víctimas de los muchos enemigos que los cercan. ¡Pero, cosa estraña, aquella ligera canoa no se apartaba del navío!... ¡no parecia sino que fuese un hijo que se obstinaba en no abandonar á su Padre en su agonia! Y así era, pues pudieron observar que los hombres que estaban en la canóa, que como un corcho era alzada por las olas á una formidable altura, y tan pronto undida en profundos abismos, imploraban á un hombre, que en pié sobre la cubierta del barco, se negaba á partir y les hacia señas de alejarse. Pero la tripulacion, quizás por vez primera, no obedecia á su capitan, no queriendo cansentir en que éste, por un falso pundonor de marino, ó por rapto de desesperacion, pereciese voluntariamente con su

barco. Este consagrado rasgo de lealtad de parte de estos hombres, tenia lugar cuando estaban entre la vida y la muerte, en uno de aquellos momentos en que por lo comun el poderoso instinto de la conservacion acalla todo cálculo de interés, todo humano respeto, y hasta los sentimientos del corazon. No pudiendo lograr vencer la obstinacion de su capitan ni con reflexiones ni con súplicas, se les vió abandonar la canóa, esa su tabla de salvacion, subir á la goleta, agarrar entre todos á su capitan, bajarlo á pesar de su resistencia á la canóa, y cual si los mismos elementos hubiesen respetado ese heróico rasgo de lealtad, el frágil esquife se acercó ileso á la orilla, donde no bien estuvo al alcance de los que estaban en la playa, cuando todos se arrojaron á sacar á salvo á los náufraaos. Pero apenas agarraban por los brazos á aquellos desfallecidos infelices, cuando los veian prorumpir en gemidos de dolor, y al indagar las causas, notaron que traian las palmas de las manos despellejadas y sangrientas, y los brazos engarrotados é inertes. Provenia esto, de haber estado por espacio de ocho dias y ocho noches dando sin cesar á la bomba, para aminorar el agua que hacia la goleta, y que debia irremisiblemente, por poco que se aumentase, hacerla zozobrar. Apenas estuvo el capitan en tierra, cuando se echó á los piés de aquellos que cuanto les habia sido posible habian hecho por socorrerle. El capitan fué llevado por un vecino del pueblo á su casa, los demás al meson, y allí se les ad-

ministraron los auxilios oportunos. A la mañana siguiente la goleta no existia.

Este ha sido el naufragio de la Jóven Rosa, que cargada de plomo hacia rumbo á Rouan.

Si lo hemos referido detalladamente, no es solo para publicar una de las infinitas catástrofes marítimas que tienen lugar en esta terrible y aflictiva temporada en nuestras costas, sino tambien para consolar á los buenos, haciéndoles patente que existe la caridad, á pesar de ser tan combatida su hermana la fé, y estar tan desmayada su otra hermana la esperanza. Hace tres meses que todos los pobres de Andalucía son mantenidos por los pudientes. Hace tres meses que entre las repetidas catástrofes que producen los huracanes, las inundaciones, el embravecido mar, están incansables en su mision de socorro las autoridades, los ricos, los vecinos honrados, y cuantos pueden ejercer la santa funcion de socorrer. Hace tres meses que no existen avaros. Los almacenes de trigo se han franqueado por sus dueños á la autoridad. Hace tres meses que los pobres del campo, el verdadero pueblo, hallan en los ricos, no padres, si no madres que los nutren á sus pechos, y esto, que no se vé en pais alguno, se ha visto en todos tiempos en la católica España: así; ya que son y han sido siempre los pudientes la Providencia del pobre, si á aquellos se les prescribe y se les predica tanto el dar predíquese y prescríbase al pobre agradecer, que es obligacion tan sagrada como aquella.

No es posible enumerar los rasgos de heróica é incansable caridad de que es teatro esta infeliz provincia, pero consolémonos, los que aterrados estamos con este patente castigo que Dios nos envia por nuestras culpas, consolémonos, porque la caridad existe, y cual arco iris de paz se muestra entre las negras nubes de nuestro cargado horizonte. Ella, ella, esa sublime virtud tan querida de Dios, nos va á salvar, ella desarmará su diestra, interponiéndose entre nuestras maldades y rebeldías y la espada de su justicia.

¡Pero cómo pasar en silencio lo que en Sevilla se ha visto! Mirad el aspecto aterrador de aquella inmensa ciudad inundada. Oid los clamores de los míseros que de los pueblecitos inundados acuden á ella. Oid el rio, hecho Rey de la comarca, cual brama y amenaza con su creciente poderío, cual aulla el viento contrariando su devastadora corriente, cual vierten las nubes estrepitosamente sus aguaceros, las calles están intransitables, los habitantes, unos presos en sus domicilios cercados de agua, otros huyendo del temporal bajo sus techos. ¿Quién socorrerá á aquellos infelices arriados rodeados de un mar profundo de agua dulce? No os desconsoleis, que se acerca un esquife con socorros, con limosnas, con consuelos. ¿Quién lo monta? Será un valiente marinero curtido en los temporales y la intemperie, de aquellos que están connaturalizados con los peligros y las fatigas. No. —Son dos jóvenes.—Ella es una niña, fina, delicada,

y de noble aspecto.—¡Qué temeridad!—¿Quiénes son?—Ella es la hija del que fué Rey, la hermana de la que es Reina de España; él es el hijo del que fué Rey de Francia, el nieto de Luis XVI!

¡Pueblo, abre tus ojos y mira quienes son tus amigos, que obras son amores y no buenas razones! Bendice esa caridad cristiana que te alimenta, que te socorre, esa caridad *cristiana* que hace á la Reina lavar los pies á los pobres, y lleva á los hijos de los Reyes á arrostrarlo todo por socorrerte!—Noble vástago del trono de España, recibe las gracias, asi como tambien tu digno compañero, tu apoyo, tu competidor en beneficencia. San Fernando, cuya sangre honras, te bendice en el cielo como los pobres lo hacen en la tierra, pues ejerces la caridad segun el espíritu del Evangelio, con la mano y con el corazon, como Princesa y como Angel.

Publíquese en alta voz esta heróica caridad, pues si se hace con otra clase de hazañas, hágase otro tanto con las de la caridad, porque es un sagrado deber que imponen la verdad, la justicia, la moral y la gratitud; publíquese para ejemplo y para consuelo; publíquese para que alegre el corazon generoso de la Madre de los pobres, Isabel II, el ver que tambien su Hermana los trata como á hijos, y para que la santa Reina Amalia mezcle entre sus amargas lágrimas de viuda, dulces sonrisas de Madr

UNA VISITA

AL CONVENTO DE SANTA INÈS DE SEVILLA.

UNA VISITA

AL CONVENTO DE SANTA INÈS

DE SEVILLA.

Este convento, que conserva incorrupto el cuerpo de su fundadora Doña Maria Coronel, es por esta causa visitado por las personas devotas y curiosas, que para ello obtienen el necesario permiso. Y habiendo nosotros logrado la ventaja de penetrar con él en este santo asilo, relataremos lo que hemos visto, para las personas que no hayan tenido igual suerte. Pero ántes será necesario exponer algunos apuntes biográficos de la ilustre Fundadora del Convento.

Fué Doña María Fernandez Coronel hija de Don Alonso Fernandez Coronel, Alguacil mayor de Sevilla y Señor de Aguilar, y de Doña María Fernandez

de Viedma. Casó con Don Juan de la Cerda, señor de Gibraleon, hijo de Don Luis de la Cerda, Príncipe de las Fortunadas, y biznieto de San Fernando.

Siendo esta Señora de extremada belleza, enamoróse de ella el Rey Don Pedro, el que sostenia por entonces una guerra sangrienta contra Aragon, por lo cual tuvo que marchar, haciéndose preceder por Don Juan de la Cerda y por Don Alvarez Perez de Guzman, marido de Doña Aldonza Coronel, hermana de Doña María.

Temeroso Don Juan por su honra, porque no se le ocultaba la inclinacion de Don Pedro hácia su muger, regresó á Sevilla sin la vénia del Rey, por lo que fué declarado desleal, y confiscados todos sus bienes. Intentó resistir haciéndose fuerte en su Castillo de Gibraleon; pero vencido, fué conducido á la Torre del Oro de Sevilla, y condenado á muerte. Sabido este fallo cruel por Doña María, viajó á Aragon para implorar la clamencia del Rey, al que halló en Tarragona; pero no pudo el Rey concederle su peticion por estar ya ejecutada la sentencia.

Viuda y pobre retiróse Doña María á llorar su desamparo á la ermita de San Blas, fundacion que fué de sus progenitores. Allí vivió algun tiempo entregada á obras de piedad y ejercictos de devocion; pero previendo la noble y virtuosa Señora adonde podrian llegar los excesos de un Rey jóven, poderoso y apasionado, se retiro al convento de Santa Clara de Sevilla, fundado por el Rey San Fernando.

No fué esta prevencion suficiente, porque Don Pedro, arrebatado por su pasion, mandó que fuese sacada á la fuerza de aquel asilo. Al saber Doña María la llegada de los ejecutores de este mandato, huyó á la huerta, en donde mandó abrir un hoyo en el suelo, y que allí se la ocultase, prefiriendo el azar de morir enterrada viva, á la ignominia de ver manchada su preclara honra.

Era, no obstante, fácil advertir el piadoso engaño por la desigualdad de la recien movida tierra; pero Dios hizo crecer instantáneamente sobre ella yerbas que cubrieron con espeso y suave manto á la cristiana Lucrecia.

Acaeció, empero, que habiendo descubierto Don Pedro el engaño, reincidió con tal empeño en su persecucion, que Doña María, estimando en menos su corporal belleza y aun su vida, que su virtud, se determinó á una accion propia del heroismo cristiano que la animaba; que fué la de echarse aceite hirviendo en su bello rostro, afeándole hasta el punto de dejarlo hecho una viva llaga, cuya vista horrorizaba. Así logró esta noble heroina, esta mujer fuerte, honra y prez de su sexo, apagar la criminal pasion del Rey; que era cuanto deseaba.

Profesó en el convento de Santa Clara, juntamente con Doña Aldonza, su hermana, que á la sazon habia enviudado, y fué siempre imitadora de sus virtudes.

Cuando subió al trono Don Enrique II, fué Doña

María reintegrada en la posesion de sus bienes, y habiendo obtenido las licencias necesarias, erigió el convento de Santa Inés, para lo cual la favoreció mucho en su intento Don Enrique II, y en el año 1376 otorgó la venerable Fundadora una escritura de adjudicacion de todos sus bienes en favor de su Convento, previendo que sería el santo y descansado asilo de muchas almas buenas y desamparadas, expuestas, sin estos refugios, á perderse y ser causa de la perdicion de otras almas por el vicio. Yace su cuerpo con admirable incorrupcion de cinco siglos, en una urna de cristales en el coro del referido convento. En este venerable y antiguo albergue de la santa virtud y de la inocente paz, vamos á entrar.

Al frente del espacioso compás, que está, digamos así, enclavado en el convento, teniendo á la derecha la preciosa Iglesia y á la izquierda la habitacion para la familia del demandadero y los locutorios, está la grandiosa y pocas veces abierta puerta. Por ella se penetra en un zaguan cubierto, y por éste á un pequeño patinillo triangular que tiene á la derecha un primer patio. Este comunica tambien por la derecha á una gran pieza de paso, que conduce al magnífico patio interior, de tamaño pasmoso. Su parte descubierta forma un jardin con multitud de árboles y en medio una fuente; está separado de los anchos corredores ó galerías por una hermosa balaustrada de mármol, y otra igual ostentan los corredores del piso alto. En el medio de una de estas galerías está

la gran puerta que dá paso al coro. ¡Qué embelesadora armonía deben formar en el silencio de aquel lugar consagrado á Dios, la voz del sacerdote que le implora en el altar, las de las monjas que le secundan, el órgano que solemniza estas preces, el canto de los pájaros, el susurro de las hojas y el murmullo de la fuente!

Acompañábannos las madres monjas de más edad y más categoría, con esa atencion, esa cordialidad, esa bondad y esa paz de que parecen posesionarse al echarse el hábito. ¡Cuál hace quinientos años, llevan hoy las monjas de Santa Inés, sus túnicas azules, sus tocas blancas, cubierto el rostro con sus tupidos velos negros, tan uniformes todas, y tan apartadas del mundo, de sus modas, de su marcha, de sus inquietudes y de sus cargas!

En el coro, que es una linda pieza con su buena y tallada sillería, nada de muy notable hallamos sinó un retablo cuyas tres efigies, el Dios Niño, la Vírgen y San José, casi de tamaño natural, nos parecieron muy hermosas; dándole aun más encanto la consideracion, de que en dias de la grande y alegre fiesta de Navidad pasan las monjas ante este retablo los más felizes y alegres dias de sus vidas. Pero el objeto principal de que debemos ocuparnos es el cuerpo de la Fundadora, que está encerrada en una urna ó féretro de cristal, al lado izquierdo del coro próximo á la reja que lo separa de la iglesia. La noble, la santa y gran Señora, es de elevada estatura y buenas car-

nes, conservadas con toda su lozanía y morvidez, no estando de manera alguna apergaminadas como las de las momias; y lo más notable es, que al decir de sus hijas las monjas, y de los facultativos que la han examinado, todos sus miembros están flexibles cual si solo estuviese hundida en un profundo sueño. En su carrillo lleva Aquella que admiró á todos por su hermosura, las oscuras manchas y las cicatrices de la terrible quemadura, y algo en la nariz, que es la única parte de su cuerpo que ha sufrido alguna alteracion, la que es de presumir sufriria ya en vida por la accion corrosiva del aceite hirviendo. Tiene iguales manchas su garganta, sobre la que cayó el abrasado líquido al deslizarse del rostro.

Tenia esta santa heroina su hábito, del que conserva la austera toca; pero la piedad de sus hijas la ha revestido de una túnica de brocado de plata y azul, que es el color de las de la órden á que pertenecia. Sus manos, muy bellas, están cruzadas sobre su pecho.

Asi yace entre sus hijas esta insigne Matrona, tan ilustre por su alta alcurnia, singular belleza y el heroismo de su virtud, Doña Maria Fernandez Coronel! Muchas cosas enseña su vida y sus procederes; y sobre todo que no ha sido necesario nunca acudir á soberbias doctrinas y trastornos, para que las personas de recto y noble modo de sentir, rendidas y sumisas con el Rey, *Gefe del Estado*, le sepan hacer dignamente frente, y oponerse, sin cejar, á la volun-

tad del *hombre*, cuando exije lo que el deber prohibe,

La bondadosa y digna Abadesa actual, de la que ya hemos hecho mencion en un pequeño artículo titulado: «*Lo que los creyentes llaman milagros y los descreidos llaman casualidades,*» nos llevó á la gran pieza que desde el primer patio conduce al segundo, donde se halla la Imágen de bulto de San Antonio á cuya proteccion nunca acuden en balde. ¡Con qué placer, amor y confianza nos lo presentó la respetable y animada anciana pastora de aquel redil! Lo hacia de la misma manera con que presentamos á un querido amigo y protector, de cuya amistad estamos seguros, de cuya bondad estamos persuadidos, y de cuya proteccion tenemos muchas y repetidas pruebas.

En el testero de esta gran pieza, hay una pintura que representa á la VIRGEN con el niño en brazos, que nos pareció bellísima.

En el claustro, cerca de la puerta del coro, en un pequeño nicho abierto en la pared, y cubierto con un cristal, se ve una escena de la vida de Santa Clara representada con figuras muy pequeñas, pero delicadamente talladas. Reproduce el refectorio del convento del que la santa era Abadesa, con una mesa primorosamente puesta, alrededor de la cual hay colocados platos y sobre cada plato un pan. Vése el púlpito, desde el que se hace la piadosa lectura al tiempo de la comida. Por un lado entra en el refectorio el Santo Padre seguido de sus Cardenales; por el otro llega la venerable abadesa seguida de sus monjas, á saludar

reverente al Vicario de Cristo, tal cual lo hizo cuando inesperadamente se presentó á tiempo de ir la comunidad á tomar la comida de medio dia; y el Sumo Pontífice le dijo á la Santa Priora que bendijese la mesa. Esta se excusa modestamente de hacerlo en su presencia; pero el Santo Padre se lo manda, y la sumisa Abadesa obedece, quedando en aquel instante los panes milagrosamente señalados con una cruz, como para patentizar la eficacia de la bendicion de la Santa Prelada.

El pensamiento hierve siempre en la mente; pero cuando el sentimiento le atiza rebosa. Asi era que al escuchar á la Abadesa con tanta veneracion como simpatía, este traia á nuestra mente una consideracion; y era que tal cual fué el efecto causado en el convento entre las preces, los himnos religiosos, el grave y solemne son del órgano, el susurro de la fuente, el canto de los pájaros y murmullos de las hojas en el año de 1843, por una bomba que en el convento cayó, tal lo seria ahora una palabra, una mirada, una sonrisa impía ó escéptica; y dí fervorosas gracias á Dios de traer á aquel santuario mi fé sólida, firme, exaltada, salida ilesa de todos los escollos; y de poder estar frente á la fé inocente y pura de aquellas escogidas del Señor, y en entera concordancia con su sentir y su pensar. Si la fé no fuese la primera de las virtudes, seria la mayor felicidad del hombre.—Es ambas cosas.

No hay progreso, sino desvirtuamiento, en mate-

rias de fé; su verdad y su pureza están en lo primitivo. Mas así como los reyos del sol se entibian, palidecen, y pierden sus fuerzas; al alejarse de su centro, tan nécias como arrogantes é impías son las pretensiones de los hombres al querer *refundir* y adoptar la fé al gusto de las épocas.

Muchos deseos teníamos de ver alguna celda; como tambien de saludar á una jóven á cuya reciente toma de hábito habíamas asistido; mas nuestras súplicas fueron amable pero terminantemente negadas. El señor Cardenal Arzobispo habia otorgado licencia solo para ver aquel admirable cadáver, que en lugar del horror y repulsa propios á todo cadáver, infunde una admirativa y dulce atraccion; y esto, como todo, se cumplia á la letra. No insistimos: porque hacerlo hubiese sido irreverente, poco fino, é inútil; y sobre todo porque nos llenó de respeto esa obediencia tan estricta, tan sumisa, tan ciega é intransigente, que es la que hace á nuestra católica grey tan compacta, tan inviolable, tan estable, y que pone fuera de toda disidencia nuestra comunidad. Puede que esto inspire á uno de nuestros poetas antiguos aquella bella definicion del amor consagrado, en esta frase, *obedecer amando*, pues en este nuestro católico exceso de obediencia hay exceso de amor al mandato.

¡Qué hermosa es la obediencia cuando es hija del deber! ¡Es el carril, no de hierro sino de oro, que nos conduce sin vacilaciones, sin tropiezos, sin temor de extraviarnos, por el camino más corto y llano, al tér-

mino de nuestra peregrinacion! Pero como todo lo que es santo y bueno, tiene la obediencia enemigos que la combatan en todos terrenos; y para eso nos la quieren presentar como incompatible con la dignidad del hombre. Se engañan; que no es la soberbia lo que dá dignidad al hombre; lo que se la dá es lo que le acerca á Dios y asemeja á Cristo. No, no consiste la dignidad en desechar todos los frenos, como desecha el salvaje una á una, todas las ropas con que cubrieron su asquerosa desnudez la decencia, la cultura, la civilizacion y hasta la higiene. «*No se haga mi voluntad, sino la tuya*» dijo el Dios-hombre á su Padre.

La abadesa nos habia celebrado y prometido enseñar la *Gloria en duelo*, y estas palabras que parecen tan incompatibles, que son una contradiccion patente, habian excitado en extremo nuestra curiosidad é interés. Por fin llegamos á la *Gloria en duelo*; que está en un ángulo de los cláustros que rodean el grandioso patio. Es un retablo colocado en una urna de caoba, y cristales de más de dos varas de alto y una y media de ancho.

En medio se vé el calvario con solo la Cruz del Señor, al cual ya inerte cadáver, tiene en sus brazos su Santa Madre sentada al pié de la Cruz: alza al cielo su dolorido rostro, y la rodean ángeles que tienen en sus manos instrumentos de la Pasion, que contemplan con afliccion compasiva. El que está al frente parece presentar á la vista del que llega, los tres clavos con desconsolado ademan. Otros ángeles tie-

nen entre las suyas una de las manos del yerto Cadáver, que bañan con sus lágrimas. Algo más retirados están los arcángeles, consternados y dolientes en la triste contemplacion de la augusta Víctima; despues de estos, y llenando entre nubes todo el espacio, vénse multitud de ángeles infantiles, deshechos en lágrimas. En ambos ángulos de la parte baja del retablo, y al pié del Calvario, están en el uno la Muerte vencida figurada por un esqueleto sentado y apoyado tristemente en el globo que figura el mundo y al otro, derribado en el suelo está Lucifér, bajo la figura de un hombre de color oscuro, enroscada en su cuerpo la serpiente. y alzando su rostro de infernal expresion, para fijar sus ojos llenos de ira, de despecho y desesperacion en el divino Redentor del mundo.

En este lindo retablo observaremos una de esas cándidas sencilleces de la fé indocta, la más pura de todas, fé del pueblo, fé de niños, fé de monjas... que tanto escandalizan á la fé *puritana*, y tanto enternecen y simpatizan á los que recuerdan las dulces palabras del Señor, á los que los querian alejar de su augusta presencia: *Dejad qne los niños vengan á mí!*

Era esta (que no negamos que sea una *impropiedad*) el tener muchos de aquellas Espíritus celestiales en sus manecitas pequeñas pañolitos con los que enjugaban sus lágrimas. Tenia esto para nosotros, como otras muchas cosas de este género, inimitable gracia de la infancia que encanta; en ella veíamos la bonda-

osa ignorancia de la inocencia, la imprevision de a buena fé que no calcula porque carece de malicia. No es dudoso que las espléndidas luces del siglo acabarán con estas *impropiedades*; pero en los conventos aun no hay reverberos de gas, no hay sino lámparas de plata!

Considerando esa conmoviente representacion de la *Gloria en duelo*, trasformóse á mi vista en la *Cristiandad en duelo*, agrupada afligida alrededor de la Iglesia, sosteniendo á su atribulado Gefe, preso y perseguido por impíos. Todos querian consolar y sostener al Santo Padre comun de los fieles; la mayor parte no podian: muchos lo hacian con sus dádivas: otros con su sangre, y todos le ofrecian sus lágrimas y oraciones.

Entonces parecióme oir una voz interior que me decia: »Si en duelo estuvo algun dia la Iglesia ¿qué mucho que lo esté en otro la cristiandad? ¿Acaso no hay en el mundo de ahora, como en el de entonces, herejes, judíos, fariseos, sayones, esbirros, Judas y hasta Pilatos que se laven las manos?

¿Pero será posible, Dios y Señor, que esto permitais? ¿No escucharás los ruegos de tantos fieles. los clamores de tus hijos?

¿Permitirás que se consume el atentado?

¿Qué dice á esto el católico y religioso pueblo con su sana mente y buen sentido? Esta es la respuesta que nos ha dado.—Rogábale fervientemente al Señor su gran sierva Santa Teresa, que saliese por

General de su Orden al digno Padre Gracian; y tanto instó, que el Señor le dijo que tal era tambien su deseo; por el capítulo eligió á otro. «Señor, le dijo la Santa, ¿no me habíais dicho que era vuestro deseo que fuese General el Padre Gracian?—Yo quise, contestó el Señor, pero los hombres no han querido.»

¡Que profundo sentido en tan pocas palabras! ¡Dios lo quiere! Esta frase muy generalizada, es en su orígen una bien intencionada apelacion á la conformidad, pero que muchas veces carece de exactitud. Dios gobierna á la naturaleza y al orbe entero; por más que la escéptica ciencia atribuya este gobierno á las propias leyes de la naturaleza, ¿pero estas leyes quien las creó? La *Nada* no puede crear ni aun el caos. Asi es que todo lo gobierna Dios, ya por leyes establecidas, ya por fenómenos; todo lo rige, menos la voluntad del hombre; al que dió para gobernarse á sí mismo el Libre albedrio.

LA CATEDRAL DE SEVILLA

EN UNA TARDE DE CARNAVAL.

LA CATÉDRAL DE SEVILLA

EN UNA TARDE DE CARNAVAL.

¡La Catedral de Sevilla! estás palabras presentan á la mente un edificio magno, una de las maravillas de España, uno de los más magníficos templos del orbe católico, un portento de arquitectura, un joyero de las artes, un venerable archivo de grandes recuerdos, uu santuario de ilustres reliquias, un lugar y conservatorio de santo y estentoso culto, todo esto es la catedral pero es aun más.

Describir este *más* no es fácil porque consiste principalmente en las impresiones que causa tan admirable conjunto, así como las diversas expresiones del semblante se sustraen al más hábil pincel, así las impresiones que se aglomeran en el alma, se sustraen á la demostracion por el lenguaje.

Hay momentos en que la Catedral se solemniza

de tal suerte, que exalta el respeto y la admiracion hasta un dulze entusiasmo que brota á los ojos en lágrimas y eleva en fervientes brotes el alma hácia Aquel en cuyo nombre se alzó tan suntuoso templo y se celebran tan ostentosos cultos.

De lo dicho se convenceria todo aquel que en una tarde de Carnaval, despues de recorrer las calles entrase en la Catedral.

En aquellas reina, general alegría, alegría que cuando no traspasa los límites de la decencia, es tan simpática, que se comunica aun á los que no contribuyen á ella, tanto por lo universal que es, como porque tiene algo de infantil, en sus disfraces cómicos, sus cascabeles; su franco contento, como por su objeto y tendencia que son la festiva risa, como por que aquel bullir, aquella algazara producen la dulce ilusion de que para toda aquella muchedumbre es la vida ligera y la alegría su estado normal, despues de recorrer las animadas y ruidosas calles, pisan hajo las altas bóvedas que lo cobijan el inmenso recinto del edificio consagrado al culto de Dios.

¡Qué contraste! aquí una distinta muchedumbre sin hostilidad hácia la otra que se alborota y se agita, está postrada inmóvil y silenciosa ante el altar mayor cuyo remate se pierde de vista en la sombría altura de sus bóvedas y en su centro del que en un esplendente sol de oro y pedrería y en otro mayor de resplandecientes luces, está expuesta la sagrada Forma consagrada en la memorable noche de la *Cena*.

Alrededor de la gigantesca reja que circunda el altar mayor está reunido el cabildo, compuesto en gran parte de venerables ancianos. El órgano esparce sus potentes sonidos acompañando los cánticos de la Iglesia, graves los unos como los otros, grave todo en aquel lugar, hasta el baile que ante el ara ejecutan los seises, vestidos con el antiguo y hermoso traje español, siempre renovado y nunca variado desde hace siglos. Este baile pausado, metodizado, exacto é invariable, como todo cuanto concierne á aquel templo modelo de santa estabilidad y de suprema dignidad, consiste en una especie de cadena y cambio de lugar, que con admirable precision, lentitud y decoro ejecutan á compás, y los niños seises cantando al mismo tiempo preces al Señor que está presente. Trasladaremos aquí nno de los motetes cantados en las tardes de Carnaval.

Candor de la luz eterna
Que para no deslumbrarme
Ocultas tus resplandores
Y me mandas acercarme;
Mira que estoy en tinieblas
Y que soy tan miserable,
Que hácia á tí no puedo irme
Si tú hácia tí no me atraes.

La impresion que produce este baile es de aquellas que decíamos que es imposible expresar. ¿Cómo es que inspira tan profundo respeto? ¿Cómo es que

causa tan irresistible estremecimiento? puede que consista en que este culto peculiar á esta respetable Metrópoli es una intacta herencia de religioso pero desconocido orígen, qne se conserva inmutable cual ella en esta Catedral, arca santa que no se atreve á profanar ni la mano del tiempo ni la del hombre; ó consistirá acaso en que este culto bailado, cantado por niños sea la solemnizacion de la candidez, esa inocencia del entendimiento que Dios ama á la par que la inocencia del corazon.

Ello es que es tan conmovedora, que solo las almas ue han quedado secas por la incredulidad. como los desiertos de Africa por el Simoun, dejan de conmoverse al presenciarlos.

Muchos curiosos y entendidos investigadores han buscado sin poder hallario el orígen de este baile (1), todas sus eruditas investigaciones han sido infructuosas. Esto que es un caso poco comun parece prestar un atractivo misterioso más á este culto, que algunos consideran impropio y singular, hasta que no lo presencian. De esto que decimos existe una prueba histórica qne lo confirma.

Un arzobispo de Sevilla, asaz rígido, intentó suprimirlo por no creerlo bastante austero. Entonces el cabildo de la Catedral fletó un barco y envió á Roma

(1) Véase en los «Españoles pintados por sí mismos,» el doc-o é interesante artículo sobre los seises escrito por el señor don Juan José Bueno.

los seises con sus maestros y directores, que llevaban una súplica del cabildo al Soberano Pontífice para pedirle presenciase estos cultos contra los que le habian mal prevenido.

Su Santidad concedió lo que se le pedia, y cuando los hubo presenciado dispuso sin titubear que continuasen sin reforma alguna.

¡Qué contraste! repetimos, ¡qué contraste tan marcado pero tan lógico! ¡Fuera del templo la alegre juventud qne rie y bulle; en él, la grave ancianidad que medita y ora!

En breve los niños reemplazarán á los que rien, y estos á los que ahora se arrodillan ante el altar, los que habrán ido no á reemplazar, sino á aumentar el número de los que duermen para no despertar.

Volverá el Carnaval periódicamente, con otras máscaras, otras fiestas, otros regocijos distintos, y otros devotos vendrán á este templo á tributar un culto siempre el mismo, pues él es la sola cosa estable é imperecedera como lo son su orígen y su fin.

Pero tambien se ven jóvenes en el templo eu aquellas tardes; jóvenes que no creen que estén reñidas la alegría y la devocion, y quo lejos de querer establecer antagonismo entre el mundo y la religion, desean unirlas trayendo aquel á ésta y haciéndole bueno sin dejar de ser alegre. Al lado del altar bajo un dosel que indica su alto rango, están arrodillados dos jóvenes príncipes, que son la hermana de nuestra amada y piadosa Reina, y el hijo de la santa reina Amalia.

Allí se encuentran porque su corazon los trae, y porque su sublime mision, como personas reales, es dar ejemplo, y esta gran mision saben cumplirla sin grande esfuerzo solo por su expontánea inclinacion á todo lo que es bueno.

No envidie nadie á estos admirables príncipes su augusta gerarquía, sus riquezas, su juventud, su pura y completa felicidad doméstica que completan los ángeles con que Dios ha bendecido su matrimonio, en vídiéseles, su más cumplido bien, que es su conciencia.

321089

LS

Author Caballero, Fernán (pseud.)

C1125d

Title Deudas pagadas.

NAME OF BORROWER.

DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED